



Cuentos góticos

MARY SHELLEY

© ed barrio, Santander 2020

<http://espaciodeescrituracreativaeltaller.blogspot.com/>

<http://ramonqu.wordpress.com/>

<http://20navajasuiza10.wordpress.com/>



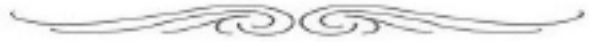
MARY SHELLEY 1797-1851



Cuentos Góticos

ÍNDICE

EL MORTAL INMORTAL



16 de julio de 1833. Éste es un aniversario memorable para mí. ¡En esta fecha celebro mi cumpleaños trescientos veintitrés!

¿El Judío Errante? Por supuesto que no. Sobre su cabeza han pasado más de dieciocho siglos. En comparación con él, yo soy un Inmortal muy joven.

Entonces, ¿soy un inmortal? Es una pregunta que me he formulado día y noche durante trescientos tres años, y aún no soy capaz de contestarla. Hoy mismo detecté una cana entre mi pelo castaño... sin duda significa decadencia. No obstante, puede que haya permanecido oculta durante trescientos años, ya que algunas personas han encanecido por completo antes de cumplir los veinte años.

Contaré mi historia y el lector juzgará por mí. Contaré mi historia, y así procuraré pasar algunas horas de una larga eternidad, tan agotadora para mí.

¡Para siempre! ¿Puede ser? ¡Vivir para siempre! He oído hablar de encantamientos en los que las víctimas fueron arrojadas a un profundo sueño, para despertar después de cien años tan jóvenes como siempre; he oído hablar de los Siete Durmientes, sin ser agotador ser inmortal así: pero, ¡oh!, la carga del tiempo interminable, el paso tedioso de las horas. ¡Qué feliz era el legendario Nourjihad! Vuelvo a mi tarea.

Todo el mundo ha oído hablar de Cornelius Agrippa. Su recuerdo es tan inmortal como sus artes me hicieron a mí. Todo el mundo también ha oído hablar de su alumno, quien, sin saberlo, despertó al espantoso espíritu duran-

te la ausencia de su maestro y fue destrozado por él. El informe, cierto o falso, de este accidente fue escuchado con grandes inconvenientes para el renombrado filósofo. Todos sus discípulos le abandonaron en el acto... sus sirvientes desaparecieron. No tenía a nadie cerca de él para que alimentara con carbón sus fuegos siempre llameantes mientras dormía, o cuidara de los colores cambiantes de sus medicinas mientras estudiaba. Experimento tras experimento fracasó, ya que un par de manos no bastaba para acabarlos: los espíritus oscuros se rieron de él por no ser capaz de retener a un solo mortal a su servicio.

Entonces yo era muy joven —muy pobre— y estaba muy enamorado. Había sido durante casi un año el pupilo de Cornelius, aunque me encontraba ausente cuando este accidente tuvo lugar. Al regresar, mis amigos me imploraron que no me quedara en la morada del alquimista. Temblé mientras escuchaba la terrible historia que me narraron; no me hizo falta una segunda advertencia. Y cuando Cornelius llegó y me ofreció una bolsa de oro si permanecía bajo su techo, sentí como si el mismo Satanás me estuviera tentando. Me castañetearon los dientes, el pelo se me puso de punta y corrí a la velocidad que me lo permitieron las débiles rodillas.

Mis titubeantes pasos me condujeron al mismo lugar al que durante dos años había sido atraído cada noche: una fuente de puras aguas blancas y burbujeantes junto a la cual había una muchacha de cabellos oscuros, cuyos ojos brillantes estaban clavados en el sendero que yo solía recorrer todas las noches. No puedo recordar la hora en que no amé a Bertha. Habíamos sido vecinos y compa-

ñeros de juegos desde la infancia; sus padres, como los míos, eran humildes pero respetables, y nuestra relación había sido una fuente de gozo para ellos. En una hora nefasta, una fiebre maligna se llevó a su padre y a su madre, dejando a Bertha huérfana. Habría encontrado un hogar bajo, mi techo paterno, pero, lamentablemente, la vieja dama del castillo próximo, rica, sin hijos y solitaria, declaró su intención de adoptarla. A partir de ese instante Bertha vistió con sedas, habitó en un lugar de mármoles y se la consideró favorecida por la fortuna. Sin embargo, en su nueva familia, Bertha siguió siendo leal al amigo de días más humildes; a menudo visitaba la cabaña de mi padre, y cuando se le prohibió venir, se desviaba hacia el bosque cercano y se encontraba conmigo junto a su umbría fuente.

A menudo declaró que no le debía una lealtad a su nueva protectora igual de sagrada a la que nos unía a nosotros. No obstante, yo seguía siendo demasiado pobre para casarme, y ella se cansó de verse atormentada por mi culpa. Tenía un espíritu altanero pero impaciente, y se encolerizó por los obstáculos que impedían nuestra unión. Ahora nos encontrábamos después de un periodo de ausencia, y ella había estado profundamente molesta mientras yo me encontré lejos; se quejó con amargura y casi me reprochó el ser pobre. Yo me apresuré a responder:

—¡Aunque pobre, soy honesto! ¡Si no, pronto podría ser rico!

Esta exclamación provocó mil preguntas. Temí asustarla contándole la verdad, mas logró sacármela; y entonces, lanzándome una mirada de desdén, dijo:

—¡Dices amarme, pero temes enfrentarte al Diablo por mí!

Protesté que sólo había temido ofenderla, pero ella siguió pensando en la magnitud del premio que recibiría. Así animado, humillado por ella, empujado por el amor y la esperanza, riéndome de mis últimos temores, con pasos rápidos y corazón ligero regresé a aceptar la oferta del alquimista y al instante me instalé en mi puesto.

Pasó un año. Me convertí en poseedor de una considerable cantidad de dinero. La costumbre había desterrado mis temores. A pesar de la más dolorosa vigilancia, jamás había detectado rastro de un pie satánico, ni el estudioso silencio de nuestra morada se vio perturbado alguna vez por un aullido demoníaco. Aún mantenía mis citas robadas con Bertha, y la Esperanza vivía en mí —Esperanza—, pero no el gozo perfecto, pues Bertha imaginaba que el amor y la seguridad eran enemigos, y su placer era el de dividirlos en mi pecho. Aunque de corazón leal, tenía una naturaleza algo coqueta, y yo era celoso como un turco. Me menospreciaba de mil maneras, aunque jamás reconocía estar equivocada. Me enloquecía de ira, y luego me obligaba a pedirle perdón. A veces manifestaba que yo no era demasiado sumiso, y entonces me contaba alguna historia de un rival, favorito de su protectora. Estaba rodeada por jóvenes vestidos con seda —ricos y despreocupados—, ¿qué posibilidad tenía el humilde aprendiz de Cornelius comparado con ellos?

En una ocasión, el filósofo me exigió tanto tiempo personal que fui incapaz de reunirme con ella tal como era mi deseo. Éste se hallaba ocupado en un importan-

te trabajo y yo me vi obligado a quedarme, día y noche, alimentando sus hornos y vigilando sus preparados químicos. Bertha me aguardó en vano junto a la fuente. Su altivo espíritu se encendió ante mi descuido, y cuando por fin logré escaparme durante los pocos minutos que se me concedían para dormir, esperando consolarla, me recibió con desdén, me despidió con desprecio y juró que cualquier hombre poseería su mano en lugar de aquel que no podía estar en dos lugares al mismo tiempo por su amor. ¡Sería vengada! Y en verdad que lo fue. En mi sucio refugio oí que había ido de caza en compañía de Albert Hoffer. Éste tenía el favor de su protectora, y los tres pasaron montados en sus caballos delante de mi humeante ventana. Me pareció que mencionaban mi nombre... seguido por una risa despectiva mientras sus oscuros ojos se alzaban con menosprecio hacia mi morada.

Los celos, con todo su veneno y su miseria, entraron en mi pecho. Derramé un torrente de lágrimas al pensar que jamás la llamaría mía, y lancé mil maldiciones a su inconstancia. No obstante, aún tuve que avivar los fuegos del alquimista y atender los cambios de sus ininteligibles medicinas.

Cornelius había guardado vigilia durante tres días y tres noches, sin cerrar nunca los ojos. El progreso de sus alambiques era más lento de lo que esperaba: a pesar de su ansiedad, el sueño le pesaba en los párpados. Una y otra vez hacía a un lado la somnolencia con energía más que humana; una y otra vez penetraba en sus sentidos. Observó sus crisoles con añoranza.

—Todavía no están listos —murmuró—; ¿ha de

transcurrir otra noche antes de que el trabajo esté conseguido? Winzy, tú eres vigilante, eres leal... tú has dormido, muchacho, tú has dormido anoche. Mira ese frasco de cristal. El líquido que contiene es de un rosa pálido, en el momento en que su tonalidad cambie, despiértame; hasta ese momento podré cerrar los ojos. Primero se volverá blanco, y luego emitirá destellos dorados, pero no aguardes hasta entonces. Cuando el rosa se desvanezca, levántame.

Apenas oí las últimas palabras, ya que habían sido musitadas casi en sueño. Y aun así no cedió del todo ante la naturaleza.

—Winzy, muchacho —repitió—, no toques el frasco... no te lo llesves a los labios; es un filtro... un Filtro para curar el amor; tú no quieres dejar de amar a tu Bertha... ¡cuídate de beberlo!

Y durmió. Su venerable cabeza se hundió en su pecho, y oí débilmente su respiración regular. Durante unos minutos observé el frasco... la tonalidad rosada del líquido permaneció inalterada. Luego, mis pensamientos vagaron: visitaron la fuente y repasaron mil escenas encantadoras que jamás serían renovadas... ¡jamás! Víboras y culebras se cobijaban en mi corazón mientras la palabra «¡jamás!» se formaba a medias en mis labios. ¡Mujer falsa! ¡Falsa y cruel! Nunca más me sonreiría como le sonrió aquella noche a Albert. ¡Mujer despreciable, detestable! No me quedaría sin ser vengado... vería morir a Albert a sus pies, ella moriría también bajo mi venganza. Había sonreído con desdén y triunfo, sabía de mi desgracia y de su poder. Sin embargo, ¿qué poder poseía? El de estimular mi odio,

mi absoluto desprecio, mi... ¡oh, todo menos mi indiferencia! Si tan sólo pudiera conseguir eso, mirarla con ojos indiferentes, transfiriendo mi amor rechazado a una mujer más hermosa y más leal, ¡eso sí que sería una victoria!

Un relámpago brillante surgió ante mis ojos. Había olvidado la medicina del adepto; la miré maravillado: relámpagos de admirable belleza, más brillantes que los destellos que emite un diamante cuando se posan los rayos del sol en él, salían de la superficie del líquido, un olor de lo más fragante y grato invadió mi olfato; el frasco parecía un globo de brillo vivo, adorable al ojo y de lo más invitador al paladar. El primer pensamiento que tuve, inspirado por los sentidos menos nobles, fue: beberé... debo beber. Alcé el frasco a los labios.

—¡Me curará del amor... de la tortura!

Ya había vaciado la mitad del licor más delicioso que jamás hubiera probado un paladar humano cuando el filósofo se agitó. Me sobresalté y dejé caer el frasco de cristal: el líquido llameó y danzó sobre el suelo mientras yo sentía la mano de Cornelius en mi cuello al tiempo que gritaba:

—¡Desgraciado! ¡Has destruido el trabajo de mi vida!

El filósofo ignoraba que yo hubiera bebido algo de su droga. Creía, con mi asentimiento tácito, que había levantado el frasco por curiosidad y, asustado por su brillo y los destellos de intensa luz que emitía, lo había dejado caer. Nunca le saqué de su engaño. El fuego de la medicina estaba apagado, la fragancia desapareció... y él se calmó, como todo filósofo bajo la prueba más dura, y me mandó a descansar.

No intentaré describir el sueño de gloria y felicidad que bañó mi alma en el paraíso durante las restantes horas de aquella noche memorable. Las palabras serían opacas y huecas para explicar mi gozo o la alegría que dominaba mi pecho cuando desperté. Caminaba en el aire... mis pensamientos moraban en el cielo. La tierra parecía el cielo, y mi herencia en ella era la de un trance de júbilo.

«Esto es estar curado del amor —pensé—. Veré a Bertha hoy y encontrará a su amor frío y distante; demasiado feliz para ser desdeñoso, ¡pero terriblemente indiferente hacia ella!»

Las horas transcurrieron rápidamente. El filósofo, seguro de que había tenido éxito en una ocasión y creyendo que podría tenerlo de nuevo, comenzó a mezclar la misma medicina una vez más. Se encerró con sus libros y drogas, y yo disfruté de vacaciones. Me vestí con esmero, me miré en un viejo pero bruñido escudo que me sirvió de espejo. Creí que mi apariencia había mejorado de manera maravillosa. Me apresuré a salir de los límites de la ciudad, con el alma bañada por el júbilo y rodeado por la belleza del cielo y de la tierra. Encamine mis pasos hacia el castillo... y ya podía ver sus altas torreras con corazón ligero, pues estaba curado del amor. Mi Bertha me vio lejos mientras subía por la avenida. No supe qué impulso súbito animó su pecho, pero al verme bajó con la agilidad de un fauno por las escaleras de mármol y corrió hacia mí. Sin embargo, otra persona me había observado. La vieja bruja de noble cuna, esa que se llamaba su protectora, y que era su tirana, también me había visto. Cojeó, jadeante, terraza arriba, mientras un paje, tan feo como

ella, la ayudaba y la abanicaba mientras avanzaba, y detuvo a mi hermosa niña con las siguientes palabras:

—¿Adónde vas, mi intrépida señora... adonde con tantas prisas? De regreso a tu jaula... ¡los halcones andan sueltos!

Bertha juntó las manos... con los ojos aún clavados en mi silueta cada vez más próxima. Vi el enfrentamiento. Cuánto odié a la vieja bruja que frenaba los amables impulsos del suavizado corazón de mi Bertha. Hasta ahora, el respeto por su posición social me había hecho evitar el castillo de la anciana dama; en esta ocasión desdeñé tales consideraciones triviales. Estaba curado del amor y elevado por encima de todos los temores humanos. Aceleré el paso, y pronto llegué a la terraza. ¡Qué hermosa se veía Bertha! Sus ojos lanzaban llamas, las mejillas le brillaban con impaciencia y furia, estaba mil veces más encantadora y grácil que nunca... Yo ya no la amaba. ¡Oh, no! ¡La adoraba, la idolatraba!

Aquella mañana había sido hostigada con algo más que la vehemencia habitual para que consintiera en un matrimonio inmediato con mi rival. Se le reprochó el aliento que le había mostrado... y se la amenazó con echarla en desgracia y humillación. Ante esa amenaza, su orgulloso espíritu se sublevó; pero cuando recordó el desdén con que me había tratado y cómo, quizá, de esa manera había perdido a la única persona que ahora consideraba su único amigo, lloró con remordimiento y con furia. En ese momento aparecí yo.

—¡Oh, Winzy! —exclamó—. Llévame a la cabaña de tu madre; rápido, deja que abandone los lujos odiados y

la perfidia de esta noble morada... llévame a la pobreza y la felicidad.

La abracé con arrebató. La vieja dama estaba muda de ira, y comenzó a soltar imprecaciones cuando nos encontramos ya de camino hacia mi casa natal. Mi madre recibió a la hermosa fugitiva, que había escapado de una jaula de oro en busca de la naturaleza y la libertad, con ternura y júbilo; mi padre, que la amaba, le dio una calurosa bienvenida. Fue un día de gozo que no necesito la adición de la poción celestial del alquimista para sumirme en el deleite.

Poco después de aquel memorable día, me convertí en el marido de Bertha. Dejé de ser el alumno de Cornelius, pero seguí siendo su amigo. Siempre sentí gratitud hacia él por haberme conseguido, aunque involuntariamente, esa espléndida pócima de un elixir divino, que, en vez de curarme del amor (¡triste cura!, solitario e infeliz remedio para males que parecen bendiciones al recuerdo), me había inspirado valor y decisión, haciéndome ganar un inestimable tesoro en la persona de mi Bertha.

A menudo recordaba maravillado ese periodo embriagador casi de trance. La bebida de Cornelius no había cumplido la misión para la que él afirmaba que había sido preparada, pero sus efectos eran más potentes y felices de lo que pueden expresar las palabras. Poco a poco habían pasado, aunque aún permanecían, y coloreaban la vida con tonalidades de esplendor. A menudo Bertha se preguntaba por mi ligereza de corazón y mi inusual júbilo, ya que antes yo había sido más bien de disposición seria, incluso triste. Me amaba más por mi temperamento vivaz,

y nuestros días estuvieron en alas de la alegría.

Cinco años después fui llamado repentinamente al lecho del moribundo Cornelius. Me había mandado buscar, solicitando mi presencia inmediata. Le encontré tumbado en su camastro, debilitado hasta la muerte. La vida que aún le quedaba animaba sus penetrantes ojos, que estaban clavados en un frasco de cristal, lleno con un líquido rosado.

—¡Mira —dijo, con voz rota y remota— la vanidad de los deseos humanos! Por segunda vez mis esperanzas estaban a punto de verse coronadas, y por segunda vez fueron destruidas. Mira ese licor... ¿recuerdas que hace cinco años también lo preparé con el mismo éxito? Entonces, como ahora, mis sedientos labios esperaban probar el elixir de la inmortalidad... ¡tú me lo quitaste! Y ahora ya es demasiado tarde.

Habló con dificultad, y volvió a caer sobre la almohada. No pude evitar preguntar:

—¿Cómo, reverendo maestro, puede una cura para el amor restaurar la vida?

Una débil sonrisa le iluminó la cara mientras escuchaba con atención su respuesta apenas inteligible.

—Una cura para el amor y para todas las cosas: el Elixir de la Inmortalidad. ¡Ah! ¡Si ahora pudiera beber, viviría para siempre!

Mientras hablaba, el líquido lanzó un destello dorado: una fragancia que recordaba perfectamente inundó la atmósfera. Cornelius se incorporó, débil como estaba —la fuerza pareció invadir milagrosamente su cuerpo—,

alargó la mano... una explosión sonora me sobresaltó. ¡Una lengua de fuego salió disparada del elixir y el frasco de cristal que lo contenía quedó reducido a átomos! Giré los ojos hacia el filósofo; había vuelto a echarse: tenía los ojos vidriosos, las facciones rígidas... ¡estaba muerto!

¡Pero yo vivía, y viviría para siempre! Eso dijo el desafortunado alquimista, y durante unos días creí sus palabras. Recordé la gloriosa ebriedad que había seguido a la pócima que tomé. Reflexioné en el cambio que había sentido en mi cuerpo... en mi alma. La extraordinaria elasticidad del primero, la vigorosa ligereza de la segunda. Me observé en un espejo y no pude percibir ningún cambio en mis facciones en el periodo de cinco años que había transcurrido. Recordé los colores radiantes y el grato aroma de aquella pócima deliciosa: era valioso el don que concedía. Entonces, ¡yo era inmortal!

Unos pocos días después me reí de mi credulidad. El viejo proverbio de que «uno no es profeta en su propia tierra» era cierto con respecto a mí y a mi difunto maestro. Le amé como hombre y le respeté como sabio, pero despreciaba la noción de que podía dominar los poderes de la oscuridad, y me reí de los temores supersticiosos con que lo contemplaba el vulgo. Era un filósofo sabio, pero no tenía relación alguna con ningún espíritu salvo los de carne y hueso. Su ciencia era, sencillamente, humana; y la ciencia humana, pronto me convencí a mí mismo, jamás sería capaz de conquistar las leyes de la naturaleza, hasta llegar a aprisionar el alma para siempre en su morada carnal. Cornelius había preparado un brebaje que tonificaba el alma —más embriagador que el vino— más dulce y aromático

que cualquier fruta: probablemente poseía fuertes poderes medicinales que impartían júbilo al corazón y vigor a las extremidades, pero sus efectos pasarían... ya estaban disminuyendo en mi cuerpo. Yo era afortunado por haber bebido salud y gozo, y quizá larga vida, de manos de mi maestro, pero mi suerte terminaba ahí. La longevidad era bastante diferente de la inmortalidad.

Seguí manteniendo esa creencia durante muchos años. A veces me invadía un pensamiento... ¿De verdad había estado engañado el alquimista? Sin embargo, mi creencia habitual era que me encontraría con el destino de los hijos de Adán a su debido tiempo... quizá un poco más tarde, pero a una edad natural. No obstante, no había duda de que mantenía un aspecto maravillosamente juvenil. Se reían de mí por mi vanidad de consultar el espejo tan a menudo, pero lo consultaba en vano: mi frente permanecía sin arrugas, mis mejillas, mis ojos, toda mi persona continuaba tan impecable como en mi vigésimo cumpleaños.

Me sentí atribulado. Miraba la belleza desvanecida de Bertha... más bien parecía su hijo. Poco a poco nuestros vecinos comenzaron a realizar observaciones similares, y al final descubrí que se me conocía por el nombre del Sabio encantado. La misma Bertha empezó a sentirse inquieta. Se volvió celosa e irritable, y por último empezó a cuestionarme. No teníamos hijos; estábamos solos los dos. Y aunque a medida que envejecía su espíritu vivaz se tornaba un poco malhumorado, y su belleza disminuía tristemente, yo la amaba en mi corazón como la amante que había idolatrado, la esposa que había buscado y gana-

do con un amor tan perfecto.

Finalmente, nuestra situación se hizo intolerable. Bertha tenía cincuenta años... yo veinte. Con vergüenza, yo había adoptado en cierta medida los hábitos de una edad más avanzada. En el baile ya no me mezclaba con los jóvenes y alegres, sino que mi corazón se unía a ellos mientras contenía los pies, y me convertí en una penosa figura entre los jóvenes de nuestra villa. Pero antes del tiempo que ahora menciono, las cosas se vieron alteradas y nos encontramos universalmente aislados. Se decía que nosotros —al menos yo— habíamos mantenido una relación perversa con alguno de los supuestos amigos de mi antiguo maestro. Sentían pena por la pobre Bertha, pero la abandonaron. A mí se me observó con horror y odio.

¿Qué debía hacer? Nos sentábamos delante del fuego invernal: la pobreza se había hecho sentir, pues nadie compraba los productos de mi granja, y a menudo me había visto obligado a viajar treinta kilómetros hasta algún lugar donde no era conocido para venderlos. Es verdad que habíamos ahorrado algo para un día aciago... y ese día había llegado.

Nos sentábamos junto a nuestro solitario fuego invernal: el joven de corazón viejo y su vieja esposa. Una vez más Bertha insistió en conocer la verdad; rememoró todo lo que había oído decir acerca de mí, y añadió sus propias observaciones. Me invocó a soltar el hechizo; describió cuánto más hermoso era el cabello cano que mis rizos castaños; habló sobre el respeto y el honor que se ganaban con la edad... cuán preferibles a la poca consideración que se le prestaba a los jóvenes: ¿es que yo

imaginaba que los despreciables dones de la juventud y la buena apariencia superaban la desgracia, el odio y el desdén? No, al final se me quemaría como un practicante del arte negro, mientras que ella, a quien no me había dignado comunicarle ni una parte de mi buena fortuna, podría ser lapidada como cómplice mía. Por último, insinuó que debía compartir mi secreto con ella y concederle los mismos beneficios de los que yo disfrutaba, de lo contrario, me denunciaría... Entonces prorrumpió en lágrimas.

Así acosado, consideré mejor contar la verdad. Se la revelé con toda la ternura que fui capaz de mostrar, y sólo hablé de una vida muy larga, no de inmortalidad... representación que, por cierto, coincidía más con mis propias ideas. Cuando finalicé, me levanté y dije:

—Y ahora, Bertha mía, ¿denunciarás al amante de tu juventud? No lo harás, lo sé. Pero es demasiado duro, mi pobre esposa, que tú debas sufrir por mi mala suerte y las malditas artes de Cornelius. Te dejaré... tienes suficientes riquezas, y los amigos regresaran con mi ausencia. Me iré... joven como parezco, y fuerte como soy, puedo trabajar y ganarme el sustento entre extraños, desconocido y sin despertar sospechas. Te amé en la juventud; Dios es testigo de que no te abandonaría en la vejez, pero tu segunda y felicidad así, lo requieren.

Cogí la gorra y me dirigí hacia la puerta. Al instante los brazos de Bertha me rodearon el cuello y presionó los labios contra los míos.

—No, esposo mío, mi Winzy —dijo—. No te irás solo... llévame contigo. Nos iremos de este lugar y, como tú afirmas, entre extraños pasaremos desapercibidos y es-

haremos seguros. No soy tan vieja como para avergonzarte, mi Winzy, y me atrevo a decir que el hechizo pasará pronto, y, con la bendición de Dios, adquirirás un aspecto mayor, como es lo correcto. No me dejarás.

Devolví el abrazo con calor.

—No lo haré, mi Bertha. Sólo por tu bien había pensado en algo semejante. Seré tu esposo leal y fiel mientras estés conmigo, y cumpliré con mi deber hacia ti hasta el último momento.

Al día siguiente nos preparamos en secreto para nuestra partida. Nos vimos obligados a realizar grandes sacrificios pecuniarios... no pudo evitarse. Por último, conseguimos una cantidad suficiente para mantenernos, como mínimo, mientras Bertha viviera; y, sin despedirnos de nadie, abandonamos nuestro país natal para refugiarnos en un lugar remoto de la Francia occidental.

Fue cruel trasladar a la pobre Bertha de su ciudad natal y de sus viejos amigos a un nuevo país, un nuevo idioma y nuevas costumbres. El extraño secreto de mi destino hizo que este traslado fuera insignificante para mí, pero sentí gran compasión por ella, y me alegró ver que encontraba compensación a sus desgracias en una variedad de circunstancias ínfimas y ridículas. Lejos de todos los chismosos, se afanó por reducir la aparente disparidad de nuestras edades con mil artes femeninas: maquillaje, vestidos juveniles y vivacidad de modales. No podía enfadarme: ¿acaso yo mismo no llevaba una máscara? ¿Por qué irritarme con la de ella por tener menos éxito? Me afligió profundamente recordar que ésta era mi Bertha, a quien tanto había amado y a quien había gana-

do con tanto arrebató: la joven de ojos y cabello oscuros, con sonrisas de encantadora astucia y paso de fauno... esta anciana remilgada, bobalicona y celosa. Debía haber reverenciado sus rizos grises y mejillas marchitas, ¡pero esto! Era mi obra, lo sabía, pero no por ello deploraba menos esta clase de debilidad humana.

Sus celos jamás descansaban. Su principal ocupación era descubrir que a pesar de la apariencia exterior yo mismo envejecía. Sinceramente, creo que la pobre alma me amaba de verdad en su corazón, pero jamás una mujer tuvo una manera más atormentadora de expresar afecto. Veía arrugas en mi cara y decrepitud en mi andar, mientras que yo marchaba con vigor juvenil, siendo el más joven de entre los jóvenes. Nunca me atreví a dirigirme a otra mujer. En una ocasión, imaginando que la bella del poblado me contemplaba con ojos de aceptación, me compró una peluca gris. Su discurso constante entre sus conocidos era que aunque yo parecía tan joven, mi cuerpo estaba enfermo. Y afirmaba que el peor síntoma era mi aparente salud. Mi juventud era una enfermedad, decía, y que debía estar preparado constantemente, si no para una muerte súbita y terrible, al menos sí para despertar una mañana con el pelo cano y encorvado con todas las marcas de los años avanzados. Sus advertencias se mezclaban con mis interminables especulaciones respecto a mi extraño estado, y adquirí un vivo interés, aunque doloroso, en escuchar todo lo que su rápida inteligencia y excitada imaginación podían decir sobre el tema.

¿Por qué seguir con estas nimias circunstancias? Vivimos durante muchos y largos años. Bertha tuvo que

permanecer en cama por una parálisis: la cuidé como una madre lo haría con su hija. Se tornó irritable y aún seguía obsesionada con el tiempo que yo la sobreviviría. Siempre ha sido una fuente de consuelo para mí el hecho de que realicé mi deber con escrupulosidad hacia ella. Había sido mía en la juventud, y era mía en la vejez, y por fin, cuando la cubrí con la mortaja, llore al sentir que había perdido todo lo que de verdad me unía a la humanidad...

Desde entonces, ¡cuántas han sido mis preocupaciones y aflicciones y cuán pocos y vados mis gozos! Me detengo aquí en mi historia... no continuaré más. Un marinero sin timón o compás arrojado a un mar tormentoso, un viajero perdido en un páramo, sin hito o estrella para guiarle... ése he sido yo, pero más perdido y desvalido que ellos. A éstos podría salvarlos un barco que se acerca o una cabaña lejana, pero yo no tengo ningún faro, excepto la esperanza de la muerte.

¡Muerte! ¡Misteriosa amiga de cara lúgubre de la débil humanidad! ¿Por qué a mí, de entre todos los mortales, has apartado de tu abrazo protector?

¡Oh, por la paz de la tumba, el silencio del féretro, deja de trabajar en mi cerebro y que mi corazón no lata más con emociones afectadas sólo por diversas formas de tristeza!

¿Soy inmortal? Vuelvo a mi primera pregunta. En primer lugar, ¿no es más probable que la pócima del alquimista tuviera más bien longevidad que vida eterna? Tal es mi esperanza. Y ha de recordarse que sólo bebí la mitad de la poción. ¿No era necesaria la totalidad para completar el encantamiento? Haber bebido la mitad del Elixir

de la Inmortalidad sólo es ser medio inmortal... así, mi Siempre se ve truncado y anulado.

Pero, una vez más, ¿quién es capaz de numerar los años de media eternidad? A menudo trato de imaginar por qué regla puede dividirse el infinito. A veces tengo la fantasía de que los años caen sobre mí. He encontrado una cana. ¡Necio! ¿Me lamento? Sí, a menudo el temor de la edad y la muerte reptan fríamente en mi corazón; y, cuanto más vivo, más temo a la muerte, aunque aborrezca la vida. Ese enigma es el hombre nacido para perecer, cuando lucha, como yo, contra las establecidas leyes de su naturaleza.

Pero seguro que por esta anomalía de sentimiento quizá muera: la medicina del alquimista no será resistente al fuego, a la espada o a las asfixiantes aguas. He mirado las azules profundidades de muchos lagos plácidos, y el tumultuoso torrente de muchos ríos poderosos, y he dicho: la paz mora en esas aguas... Sin embargo, me he alejado de allí para vivir un día más. Me he preguntado si el suicidio sería un timen para alguien al que sólo de esa manera se le abrirían los portales del otro mundo. He hecho todo, salvo presentarme como soldado o duelista, un objeto de destrucción para mis... no, no mis compañeros mortales, razón por la que lo he evitado. No son mis compañeros. El inextinguible poder de la vida en mi cuerpo, y su efímera existencia, nos separa como los polos. No podría alzar una mano contra el más débil de los más poderosos de entre ellos.

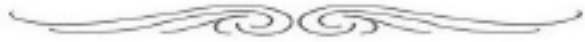
De este modo he vivido durante muchos años, solo y cansado de mí mismo, deseoso de la muerte, pero sin

morir jamás, un mortal inmortal. Ni la ambición ni la avaricia pueden invadir mi mente, y el amor ardiente que roe mi corazón jamás será devuelto, jamás encontrará un igual en quien abrasarse... vive sólo para atormentarme.

Hoy he ideado un plan con el que tal vez acabe con todo, sin la autodestrucción y sin hacer de otro hombre un Caín... una expedición a la que ningún cuerpo mortal podrá sobrevivir, incluso imbuido con la juventud y fuerza que habitan en mí. Así atacaré mi inmortalidad y descansaré para siempre... o retornaré para ser la maravilla y benefactor de la especie humana.

Antes de partir, una miserable vanidad me ha hecho escribir estas páginas. No moriré sin dejar un nombre atrás. Tres siglos han pasado desde que bebiera la fatal poción. No transcurrirá otro año antes de que, encontrando gigantescos peligros, luchando con los poderes de la helada en su propio terreno, asolado por el hambre y la tempestad, entregue este cuerpo, una jaula demasiado tenaz para un que anhela la libertad, a los elementos destructivos del aire y el agua... o, si sobrevivo, mi nombre será grabado como uno de los más famosos entre los hijos de los hombres. Y, una vez conseguido mi objetivo, adoptaré unos medios más decisivos y, esparciendo y aniquilando los átomos que componen mi cuerpo, liberaré la vida aprisionada en su interior, tan cruelmente frenada para partir de esta sombría tierra a una esfera más afín con su esencia inmortal.

ROGER DODSWORTH:



El inglés reanimado

Quizá se recuerde que el cuatro de julio pasado apareció un párrafo en los periódicos indicando que el doctor Hotham, de Northumberland, cuando regresaba hace unos veinte años de Italia, sacó de debajo de una avalancha en el Monte St. Gothard, en las proximidades de la montaña, a un ser humano cuya animación había sido suspendida por la acción de las bajas temperaturas. Al aplicársele los remedios habituales, el paciente fue resucitado para descubrirse que se trataba del señor Dodsworth, hijo del anticuario Dodsworth, que falleció en el reinado de Carlos I. Tenía treinta y siete años de edad en el momento de su inhumación, que había tenido lugar durante su regreso de Italia en 1654. Se añadió que tan pronto como se hubiera recuperado lo suficiente volvería a Inglaterra bajo la protección de su salvador. Desde entonces no hemos oído hablar más de él, y varias iniciativas para el interés público, que se habían iniciado en mentes filantrópicas al leer la noticia, ya han retornado a su prístina nada. La sociedad de anticuarios se había abierto camino a varios votos de medallas, y ya había comenzado, en idea, a considerar qué precios podía permitirse ofrecerle al señor Dodsworth por sus viejas ropas y a conjeturar qué tesoros en cuanto a panfletos, canciones antiguas o cartas manuscritas podían contener sus bolsillos. Desde todos los puntos se empezaron a escribir poemas de todas las clases, elegiacos, congratulatorios, burlescos y alegóricos. En favor de dicha información auténtica, el señor Godwin había suspendido la historia de la Commonwealth que acababa de iniciar. Es duro no sólo que el mundo se vea privado de esos destinados dones

de los talentos del país, sino también que se le prometa y lucero se le niegue un nuevo tema de romántica maravilla e interés científico. Una idea novel vale mucho en la rutina corriente de la vida, pero un hecho nuevo, un milagro, una desviación del curso palpable de las cosas hacia la aparente imposibilidad es una circunstancia a la cual la imaginación debe aferrarse con deleite, y de nuevo repetimos que es duro, muy duro, que el señor Dodsworth se niegue a aparecer, y que los creyentes en su resurrección se vean obligados a soportar los sarcasmos y argumentos triunfalistas de aquellos escépticos que siempre se mantienen del lado seguro de la barrera.

Ahora bien, nosotros no creemos que haya ninguna contradicción o imposibilidad unida a las aventuras de esta joven reliquia. La animación (creo que los fisiólogos se muestran de acuerdo) se puede suspender con facilidad durante unos cien o doscientos años, o unos pocos segundos. Un cuerpo herméticamente sellado por la helada se ve por necesidad preservado en su primitiva totalidad. No se le puede añadir nada o quitarle algo a aquello que se halla absolutamente aislado de la acción de un agente exterior: no puede acontecer ninguna descomposición, pues algo jamás se puede volver nada. Bajo la influencia de ese estado que nosotros llamamos muerte, el cambio, mas no la aniquilación, nos quita de la vista el mundo corpóreo, la tierra recibe sustento de él, el aire se alimenta de él, cada elemento coge lo suyo, forzando así el pago de lo que ha prestado. Sin embargo, los elementos que flotaban sobre la helada mortaja del que nunca podría escapar un aliento. Y entonces se le liberó, la tenebrosa sombra fue desterrada para su propia per-

plejidad. Su víctima se había quitado el gélido hechizo y se levanta un hombre tan perfecto como el que se tumbó hace ciento cincuenta años. Con ansiedad hemos deseado que se nos comunicaran algunos detalles de sus primeras conversaciones y la manera en que ha aprendido a adaptarse a su nuevo escenario de vida. Pero como se nos niegan los hechos, permítasenos esbozar una conjetura. Se puede adivinar cuáles fueron sus primeras palabras de las expresiones usadas por las personas expuestas a accidentes más cortos de similar naturaleza. Pero a medida que recupera toda su capacidad, la trama se hace más densa. Su ropa ya ha estimulado el asombro del doctor Hotham: la barba puntiaguda, los rizos sobre la frente, que, hasta que se descongeló, se mantenían rígidos bajo la influencia de la escarcha y la helada; su traje hecho como el de los retratos de Van Dyck, o (una similitud más familiar) como el disfraz del señor Sapio en *Winters Opera of the Oracle*, sus zapatos en punta... todo hablaba de otra época. La curiosidad del salvador le descubrió que el señor Dodsworth estaba a punto de despertar. Mas para ser capaces de conjeturar con cierto grado de veracidad el rumbo de sus primeras preguntas, hemos de esforzarnos por descifrar qué papel desempeñó en su vida anterior. Vivió en el periodo más interesante de la historia inglesa: se hallaba perdido al mundo cuando Oliver Cromwell ya había alcanzado la cúspide de su ambición, y a los ojos de Europa entera, la Commonwealth de Inglaterra parecía tan establecida como para durar toda la eternidad. Carlos I estaba muerto; Carlos II era un proscrito, un mendigo, pobre incluso en esperanzas. El padre del señor Dodsworth, el anticuario, recibía un salario del general

republicano, lord Fairfax, un gran amante de las antigüedades, y murió el mismo año en que su hijo se sumió en ese sueño largo pero no definitivo... una curiosa coincidencia ésta, pues da la impresión de que nuestro amigo preservado por el frío regresaba a Inglaterra cuando murió su padre, para, probablemente, reclamar su herencia. ¡Cuán efímeros son los puntos de vista humanos! ¿Dónde se encuentra ahora el patrimonio del señor Dodsworth?

¿Dónde sus coherederos, sus albaceas y legatarios? Su prolongada ausencia, suponemos, ha proporcionado a los actuales poseedores de sus propiedades... la cronología del mundo es ciento setenta años más vieja desde que él abandonara la escena, mano tras mano ha arado sus acres, convirtiéndose luego en más terrones de tierra; se nos puede permitir dudar si una sola partícula de su superficie es individualmente la misma que aquellas que iban a ser suyas... la misma tierra joven rechazaría la antigua reliquia de su reclamador.

El señor Dodsworth, si podemos juzgarlo por la circunstancia de que se encontrara en el extranjero, no era un celoso hombre de la Commonwealth; no obstante, haber elegido Italia como el país a visitar y su proyectado retorno a Inglaterra a la muerte de su padre, torna probable que no fuera un violento colono leal a Gran Bretaña. Sí parece ser (o haber sido) uno de esos hombres que no seguían los consejos de Catón como están registrados en la Farsalia; un grupo, si el no pertenecer a grupo alguno admite semejante término, que Dante nos recomienda despreciar por completo, y que en no pocas ocasiones cae entre los dos taburetes, asiento que se evita con sumo cuidado. Sin

embargo, el señor Dodsworth apenas podía dejar de sentirse ansioso por las últimas noticias procedentes de su país natal en un periodo tan crítico; su ausencia podría haber puesto en gran peligro su propia propiedad; por lo tanto, podemos imaginar que una vez que sus miembros hubieron sentido el gozoso regreso de la circulación, y después de haberse estimulado con tales productos de la tierra como jamás hubiera podido esperar vivir para comer, una vez que se le hubiera informado de qué peligro había sido rescatado y haber dicho una oración que incluso le pareció enormemente larga al doctor Hotham, podemos imaginar, repito, que su primera pregunta habría sido:

—¿Ha llegado últimamente alguna noticia de Inglaterra?

—Recibí cartas ayer —bien se puede presumir que fue la respuesta del doctor Hotham.

—¡De verdad! —exclama el señor Dodsworth—. Por favor, señor, ¿ha acontecido algún cambio, para bien o para mal, en ese pobre y confundido país?

El doctor Hotham sospecha la presencia de un radical, y con frialdad contesta:

—Señor mío, sería difícil decir en qué consiste su confusión. La gente habla de fabricantes que se mueren de hambre, bancarrota y de la caída del capital social de las compañías... excrecencias, excrecencias que existirían en un estado de buena salud. De hecho, Inglaterra jamás se ha encontrado en una condición más próspera.

Entonces, el señor Dodsworth sospecha la presencia del republicano, y, con lo que hemos supuesto ser su cautela habitual, oculta durante un rato su lealtad y, con voz

moderada, pregunta:

—¿Nuestros gobernantes miran con ojos descuidados los síntomas del exceso de salud?

—Nuestros gobernantes —responde su salvador—, si se refiere a nuestro ministro, se encuentran demasiado vivos para la turbación temporal. — (Pedimos el perdón del doctor Hotham si le ofendemos convirtiéndole en un Tory; tal cualidad corresponde a nuestro entendimiento puro y anticipado de un doctor, y tal es el único conocimiento que poseemos de este caballero)—. Sería deseable que se mostraran más firmes... ¡el rey, Dios le bendiga!

—¡Señor! —exclama el señor Dodsworth.

El doctor Hotham continúa, sin darse cuenta del excesivo asombro exhibido por su paciente.

—El rey, Dios le bendiga, dedica sumas inmensas de su dinero personal para la ayuda de sus súbditos, y su ejemplo ha sido imitado por toda la aristocracia y clase alta de Inglaterra.

—¡El rey! —exclama el señor Dodsworth.

—Sí, señor —responde con énfasis su salvador—, el rey, y me siento feliz de decir que los prejuicios que tan desgraciada e inmerecidamente poseían los ingleses con respecto a Su Majestad ahora han sido transformados, con la excepción de unos despreciables ejemplos —con añadida severidad—, en un amor respetuoso y la reverencia que merecen sus talentos, virtudes y amor paternal.

—Querido señor, usted me divierte —replica el señor Dodsworth, mientras su lealtad, últimamente sólo un

capullo, de repente florece por completo—; sin embargo, no consigo comprenderlo. El cambio es tan súbito, y el hombre, Carlos Estuardo, ahora puedo llamarlo Carlos I, ¿confío en que su asesinato haya sido condenado como se merece?

El doctor Hotham le toma el pulso al paciente... temía un acceso de delirio debido a semejante desviación del tema. Era regular y tranquilo, y el señor Dodsworth continuó:

—Ese infortunado mártir que nos mira desde el cielo esta, espero, aplacado por la reverencia que se le tributa a su nombre y las plegarias dedicadas a su recuerdo. ¿Ningún sentimiento, creo que puedo aventurarme a afirmar, está tan generalizado en Inglaterra como la compasión y el amor en que se tiene la memoria de ese desventurado monarca? ¿Y su hijo, que reina ahora?

—Seguro, señor, que lo habéis olvidado. Ningún hijo; eso, por supuesto, es imposible. Ningún descendiente suyo está en el trono inglés, ocupado ahora con todo merecimiento por la casa de Hanover. La despreciable raza de los Estuardo, hace tiempo proscrita y perdida, ya está extinta, y los últimos días del último pretendiente a la corona de esa familia justificaron a los ojos del mundo la sentencia que lo echó para siempre del reino.

Ésas debieron haber sido las primeras lecciones en política del señor Dodsworth. Pronto, para asombro del salvador y del salvado, el verdadero estado del caso debió haber sido revelado. Durante un tiempo, la extraña y tremenda circunstancia de su largo trance puede haber amenazado la pérdida total de cordura del señor Dodsworth.

Mientras atravesaba el Monte St. Gothard, había lamentado la muerte de un padre... y ahora todo ser humano que había visto alguna vez se hallaba bajo tierra, convertido en polvo, cada voz que había oído estaba silenciosa. El mismo sonido de la lengua inglesa ha cambiado, tal como le informa su experiencia en conversación con el doctor Hotham. Los imperios, las religiones, las razas de hombres probablemente han surgido y desaparecido; su propio patrimonio (el pensamiento resulta ocioso; no obstante, sin él, ¿cómo podría vivir?) se ha hundido en el voraz abismo que se abre codicioso para tragarse el pasado; sus conocimientos y sus logros casi seguro que son obsoletos; con sonrisa amarga piensa: «He de volcarme en la profesión de mi padre y convertirme en un anticuario. Los familiares objetos, pensamientos y hábitos de mi niñez ahora son antigüedades». Se pregunta dónde están ahora los ciento sesenta volúmenes de folios manuscritos que su padre había compilado, y que él, siendo muchacho, contemplaba con reverencia. ¿Dónde... dónde? Dónde su compañero de juegos favorito, el amigo de años posteriores, su destinada y hermosa prometida; las lágrimas largo tiempo heladas entonces se descongelan y fluyen por sus mejillas jóvenes y viejas.

Pero no deseamos ser patéticos. Seguro que desde los días de los patriarcas ningún amante ha lamentado la muerte de su hermosa dama tantos años después de que ésta haya acontecido. La necesidad, tirana del mundo, en cierto sentido reconcilia al señor Dodsworth con su destino. Al principio se convence de que la generación posterior del hombre se encuentra muy deteriorada respecto a sus contemporáneos; no es ni tan alta, ni tan hermosa ni tan inteligente. Luego, poco a poco, comienza a dudar de

su primera impresión. Las ideas que se habían apoderado de su mente antes del accidente, y que habían permanecido congeladas tanto tiempo, empiezan a descongelarse y a disolverse, dejando espacio a otras. Se viste al estilo moderno, y no pone mucha objeción a nada salvo el cuello de camisa y el sombrero duro. Admira la textura de sus zapatos y calcetines, y mira con admiración el pequeño reloj de Ginebra, que a menudo consulta, como si aún no estuviera seguro de que el tiempo había avanzado a su manera habitual, y como si en su esfera debiera encontrar una demostración ocular de que había cambiado su treinta y siete cumpleaños por su doscientos y más, y había dejado el 1654 d.C. detrás para encontrarse de repente como un observador de los modos del hombre en este iluminado siglo XIX. Su curiosidad es insaciable; cuando lee, sus ojos no son capaces de transmitir con rapidez a su mente, y muy a menudo se detiene en un pasaje inexplicable, en algún descubrimiento y conocimiento familiares a nosotros, pero ni siquiera soñados en su época, que le dejan maravillado y meditabundo. Ciertamente, se puede suponer que pasa gran parte de su tiempo en ese estado, interrumpiéndose de vez en cuando para cantar una canción monárquica en contra del viejo Noli y los Cabezas Redondas, interrumpiéndose de pronto y mirando a su alrededor con temor para ver quién le está escuchando y, al contemplar la apariencia moderna de su amigo, el doctor, suspira y piensa que ya a nadie le importa si canta una canción de caballeros o un salmo puritano.

Fue una tarea interminable desarrollar todas las ideas filosóficas que, naturalmente, dio a luz la resurrección del señor Dodsworth. Mucho nos gustaría conversar con este

caballero, y aún más observar el progreso de su mente y el cambio de sus ideas en una situación tan nueva. Si fuera un joven vivaz, propenso a las exhibiciones del mundo y ajeno a las metas humanas más elevadas, puede proceder de manera sumaria para continuar el camino de su antigua vida, deseando sumirse de inmediato en la corriente de humanidad que fluye ahora. Sería bastante curioso observar los errores que cometería y la mezcolanza de costumbres que ello produciría. Puede pensar en entrar en la vida activa, convertirse en Whig o Tory, según sea su inclinación, y conseguir un asiento en la —incluso para él— una vez llamada capilla de St Stephens. Puede contentarse con convertirse en un filósofo contemplativo y hallar suficiente alimento para su mente en el seguimiento de la marcha del intelecto humano, los cambios que se han labrado en las disposiciones, deseos y capacidades de la humanidad. ¿Será un defensor de la perfección o del deterioro alcanzados? Debe admirar nuestras creaciones, el avance de la ciencia, la difusión del conocimiento y el espíritu vigoroso de empresa característico de nuestros compatriotas. ¿Hallará a algún individuo que pueda compararse con los espíritus gloriosos de su época? Moderado en sus puntos de vista, como le hemos supuesto ser, con toda probabilidad en el acto adoptará ese tono mental temporizador tan de moda ahora. Se sentirá complacido de hallar tranquilidad en la política; admirará mucho el ministerio que ha tenido éxito en reconciliar a casi todos los partidos... en encontrar paz allí donde él dejara enemistad. El mismo carácter que tenía hace doscientos años influirá en él ahora; seguirá siendo el mismo señor Dodsworth moderado, pacífico y no entusiasta que fuera en 1647.

Pues, a pesar de que la educación y las circunstancias pueden bastar para dirigir el tosco material de la mente, no pueden crear ni proporcionar intelecto, aspiraciones nobles y constancia enérgica allí donde implantados por la naturaleza se hallan los objetivos apagados e indecisos y los deseos bastos. Analizando esta creencia, a menudo hemos (olvidando durante un rato al señor Dodsworth) realizado conjeturas sobre cómo actuarían esos héroes de la antigüedad si renacieran en estos días; entonces, la fantasía despertada ha proseguido para imaginar que algunos de ellos sí han renacido; que, según la teoría explicada por Virgilio en el libro sexto de su Eneida, cada mil años los muertos retornan a la vida y sus almas están dotadas con las mismas sensibilidades y capacidades de antes, son arrojadas desnudas de conocimiento a este mundo, de nuevo recubriendo sus esqueletos con las habilidades que la situación, la educación y la experiencia les proporcionen. Se nos dice que Pitágoras recordó muchas transmigraciones de este tipo que le habían sucedido, aunque para ser un filósofo hizo muy poco uso de sus anteriores recuerdos. Resultaría ser una escuela muy útil para reyes y estadistas, y de hecho para todos los seres humanos, llamados para interpretar su papel en el escenario del mundo, si pudieran recordar lo que habían sido. Así, seríamos capaces de obtener una visión del cielo y del infierno mientras, estando el secreto de nuestra anterior identidad confinado en nuestros propios pechos, hiciéramos una mueca o nos exaltáramos en la culpa o alabanzas concedidas a nuestros anteriores «yo». Mientras que el amor a la gloria y reputación póstuma es tan natural para el hombre como su lazo con la misma vida, éste ha de encontrarse bajo tal estado de cosas tem-

blorosamente vivo a los registros históricos de su honor o vergüenza. El plácido espíritu de Fox se habría visto aliviado por el recuerdo de que había desempeñado una valiosa parte como Marco Antonio... las anteriores experiencias de Alcibíades o incluso del afeminado Steeny de Jacobo I podrían haber hecho que Sheridan se negara a recorrer de nuevo el mismo sendero de asombrosa pero fugaz brillantez. El alma de nuestra moderna Corina se habría visto purificada y exaltada por la conciencia de que una vez le había dado vida a la forma de Safo. Si en la actualidad hubiera un hechizo que hiciera que toda la generación presente recordara que unos diez siglos atrás habían sido otros, ¿no habría muchos de nuestros mártires librepensadores que se maravillarían al descubrir que habían sufrido como cristianos bajo Domiciano, mientras que el juez, al dictar sentencia de repente, se daría cuenta de que en el pasado había condenado a los santos de la Iglesia a la tortura por no renunciar a la religión que él defendía ahora? De esta ordalía sólo saldrían actos benevolentes y verdadero bien. Así como sería caprichoso percibir cómo algunos hombres grandes en asuntos civiles se pavonearían con la conciencia de que sus manos en una ocasión habían sostenido un cetro, un artesano honesto o un criado ladrón descubrirían que se habían visto poco alterados al ser transformados en un noble ocioso o en un director de una compañía; en todos los aspectos podemos suponer que el humilde sería exaltado y que el noble y el orgulloso sentirían que sus estrellas menguaban y no eran más que un juego de niños al recordar las posiciones bajas que ocuparon una vez. Si las novelas filosóficas estuvieran de moda, imaginamos que se podría escribir una obra excelente sobre el desarro-

llo de una misma mente en diversos estratos y diferentes periodos de la historia del mundo.

Pero volvamos al señor Dodsworth para ofrecerle unas cuantas palabras de despedida. Ya no le instamos a sepultarse en la oscuridad; o, si declinara modestamente la publicidad, le suplicamos que se nos dé a conocer en persona a nosotros. Tenemos mil preguntas que formularle, dudas que despejar hechos que indagar. Si existe algún temor de que las viejas costumbres y la extrañeza de aspecto le tornaran ridículo ante aquellos habituados a asociarse con exquisitos modernos, le aseguramos que nosotros no somos propensos a ridiculizar la mera apariencia exterior y que la excelencia valiosa e intrínseca siempre obtendrá nuestro respeto.

Decimos esto si el señor Dodsworth se encuentra vivo. Quizá ya no esté entre nosotros. Tal vez abrió los ojos sólo para volver a cerrarlos con más obstinación; quizá su antigua arcilla no podía florecer en las cosechas de estos días. Después de un poco de asombro y temblor al verse como un muerto resucitado, sin hallar afinidad entre su persona y el presente estado de cosas, ha dicho un último y eterno adiós al sol. Seguido a su tumba por su salvador y los atónitos aldeanos, puede que duerma el sueño verdadero de la muerte en el mismo valle donde durante tanto tiempo reposó. Quizá el doctor Hotham haya erigido una simple lápida sobre sus restos dos veces enterrados, donde se lee:

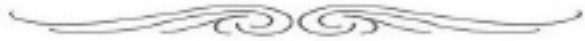
A la memoria de R. Dodsworth

Un inglés Nacido el 1 de abril de 1617

Muerto el 16 de julio de 1826 a la edad de 209 años

Una inscripción que, si quedara preservada durante cualquier convulsión terrible que hiciera que el mundo iniciara de nuevo su vida, provocaría muchas disquisiciones instruidas e ingeniosas teorías sobre una raza que los registros auténticos muestran que se aseguró el privilegio de alcanzar una edad tan amplia.

FERDINANDO EBOLI



Durante este apacible tiempo de paz, olvidamos con rapidez las tribulaciones y sorprendentes acontecimientos de la última guerra, y los mismos nombres de los conquistadores de Europa empiezan a sonar anticuados a los oídos de nuestros hijos. Aquéllos fueron días más románticos que éstos, pues los cambios causados por la revolución o la invasión estaban llenos de aventura; y los viajeros en aquellos países en que tales escenas tuvieron lugar oyen historias extrañas y maravillosas, cuya verdad tanto se asemeja a la ficción que, mientras nos hallamos inmersos en la narración, jamás le damos crédito implícito al narrador. De esta clase es una historia que oí en Nápoles. Los avatares de la guerra quizá no influyeron en sus actores; sin embargo, parece improbable que cualquier circunstancia tan alejada de la rutina habitual pudiera haber acaecido bajo la deslumbrante luz diurna que la paz derrama sobre el mundo.

Cuando Murat, entonces llamado Gioacchino, rey de Nápoles, levantó a sus regimientos italianos, varios jóvenes nobles, que antes se dedicaban a la cosecha de la vid, se vieron inspirados con el amor por las armas y se presentaron como candidatos a los honores militares. Entre ellos se hallaba el joven Conde Eboli. El padre de este noble había seguido a Ferdinando a Sicilia, pero sus terrenos se encontraban principalmente cerca de Salerno, y tenía un deseo natural de preservarlos; al tiempo que las esperanzas que el gobierno francés albergaba por la gloria y prosperidad de su país a menudo le hacía lamentar el haber seguido a su legítimo pero imbécil rey al exilio.

Por lo tanto, al morir recomendó a su hijo que regresara a Nápoles para presentarse a su viejo y leal amigo, el marqués Spina, que ostentaba un alto cargo en el gobierno de Murat y por medio de su intervención, reconciliarse con el nuevo rey. Todo esto se consiguió con facilidad. Al joven y galante conde se le permitió tomar posesión de su patrimonio; y, por un golpe de fortuna, fue prometido a la única hija del marqués Spina. La boda se postergo hasta la finalización de la siguiente campaña.

Mientras tanto, el ejército se puso en marcha, y el conde Eboli sólo consiguió un permiso que le dejó visitar durante unas pocas horas la villa de su futuro suegro con el fin de despedirse de él y de su prometida. La villa se hallaba situada en uno de los Apeninos, al norte de Salerno, y daba sobre la llanura de Calabria, en la que se encuentra emplazada Pesto, de cara al azul Mediterráneo. Un precipicio en un lado, un ruidoso torrente de montaña y una densa arboleda de encinas le añadían belleza a la sublimidad del lugar. El conde Eboli subió por el sendero montañoso con todo el júbilo y la esperanza de la juventud. Su estancia fue breve. Una exhortación y bendición del marqués, una tierna despedida, agraciada con dulces lágrimas, de la hermosa Adalinda, fueron los recuerdos que llevaría con él para inspirarle valor y fe en el peligro y la ausencia. El sol acababa de hundirse detrás de la lejana isla de Istria cuando, besando la mano de la dama, dijo su último adiós, y con pasos lentos y semblante melancólico descendió camino de Nápoles.

Esa misma noche, Adalinda se retiró temprano a sus cámaras, despidiendo a los criados; luego, inquieta con

una mezcla de temor y esperanza, abrió la puerta de cristal de la terraza, que daba a la cara colina encima de la corriente, cuyo tumultuoso descenso a menudo la ayudaba a dormir, aunque sus aguas se hallaban ocultas a la vista por las encinas que alzaban sus ramas superiores sobre el parapeto del balcón.

Apoyando su mejilla contra la mano, pensó en los peligros que encontraría su amado, en su propia soledad durante la espera en las cartas y en su retorno. Un crujido llamó su atención: ¿era la brisa entre las encinas? El viento no conseguía quitarle el velo, e incluso sus rizos, sujetos únicamente por su propia belleza, no se apartaron de sus mejillas. De nuevo los sonidos. La sangre invadió su corazón y le temblaron las extremidades. ¿Qué podría ser? De repente, las ramas superiores del árbol más próximo se agitaron: se abrieron y la tenue luz de las estrellas mostró la silueta de un hombre entre ellas. Éste se preparó para saltar al muro de la terraza. Sería una maniobra peligrosa. Primero, la suave voz de su amado le pidió que no temiera nada, y al siguiente instante lo tuvo a su lado, calmando sus terrores y haciéndola recuperar el espíritu que casi había abandonado su delicado cuerpo con una mezcla de sorpresa, pavor y júbilo. Le rodeó la cintura con los brazos, y dejando escapar mil expresiones apasionadas de amor, ella se reclinó en su hombro y lloró por la agitación. Él le cubrió las manos de besos y la contempló con ardiente adoración.

Luego, más tranquilos, se sentaron. El triunfo y el gozo iluminaron los ojos del conde, y un modesto rubor brilló en las mejillas de su amada, pues nunca antes había

estado sentada con él ni oído sin respuesta sus apasionadas afirmaciones de afecto. Ciertamente, fue la hora del Amor. Las estrellas titilaban en el techo de su templo eterno; el ruido del torrente, la suave atmósfera de verano y el misterioso aspecto del paisaje oscurecido se hallaban en perfecta armonía para inspirar seguridad y voluptuosa esperanza. Hablaron de cómo sus corazones, a través de la mediación de la divina naturaleza, podían estar en comunión durante la ausencia; de los gozos de la reunión y de su perspectiva de perfecta felicidad. Finalmente, llegó el momento en el que el conde tuvo que marcharse.

—Colocaré un rizo de este sedoso cabello —dijo, alzando uno de los muchos mechones que se arremolinaban en torno al cuello de Adalinda— junto a mi corazón, un escudo para que me proteja contra las espadas y balas del enemigo. —Desenfundó su daga afilada—. Arma impropia para una misión tan gentil —comentó, cortando el rizo, al tiempo que varias gotas de sangre cayeron sobre el blanco brazo de la dama.

Entonces el conde contestó a sus temerosas preguntas mostrando un corte que se había infligido en la mano izquierda. Primero insistió en guardar su premio, y luego permitió que ella le vendara la herida cosa que hizo con una mezcla de risa y pesar con una cinta que llevaba en su propio brazo.

—Y ahora, adiós —exclamó—, he de cabalgar treinta kilómetros antes de que amanezca, y la posición de la Osa Mayor indica ya que es más de medianoche.

Su descenso fue difícil, pero lo consiguió sin ninguna dificultad, y la melodía de una canción, procedente del

valle, cuyos suaves sonidos se elevaron como el humo del incienso de un altar, aseguró a los impacientes oídos de Adalinda que su amado estaba a salvo.

Como siempre es el caso cuando una narración se obtiene de testigos presenciales, jamás pude averiguar la fecha exacta de estos eventos. Sin embargo, sucedieron mientras Murat fue rey de Nápoles. Cuando reunió a sus regimientos italianos, el conde Eboli, como antes se ha mencionado, se convirtió en un oficial subalterno en ellos, sirviendo con gran distinción. Aunque me es imposible nombrar el país o la batalla en la que desempeñó un papel tan relevante, sí puedo mencionar que fue ascendido.

Poco después de este acontecimiento, y mientras se hallaba destinado en el norte de Italia, Gioacchino le envió a buscar a altas horas de la noche para que lo llevaran al cuartel general, y le confió una misión confidencial en la que debía atravesar el campo atestado con las tropas del enemigo con rumbo a un pueblo ocupado por los franceses. Era necesario emprender la expedición durante la noche, y se esperaba que regresara aquel mismo día. El rey en persona le dio los despachos y las instrucciones verbales, y el joven noble, con modesta firmeza, aseveró que tendría éxito o moriría en el cumplimiento de la confianza depositada en él.

Ya había caído la noche, y la luna creciente se hallaba baja en el oeste, cuando el conde Fernando Eboli, montando en su corcel favorito y al galope rápido, cruzó las calles del pueblo. Luego, siguiendo la dirección que se le había marcado, atravesó el campo lleno de viñedos, evitando con cautela el camino principal. Era una noche

hermosa y apacible; la tranquilidad y el sueño invadían la tierra; la guerra, ese perro de presa, dormitaba, y sólo el espíritu del amor tenía vida a aquellas horas silenciosas. Exultante con la esperanza de gloria, nuestro joven héroe comenzó su viaje, y las visiones de engrandecimiento y amor daban forma a sus pensamientos. Un sonido lejano le hizo prestar atención; tiró de las riendas del caballo y escuchó: se acercaban voces. Al reconocer el habla de un alemán, se apartó del sendero que estaba siguiendo y emprendió un camino aún más recto. Pero de nuevo oyó la voz de un enemigo y los cascos de caballos. Ebohi no titubeó; desmontó, ató el corcel a un árbol y, dando un rodeo por el borde del campo, confió en poder escapar sin ser observado. Lo consiguió después de una hora de fatigoso avance y llegó a la orilla de un río, que, como frontera entre dos estados, era la marca que indicaba que había eludido el peligro. Descendiendo por la ribera empinada del río, que quizá hubiera podido vadear con su caballo, se preparó a nadar. Después sostuvo el despacho en una mano y se quitó la capa. Estaba a punto de lanzarse al agua cuando desde la sombra de los árboles que le habían ocultado fue frenado de pronto por unas manos invisibles, tirado al suelo, maniatado, amordazado y vendado los ojos. Luego le colocaron en un bote pequeño que fue impulsado con infinita rapidez corriente abajo.

Parecía haber tanta premeditación en el acto que impedía cualquier conjetura; no obstante, debía creer que era prisionero de los austríacos. Mientras así seguía reflexionando en vano, amarraron el bote y lo desembarcaron, y el cambio de atmósfera le hizo darse cuenta de que habían entrado en alguna casa. Con extremado cuidado

y celeridad, pero en un absoluto silencio, le desnudaron y le quitaron los dos anillos que llevaba en los dedos y le cubrieron con otras prendas. Después, cuando se marcharon, no le resultó audible ninguna pisada. Pero pronto escuchó el ruido de un único remo y se sintió solo. Yacía tumbado, incapaz de moverse; el único alivio que permitieron sus captores fue el cambio de la mordaza por un tirante pañuelo en la boca. Durante horas permaneció de esa manera, con mente torturada, lleno de cólera, impaciencia y decepción, ora retorciéndose todo lo que podía en su esfuerzo por liberarse, ora quedándose quieto dominado por la desesperación. Le quitaron los mensajes y rápidamente pasó el periodo en el que con su presencia hubiera podido remediar en cierto grado esa fechoría. La mañana llegó, y aunque el resplandor del sol no caía de lleno en sus ojos, lo simió sobre el cuerpo. A medida que avanzaba el día, el hambre se apoderó de él, pero sumido en el centro de algo más poderoso, al principio desdeñó ese mal menor; sin embargo, hacia el anochecer, a pesar de sí mismo, se convirtió en la sensación predominante. La noche se acercaba, y el temor de que fuera a quedarse e incluso a morir de hambre en esta soledad, en más de una ocasión le recorrió el cuerpo con un escalofrío... cuando unas voces femeninas y la risa de un niño llegaron hasta sus oídos. Percibió que unas personas entraban en la estancia y se le preguntó en su lengua natal, mientras le quitaban el pañuelo de la boca, la causa para su presente situación. Se la atribuyó a los bandidos. Rápidamente le cortaron las ligaduras y le devolvieron la luz a los ojos. Pasó un rato antes de que se restableciera, pero obtuvo refresco con agua que le trajeron del río, y poco a poco

recuperó el uso de los sentidos y vio que se hallaba en la cabaña destartada de un pastor, deshabitada salvo por la campesina y el niño que le habían liberado. Le frotaron los tobillos y las muñecas y el pequeño le ofreció un poco de pan y huevos. Después de comer y de reposar una hora, Ferdinando se sintió lo suficientemente recuperado para resolver la aventura en su mente y determinar qué conducta debía tomar.

Observó la vestimenta que le habían dado en lugar de las ropas que llevara antes. Era de una clase de lo más humilde y tosca. Sin embargo no había tiempo que perder; tenía la convicción de que el único paso que podía dar era retornar a toda velocidad del cuartel general del ejército napolitano e informar al rey de su desastre y de su pérdida.

Era un camino largo desandar el sendero, dominado su corazón por la indignación y la decepción. Anduvo dolorosamente pero con decisión toda la noche, y a las tres de la madrugada entró en el pueblo donde por entonces se encontraba Gioacchino. Los centinelas le pidieron la contraseña y él pronunció la que Murat le había confiado, y al instante fue hecho prisionero por los soldados. Declaró su nombre y rango y la necesidad que tenía de ver de inmediato al rey. Fue llevado a la caseta de guardia y el oficial al mando oyó sus alegatos con desprecio, diciéndole que el conde Ferdinando Eboli había regresado tres horas antes de ordenar que lo encerraran para ser interrogado por espía. Eboli insistió con voz sonora en que algún impostor había tomado su nombre, y mientras relataba la historia de su captura entró otro oficial que reconoció su

persona. Otros individuos relacionados con él se unieron al grupo, y como el impostor sólo había sido visto por el oficial de guardia, su historia ganó credibilidad.

Un joven francés de rango superior, que tenía órdenes de ir a ver al rey a primeras horas de la mañana, le llevó a Murat en persona un informe de lo que estaba sucediendo. La historia resultaba tan extraña que el rey mandó llamar al joven conde. Entonces, a pesar de haber visto y creído a su doble unas pocas horas antes, y habiendo recibido un relato de su misión, que había sido ejecutada con lealtad, la aparición del joven le hizo vacilar, y ordenó la presencia de aquel que, como el conde Eboli, había estado ante él unas horas atrás. Mientras Ferdinando se hallaba junto al rey, sus ojos se posaron en un espejo grande y espléndido. Su cabello revuelto, sus ojos inyectados en sangre y su aspecto harapiento negaban su nobleza; no se parecía en nada al magnífico conde Eboli cuando, para su absoluta confusión y asombro, se plantó ante él su doble.

Era perfecto en todos los signos exteriores que denotaban una alta cuna, y tan parecido a aquel al que representaba que habría sido imposible discernir a uno del otro. El mismo pelo castaño caía sobre su frente, los dulces y vivos ojos color avellana eran los mismos, la Voz resultaba un eco de la otra. La compostura y dignidad del impostor ganó el voto de los que les rodeaban. Cuando le contaron la extraña aparición de otro conde Eboli, se rio con sincero buen humor y, volviéndose hacia Ferdinando, dijo:

—Me honras mucho al elegirme para tu personifica-

ción, pero hay dos o tres cosas que me gustan mucho de mí mismo, razón por la que debes perdonar mi renuencia a intercambiarme por ti.

Ferdinando le habría contestado, pero el falso conde, con gran celeridad, se dirigió al rey:

—¿Decidirá Vuestra Majestad entre los dos? No puedo intercambiar palabras con un individuo semejante.

Irritado por el desprecio, Ferdinando demandó permiso para retar al impostor, quien dijo que si el rey y sus camaradas oficiales no consideraban que se degradaría a sí mismo y deshonoraría al ejército enfrentándose a un vagabundo vulgar, estaba dispuesto a castigarle, incluso a riesgo de su propia vida. Pero el rey, después de unas pocas preguntas más, convencido de que el infeliz noble era el impostor, con términos severos y amenazadores le reprendió por su insolencia, afirmando que sólo a su misericordia debía el no ser ejecutado por espía, ordenando al instante que le condujeran fuera de las murallas del pueblo con amenazas de recibir un castigo ejemplar si alguna vez se atrevía a someter sus imposturas a otro juicio.

Requiere una gran imaginación y la experiencia de mucha desgracia entrar de lleno en los sentimientos de Ferdinando. Desde un alto rango, gloria, esperanza y amor fue arrojado a la absoluta mendicidad y miseria. Las insultantes palabras de su rival victorioso y las degradantes amenazas de su hasta hace poco gracioso soberano repicaron en sus oídos, y cada nervio de su cuerpo se retorció de agonía. Pero, afortunadamente para la resistencia de la vida humana, la peor gracia en la juventud a menudo sólo es un sueño doloroso que destierra cuando el sueño abandona nuestros

ojos. Después de una lucha con la angustia intolerable, la esperanza y el valor renacieron en su corazón. Con rapidez tomó una decisión. Regresaría a Nápoles, le contaría la historia al marques Spina, y por medio de sus influencia al menos obtendría una vista imparcial del rey. No obstante, no resultaba una tarea sencilla en su peculiar situación llevar tal decisión a efecto. Se hallaba sin una moneda, sus ropas indicaban pobreza, carecía de amigos o familiares cercanos, salvo aquellos que verían en él al más desvergonzado de los timadores. Pero su valor no le abandonó. La amable tierra italiana en la estación otoñal se aproximaba, llena de castaños, bayas y vides. Tomó el camino más directo por las colinas, evitando los pueblos y toda morada; viajó principalmente durante la noche, cuando, salvo en las ciudades, los oficiales del gobierno se habían retirado de sus puestos. Cómo consiguió ir de un extremo de Italia al otro es difícil de decir; pero es cierto que, después del intervalo de unas pocas semanas, se presentó en la Villa Spina.

Con considerable dificultad obtuvo permiso para acudir a la presencia del marqués, quien le recibió de pie, con mirada inquisitiva y sin reconocer al joven noble. Ferdinando solicitó una entrevista privada, pues había varios visitantes presentes. Su voz sobresaltó al marqués, el cual aceptó y le condujo a otra cámara. Una vez allí, Ferdinando reveló su personalidad y, con rápidas y agitadas palabras, le estaba relatando la historia de sus desgracias cuando se oyó el sonido de cascos de caballos, el repicar de la campana y un criado anunció:

—El conde Ferdinando Eboli.

—Es él —gritó el joven, poniéndose pálido.

Las palabras resultaron extrañas y aún lo parecieron más cuando el hombre anunciado entró. El perfecto parecido con el joven noble cuyo nombre asumía se notó cuando atravesó la sala. Con gracia le hizo una reverencia al marqués, dirigiéndole una mirada de cierta sorpresa, pero desdeñosa, a Ferdinando, al tiempo que exclamaba:

—¡Tú aquí!

Ferdinando se irguió en toda su altura. A pesar de la fatiga, las desventuras y las vulgares ropas, sus modales estaban llenos de dignidad. El marqués le miró fijamente y se quedó asombrado al contemplar su orgulloso semblante y ver en sus facciones expresivas la cara misma de Eboli. Pero de nuevo quedó perplejo cuando se volvió y distinguió, como en un espejo, la misma cara reflejada en el recién llegado, quien soportó su escrutinio con cierta impaciencia. Con palabras breves y despectivas, le contó al marqués que se trataba del segundo intento por parte del intruso de imponerse como el conde Eboli; que el engaño había fracasado antes y volvería a fallar; añadiendo con una sonrisa que era duro demostrar que él era quien decía ser contra la afirmación de un briccone, cuyo parecido con su persona y desvergüenza sin igual eran lo único que tenía a su favor.

—Vaya, mi buen amigo —continuó con mofa—, me pones en un aprieto al pensar que alguien tan parecido a mí no pueda obtener nada mejor del mundo.

La sangre subió a las mejillas de Ferdinando ante las amargas palabras de su enemigo. Con dificultad se contuvo de arrojarse sobre su adversario, al tiempo que de sus labios escapaban las palabras: «¡Traidor, impostor!»

El marqués le ordenó al fiero joven que guardara silencio y, conmovido por una expresión que recordaba de Ferdinando, con suavidad añadió:

—Por respeto a mí, os pido que seáis paciente; no temáis, que seré imparcial.

Luego, volviéndose al pretendido Eboli, añadió que no podía dudar de que se trataba del verdadero conde, y se disculpó por su indecisión anterior. Al principio, este último pareció irritado, pero al fin estalló en una carcajada y, luego, excusándose por su mala educación, siguió riéndose con sincero humor por la perplejidad del marqués. Es cierto que su alegría le ganó más crédito ante su oyente que las miradas indignadas del pobre Ferdinando. Entonces, el falso conde dijo que después de las amenazas del rey, había creído que la farsa desaparecería. Había recibido un permiso, del cual se aprovechó para visitar a su futuro suegro después de pasar unos días en su propio palacio de Nápoles. Hasta ese momento Ferdinando había escuchado con un gran sentimiento de curiosidad, ansioso por aprender todo lo que pudiera de los actos y motivos de su rival, pero ante esas últimas palabras ya no fue capaz de contenerse.

—¡Qué! —exclamó—. ¿Has usurpado mi lugar en la propia casa de mi padre y te atreviste a asumir mi poder en los ancestrales salones?

Un torrente de lágrimas se apoderó del joven, que ocultó la cara entre las manos.

La fiereza y el orgullo iluminaron el semblante del impostor.

—Por el Dios eterno y la sagrada Cruz juro que ese

palacio es el palacio de mi padre. ¡Que esos salones son los salones de mis antepasados!

Ferdinando alzó la vista con sorpresa.

—Y la tierra no se abre —dijo— para tragarse al perjuro.

Entonces, por petición del marques, relató sus aventuras, mientras el desprecio cubría las facciones de su rival. El marqués, mirando a ambos, no pudo liberarse de la duda. Se volvió de uno a otro. A pesar de la indómita y desordenada apariencia del pobre Ferdinando, había algo en él que impidió a su amigo condenarlo como el impostor, pero resultaba completamente imposible pronunciar como tal al galante joven de aspecto noble, quien únicamente podía ser reconocido como el verdadero conde gracias a la incredulidad del relato del otro. El marqués llamó a un criado y ordenó que fueran a buscar a su hija.

—Esta decisión —dijo— será tomada por el sutil juicio de una dama y la aguda penetración de una mujer que ama.

En ese momento, los dos jóvenes sonrieron —la misma sonrisa, la misma expresión— en anticipado triunfo. El marqués estaba más perplejo que nunca.

Adalinda había oído hablar de la llegada del conde Eboli, y entró en la sala resplandeciente en su juventud y felicidad. Se giró veloz hacia aquel que más se parecía a quien esperaba ver, cuando una voz bien conocida pronunció su nombre y, atónita, miró a la doble aparición de su amado. Su padre, cogiéndole la mano, le explicó brevemente el misterio y le pidió que se asegurara de quién era su futuro esposo.

—Signorina —dijo Ferdinando—, no me desdeñéis

porque aparezca ante vos con esta vergüenza y miseria. Vuestro amor y vuestra bondad me devolverán la prosperidad y felicidad.

—No sé cómo —indicó la perpleja muchacha—, pero seguro que vos sois el conde Eboli.

—Adalinda —intervino el joven rival—, no desperdiciéis vuestras palabras en un villano. Hermosa y engañada criatura, confío, y lo digo tembloroso, que con una sola palabra pueda convenceros de que soy Eboli.

—Adalinda —dijo Ferdinando—, yo coloqué el anillo nupcial en vuestro dedo; ante Dios pronunciasteis vuestros juramentos.

El falso conde se acercó a la dama y, apoyando una rodilla en el suelo extrajo de su corazón un rizo sujeto con una cinta dorada, que ella reconoció como suya, señalando una pequeña cicatriz en su mano izquierda.

Adalinda se ruborizó intensamente, se volvió hacia su padre y señaló al joven arrodillado.

—Él es Ferdinando.

Todas las protestas emitidas por el desgraciado Eboli fueron en vano. El marqués lo habría arrojado a una mazmorra, pero, ante la vehemente petición de su rival, no se le detuvo, sino que le echaron ignominiosamente de la villa. La furia de una bestia recién encadenada era menor que la tempestad de indignación que ahora llenaba el corazón de Ferdinando. El sufrimiento físico debido a la fatiga y al ayuno se añadió a su angustia interior. Durante algunas horas la locura, si se trataba de una locura que jamás olvida su mal, le poseyó. En el tumulto de sensa-

ciones predominó una idea: tomar posesión de la casa de su padre e intentar, mitigando las fortuitas circunstancias de su suerte, obtener ventaja sobre su adversario. Agotó el resto de sus energías en llegar a Nápoles. Entró en la casa de su familia y fue recibido y reconocido por sus asombrados criados.

Una de sus primeras acciones fue sacar de un pequeño gabinete una miniatura de su padre, toda rodeada de joyas e invocar la ayuda del espíritu paterno. La comida y un baño le devolvieron parte de su habitual fuerza, y anheló casi con deleite infantil poder pasar una noche de paz bajo el techo de la casa de su progenitor. Pero tal cosa no le fue permitida. Antes de la medianoche sonó la gran campana: su rival entró en el palacio como amo, acompañado por el marqués Spina. Se puede adivinar el resultado. El marqués pareció más indignado que el falso Eboli. Insistió en que el desgraciado joven debía ser encarcelado. El retrato, cuyo marco era muy costoso, que se encontró en su persona le declaró culpable de robo. Fue entregado a manos de la justicia y encerrado en una mazmorra.

No me detendré en las escenas posteriores. Fue juzgado por el tribunal, declarado culpable y sentenciado a trabajos forzados a perpetuidad.

La víspera del día en que sería trasladado de la prisión napolitana para trabajar en los caminos de Calabria, su rival le visitó en la celda. Durante unos momentos ambos se miraron en silencio. El impostor contempló al prisionero con una mezcla de orgullo y compasión: era evidente que en su corazón se libraba una batalla. La respuesta

en los ojos de Ferdinando fue sosegada, libre y digna. No estaba resignado a su duro destino, pero desdeñaba manifestar una exhibición de desesperación ante su cruel y victorioso enemigo. Un espasmo de dolor pareció sacudir el pecho del impostor, y se volvió, tratando de recuperar la dureza de corazón que hasta ahora le había sustentado en la realización de su culpable empresa. Ferdinando habló primero.

—¿Qué desea el criminal triunfante con su inocente víctima? Su visitante replicó con altivez.

—No dirijas tales epítetos contra mí o te abandonaré a tu destino. Yo soy quien digo ser.

—Sólo ante mí te atreves a soltar esa baladronada —espetó Ferdinando con desprecio—; pero quizá estos muros tengan oídos.

—Al menos, el Cielo no está sordo —dijo el impostor— al favorecer la justicia de mi causa, pues conoce y admite mi reclamación. Pero pongámosle una tregua a esta inútil discusión. La compasión... el desagrado de ver a alguien tan parecido a mí en tan mala condición... un capricho, quizá, por el que te puedes felicitar, me ha traído hasta aquí. Los cerrojos de tu mazmorra están abiertos, aquí tienes una bolsa con oro: cumple una fácil condición y quedas libre.

—¿Y cuál es?

—Firma este documento.

Le dio a Ferdinando un escrito que contenía una confesión de los crímenes que se le imputaban. La mano del joven culpable tembló al entregárselo; su semblante exhi-

bía confusión y los ojos no paraban de moverse inquietos. Ferdinando deseó con una palabra fuerte, potente como el rayo, sonora como el trueno, transmitir su ardiente desdén por la propuesta: pero la expresión es débil, y la calma está más llena de poder que la tormenta. Sin decir una palabra, rompió el papel en dos pedazos y lo arrojó a los pies de su enemigo.

Con un repentino cambio de actitud, su visitante le instó con términos volubles e impetuosos a acceder. La única respuesta de Ferdinando fue pedir que le dejara solo. Varias veces una palabra estuvo a punto de salir incontrolada de sus labios, pero se contuvo. Sin embargo, no fue capaz de esconder su agitación cuando, como un argumento para hacerle ceder, el falso conde le aseguró que ya se había casado con Adalinda. Una amarga agonía sacudió el cuerpo de Ferdinando; no obstante, mantuvo el semblante sosegado e inalterada la resolución. Habiendo agotado toda amenaza y persuasión, su rival le dejó, sin haber conseguido el propósito por el que había ido a verle. A la mañana siguiente, con muchos otros —los desechos de la humanidad—, el conde Ferdinando Ebo-li fue conducido encadenado a las insalubres llanuras de Calabria para trabajar en los caminos.

Debo apresurarme en los acontecimientos posteriores, pues una narración detallada de ellos llenaría volúmenes enteros. La aseveración que había hecho el usurpador sobre Ferdinando, que estaba casado con Adalinda, era, como todas las demás, falsa. Sin embargo, ya se había fijado el día para su unión, celebración que hubo de postergarse por la enfermedad y posterior muerte del marqués

Spina. Durante los primeros meses de luto, Adalinda se retiró a un castillo perteneciente a su padre, y que no se hallaba muy lejos de Arpiño, un pueblo del reino de Nápoles, en el corazón de los Apeninos, a setenta kilómetros de la capital. Antes de partir, el impostor trató de convencerla para que consintiera en realizar un matrimonio íntimo. Probablemente temía que, en el largo intervalo que iba a transcurrir antes de que pudiera asegurarla como suya, la joven descubriera la impostura. Además, había llegado el rumor de que uno de los compañeros de prisión de Ferdinando, un reputado bandido, había escapado, y que el joven conde era su acompañante en la huida. No obstante, Adalinda se negó a acceder a las súplicas de su amado, y se retiró a la soledad con una anciana tía, ciega y sorda, pero excelente dama de compañía.

Rara vez el falso Eboli visitó a su prometida, pero era un maestro en su arte, y los acontecimientos posteriores demostraron que debió permanecer todo el tiempo disfrazado en la proximidad del castillo. Por varios medios, insospechados en su momento, consiguió que todos los sirvientes de Adalinda fueran sustituidos por criados de él, de modo que, sin ser consciente de sus límites, ella era, de hecho, una prisionera en su propia casa. Resulta imposible decir qué fue lo que primero despertó sus sospechas respecto del engaño al que había sido sometida. Era italiana, con toda la habitual aquiescencia y relajación de sus compatriotas en la rutina corriente de la vida, y con toda su energía y pasión cuando éstas eran despertadas. En el momento en que la duda penetró en su mente, tomó la decisión de averiguarlo: para ello bastaron unas pocas preguntas relativas a las escenas que habían tenido lugar

entre el pobre Ferdinando y ella. La formuló de manera tan súbita y directa que el impostor fue pillado con la guardia baja. Se mostró confundido y tartamudeó en sus réplicas. Sus miradas se encontraron y notó que había sido descubierto, y ella vio que él percibía ahora sus sospechas confirmadas. Una expresión que es particular a un impostor, una mirada que deformó su belleza e invadió su semblante por lo general noble con las horribles líneas de la astucia y el cruel triunfo, terminaron de convencerla de su correcta deducción. «¿Cómo pude haber confundido a este hombre con mi gentil Eboli?», pensó. De nuevo se encontraron sus ojos: la peculiar expresión del impostor la aterró, y abandonó la estancia a toda velocidad.

La determinación tomó cuerpo sin demora alguna. No tenía sentido intentar explicarle la situación a su anciana tía. Decidió partir de inmediato hacia Nápoles, arrojarse a los pies de Gioacchino y contarle y obtener credibilidad para su extraña historia. Pero ya había pasado el momento en que debió ejecutar ese plan. Los esfuerzos del impostor habían concluido: se encontró con que era su prisionera. Sin embargo, el exceso de miedo le dio decisión, si no valor, y he en busca de su carcelero. Unos pocos minutos antes había sido una joven e inconsciente muchacha, dócil como una niña, e igual de ingenua. Ahora sentía como si de repente hubiera crecido en sabiduría, y que había ganado la experiencia de años en unos pocos segundos.

Durante la entrevista se mostró cauta y firme, al tiempo que el instintivo poder de la inocencia sobre la culpabilidad le confirió majestad a su porte. Por un momento,

el hacedor de sus males se amilanó bajo su mirada. Al principio se negó a reconocer que no era la persona que pretendía ser, pero la energía y elocuencia de la verdad abatieron su engaño, por lo que, arrinconado al final, se revolvió: un ciervo acorralado. En ese momento se sintió acobardada, ya que la superior fuerza del hombre le concedía el dominio. El hombre declaró la verdad: era el hermano mayor de Ferdinando, hijo natural del viejo conde Eboli. Su madre, que había sido humillada, jamás le perdonó, y educó a su hijo con un odio mortal hacia su padre, y la creencia de que las ventajas de las que disfrutaba su hermano más afortunado le pertenecían a él por derecho propio. Su educación fue tosca, pero poseía los sutiles talentos de un italiano, la rapidez de percepción y sus artes taimadas.

—Os haría empalidecer —le dijo a su temblorosa oyente— si pudiera describiros todo lo que he pasado para conseguir mi objetivo. No confié en nadie... todo lo ejecuté yo. Fue un glorioso triunfo debido perseverancia y fortaleza, cuando mi hermano usurpador y yo estuvimos ante nuestro soberano, conseguí que él fuera el proscrito degradado y yo el noble.

Habiendo contado rápidamente su historia, trató entonces de buscar el oído favorable de Adalina, que le miraba con ojos de aversión y cólera. Intentó con muestras de pasión y ternura conmover su corazón. ¿Acaso no era él, en verdad, el objeto de su amor? ¿No fue él quien trepó a su balcón en la Villa Spina? Le recordó escenas de mutua demostración de sentimientos, haciendo uso de potentes argumentos con una mujer delicada: rubores

puros tiñeron sus mejillas, pero el horror del impostor predominó sobre cualquier otro sentimiento. Éste le juró que tan pronto se casaran liberaría a Ferdinando, y le entregaría, si ella así lo deseaba, la mitad de sus posesiones. La joven contestó con frialdad que antes preferiría compartir las cadenas del inocente en su desgracia que unirse con la impostura y el crimen. Reclamó su libertad, pero la salvaje e incluso feroz naturaleza que había llevado el impostor a lo largo de su carrera delictiva estalló, y lanzó terribles amenazas sobre la cabeza de Ferdinando si ella llegaba a abandonar alguna vez el castillo sin ser su esposa. El aspecto de poder consciente y perversidad desbocada la aterró; sus brillantes ojos declaraban aborrecimiento: le habría sido más fácil morir que ceder en lo más mínimo ante un hombre que la hacía experimentar durante un instante su poder terrible, despertando en ella a una mujer desprotegida, abandonada por completo en sus manos. Le dejó allí, sintiéndose como si acabara de escapar de la inminente espada del asesino.

Una hora de meditación le sugirió la manera de escapar de su terrible situación. En un armario del castillo estaban las impolutas ropas de un paje de su madre, que había muerto de repente, dejando esas prendas sin usar. Vistiéndose con ellas, se sujetó el cabello oscuro y lustroso, y con cierto reparo amargo se ciñó la ligera espada. Luego, a través de un pasaje privado que iba desde su propia cámara hasta la capilla del castillo, se deslizó con pasos silenciosos bastante después de que el Ave María hubiera indicado en la noche de noviembre que había transcurrido media hora desde que el sol se pusiera. Tenía en su poder la llave de la puerta de la capilla, que se abrió

al empujarla. Después la cerró a su espalda y se vio en libertad. Las colinas sin senderos la rodeaban, el cielo aparecía estrellado y una fría brisa invernal susurraba en torno de los muros del castillo, Pero el temor de su enemigo conquistó los demás miedos, y marchó con paso ligero, en una especie de éxtasis, durante muchas y largas horas por los caminos pedregosos —ella, que nunca antes en su vida había caminado más de uno o dos kilómetros— hasta que sus pies se llenaron de ampollas, y los suaves zapatos se le desgarraron, y se vio perdida por completo. Al amanecer se encontró en medio de las encinas de los Apeninos, sin descubrir alguna morada o un ser humano.

Estaba hambrienta y cansada. Había traído con ella oro y joyas, pero no había forma de cambiarlos por comida. Recordó historias de bandidos, pero ninguno podía ser tan rufián y cruel como el bandido del que huía. Ese pensamiento, un poco de reposo y agua pura de una fuente de montaña le devolvieron cierto valor, y prosiguió el viaje. Se acercaba el mediodía, y en el sur de Italia el sol del mediodía, sin nubes que lo mitiguen, es opresivamente caluroso, en especial para una italiana, que jamás se expone a sus rayos. Un mareo se apoderó de ella. Vio unos nichos en la ladera de la montaña por la que marchaba, cubiertos de laurel y arbustos, y entró en uno para descansar. Era una grieta profunda y conducía a otra que daba a una caverna espaciosa iluminada desde arriba: sobre una tosca mesa tallada en piedra había unas viandas delicadas, uvas y una bota de vino. Con temor miró a su alrededor y, con cautela, comió lo que había ante ella. Luego se sentó a la mesa, apoyando un codo sobre su superficie y reclinando la cabeza sobre su mano blanca como la nieve, con

el cabello oscuro cubriéndole la frente y arracimándose en torno a su cuello. Su pose emanaba una apariencia de languidez y fatiga, mientras sus ojos grandes y suaves se llenaban a breves intervalos con lágrimas cuando se compadecía de sí misma al recordar las crueles circunstancias que la empujaron a su destino. Su peculiar pero elegante traje, su forma femenina, su belleza y gracia, mientras permanecía allí sentada, sola y pensativa en la inhóspita cueva, formaban un cuadro que un poeta describiría con júbilo y a un artista le encantaría pintar.

—Parecía un ser de otro mundo; un serafín, toda luz y belleza; un Ganímedes escapado de su esclavitud celestial para retornar a su natal Ida. Pasó tiempo antes de que reconociera, mirándola desde lo alto de la colina, a mi perdida Adalina.

Así habló el joven conde Eboli cuando relató su historia; pues el final fue tan romántico como el comienzo.

Una vez que Ferdinando hubo llegado como esclavo a Calabria, se encontró emparejado con un bandido, un hombre bravo que aborrecía sus cadenas por amor a la libertad, tal como le sucedía a su camarada prisionero, debido a una combinación de desgracia y miseria arrojada sobre él. Juntos trazaron un plan para escapar y tuvieron éxito en su ejecución. Mientras marchaban por el camino, Ferdinando le contó su historia al proscrito, quien le animó a esperar un cambio favorable en su destino; y, mientras tanto, invitó y convenció al hombre desesperado a compartir su fortuna como ladrón entre las colinas salvajes de Calabria.

La caverna donde Adalinda se había refugiado era una

de sus guaridas, y allí se dirigían sólo en periodos de inminente peligro en busca de seguridad, ya que no se podía obtener ningún botín en un lugar tan deshabitado. Y allí precisamente, una tarde, regresando de una persecución, encontraron a la muchacha errante, temerosa, solitaria y fugitiva, y jamás un faro fue tan bienvenido para un marino perdido en la tempestad como Ferdinando lo fue para su amada dama.

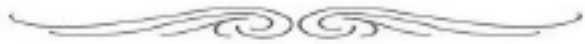
El azar, cansado ya de acosar al joven noble, le favoreció aún más. La historia de los amantes interesó al bandido jefe y la promesa de una recompensa le impulsó a ayudarles. Ferdinando convenció a Adalinda para que se quedara una noche en la cueva, y a la mañana siguiente se dispusieron para dirigirse hacia Nápoles. Pero en el momento de su partida se vieron sorprendidos por un inesperado visitante: los ladrones trajeron a un prisionero... era el impostor. Al echar en falta por la mañana a quien garantizaba su seguridad y éxito, pero convencido de que no podría alejarse mucho, despachó emisarios en todas direcciones para buscarla. Él mismo se unió a la persecución y siguió el camino que ella había tomado. Entonces fue capturado por estos proscritos, que esperaban un rico rescate de alguien cuyo aspecto denotaba bienes y alta posición social. Cuando descubrieron la identidad del prisionero, con generosidad lo entregaron a manos de su hermano.

Ferdinando y Adalinda se dirigieron a Nápoles. Al llegar, ella se presentó ante la reina Carolina y, gracias a su intercesión, Murat escuchó con asombro el engaño del que había sido objeto. El joven conde recuperó su posición y sus bienes, y pocos meses después se unió a su

prometida.

La naturaleza compasiva del conde y la condesa les llevó a interesarse por el destino de Ludovico, cuya posterior carrera fue más honorable pero menos afortunada. Gracias a la intervención de su pariente, Gioacchino permitió que ingresara en el ejército, donde se distinguió y obtuvo ascensos. Los hermanos estuvieron juntos en Moscú, y se ayudaron mutuamente durante los horrores de la retirada. En una ocasión, invadido por la somnolencia, un mortal síntoma resultante del frío excesivo, Ferdinando se rezagó de sus camaradas, pero Ludovico, negándose a abandonarle, le arrastró a pesar de la resistencia que ofreció, hasta que, entrando en un poblado, la comida y el fuego le devolvieron la vitalidad y salvó la vida. Otra noche, cuando el viento y el aguanieve se sumaron al espanto de su situación, Ludovico, después de muchos esfuerzos ineficaces, cayó desmayado del caballo. Ferdinando se encontraba a su lado, desmontó y se afanó con todos los medios en su poder para devolverle la circulación a su sangre estancada. Sus camaradas prosiguieron la marcha y el joven conde se quedó solo con su moribundo hermano en el blanco e ilimitado páramo. Ludovico abrió los ojos y lo reconoció. Le apretó la mano y sus labios, al morir, se movieron para musitar una bendición. En ese momento, los sonidos de la aproximación del enemigo sacaron a Ferdinando de la desesperanza a la que su terrible situación le había arrojado. Fue hecho prisionero y, de ese modo, salvó la vida. Cuando Napoleón fue a Elba, él, junto a muchos otros compatriotas, fue liberado y regresó a Nápoles.

HISTORIA DE PASIONES



Después de la muerte de Manfredo, rey de Nápoles, los Gibelinos perdieron su influencia en toda Italia. Los exiliados Güelfos regresaron a sus ciudades natales, y no contentos con retomar las riendas del gobierno, continuaron su triunfo hasta que los Gibelinos, a su vez, se vieron obligados a huir y a lamentar en el destierro el violento espíritu de partido que en el pasado había ocasionado sus sangrientas victorias y, ahora, su irreparable derrota. Después de una obstinada contienda, los Gibelinos florentinos se vieron obligados a abandonar su ciudad natal, sus propiedades fueron confiscadas, sus intentos por reinstalarse frustrados y, retrocediendo de castillo a castillo, por último se refugiaron en Lucca, y esperaron con impaciencia la llegada de Corradino desde Alemania, a través de cuya influencia de nuevo esperaban establecer la supremacía imperial.

El primero de mayo siempre era un día de alegría y festividades en Florencia. Los jóvenes de ambos sexos de la más alta posición social desfilaban por las calles, coronados con flores y cantando canzonetas del día. Por la noche se reunían en la Piazza del Duomo y pasaban las horas bailando. El Caroccio iba por las calles principales, el repicar de su campana ahogado en el estruendo procedente de cada campanario de la ciudad y en la música de las flautas y tambores que formaban parte de la procesión que iba detrás. El triunfo del partido reinante en Florencia hacía que celebraran el aniversario del primero de mayo de 1268 con peculiar esplendor. En realidad habían esperado que Carlos de Anjou, rey de Nápoles, cabeza de los

Güelfos en Italia, y entonces Vicare de su república, hubiera estado allí para adornar el festival con su presencia. Pero la espera por Corradino había hecho que la mayor parte de su recién conquistado y oprimido reino se sublevara, por lo que a toda velocidad había abandonado Toscana para asegurar con su presencia esas conquistas que su avaricia y crueldad hacían correr el peligro de perder. Y, aunque Carlos sentía cierto temor ante la inminente contienda con Corradino, los Güelfos florentinos, recién reinstalados en su ciudad y posesiones, no permitieron que ningún temor nublara su triunfo. Las familias más importantes rivalizaban entre sí en la exhibición de su magnificencia durante el festival. Los caballeros seguían al Curroccio a caballo, y las ventanas se veían atestadas de damas que se apoyaban sobre alfombras tejidas con hilos de oro, mientras sus propios vestidos, sencillos y elegantes, adornados tan sólo con flores, contrastaban con los resplandecientes tapices y los brillantes colores de las banderas de diversas comunidades. Toda la población de Florencia se lanzó a las calles principales, nadie se quedó en casa a excepción de los decrepitos y enfermos, a menos que se tratara de algún Gibelino descontento, cuyo miedo, pobreza o avaricia le había obligado a ocultar su partido cuando había sido desterrado de la ciudad.

No era el descontento lo que impidió que Monna Ge-gia de'Becari se encontrara entre los primeros celebrantes. Miraba con ira lo que ella llamaba su «pierna Gibelina», que la obligaba a permanecer en su silla en un día de semejante triunfo. El sol brillaba con toda su gloria en un cielo despejado, haciendo que los hermosos florentinos se llevaran sus fazioles a los ojos oscuros y se affigieran

por la juventud de esos rayos más vivificantes que los del sol. Ese mismo sol proyectaba de lleno su luz en la habitación solitaria de Monna Gegia, y casi extinguía el fuego que había encendido en el centro de la estancia, sobre el cual colgaba el caldero de menestra, la cena de la dama y árido. Pero ella había abandonado el fuego y se hallaba sentada ante la ventana, sosteniendo el rosario en la mano, mientras que a cada rato miraba por la celosía (desde cinco pisos de altura) hacia la estrecha calle de abajo... mas no pasaba ninguna criatura. Observó la ventana de enfrente: un gato dormía junto a una maceta de heliotropos, pero no se oía o veía a ser humano alguno... todos habían ido a la Piazza del Duomo.

Monna Gegia era una mujer anciana, y su vestido de colorato verde mostraba que pertenecía a una de las Arti Menori. Tenía la cabeza cubierta con un pañuelo rojo que, doblado triangularmente, colgaba suelto; sus cabellos grises estaban peinados hacia atrás de su frente alta y arrugada. La vivacidad de los ojos hablaba de la actividad de su mente, y la leve irritabilidad que flotaba alrededor de las comisuras de sus labios podía ser provocada por la continua guerra que mantenían sus facultades corporales y mentales.

—¡Por San Juan! —exclamo—. Daría mi buena cruz por ser uno de ellos, aunque al entregarla apareciera en una festa sin aquello que ninguna festa todavía me ha hecho desear... —y mientras hablaba miró con gran complacencia una cruz de oro grande pero fina que llevaba alrededor de su marchito cuello, colgada de una cinta que había sido negra y ahora exhibía una tonalidad marrón—.

Creo que esta pierna mía está hechizada; y bien puede ser que mi esposo Gibelino haya usado las artes negras para impedirme seguir al Caroccio con los mejores de ellos. — Un ligero sonido como de pisadas en la calle interrumpió el soliloquio de la buena mujer—. Quizá sea Monna Lisabetta, o Messer Giani dei Agli, el tejedor, que atravesó en primer lugar el boquete del muro del castillo Pagibonzi cuando fue tomado.

Bajó la vista, pero no pudo ver a nadie, y estaba a punto de retornar a sus pensamientos cuando su atención de nuevo se vio atraída por el sonido de pies que subían por la escalera: eran lentos y pesados, pero no dudó de quién era su visitante cuando metió la llave en la cerradura. Se levantó el pestillo y, un momento después, con semblante inseguro y ojos abatidos, entró su esposo.

Era un hombre bajo de más de sesenta años de edad; tenía los hombros anchos y erguidos y las piernas cortas; su pelo lacio, aunque ahora sólo crecía en la nuca, todavía era de un negro carbón; las Cejas eran tupidas, los ojos negros y vivos, la faz cetrina y atezada, y sus labios contradecían la severidad de la parte superior de la cara, pues su suave curva indicaba delicadeza de sentimientos, y la sonrisa era inexplicablemente dulce, aunque una barba corta y densa estropeaba de alguna manera la expresión del semblante. Sus ropas consistían en pantalones de cuero y una especie de túnica corta de tosca tela, ceñida a la cintura por una faja de cuero. Llevaba una gorra de tela roja que bajaba hasta los ojos. Sentándose en un banco junto al fuego, emitió un profundo suspiro. Parecía reacio a entablar una conversación, pero Monna Gegia, mirán-

dole con una sonrisa de inefable desdén, tomó la resolución de no dejarle disfrutar de su estado melancólico sin interrupciones.

—¿Has ido a misa, Cincolo? —dijo, empezando la conversación con una pregunta bastante apartada de la cuestión que deseaba tratar. El hombre se encogió de hombros con incomodidad, pero no contestó—. Has llegado demasiado pronto para la cena —siguió Gegia—. ¿No saldrás de nuevo?

—¡No! —repuso Cincolo con un tono que mostraba su desinterés por ser interrogado.

Pero su misma impaciencia sólo sirvió para alimentar el espíritu de discusión que fermentaba en el pecho de Gegia.

—No estás acostumbrado a pasar los días de mayo junto a la chimenea — dijo ella. No obtuvo respuesta—. Bueno —continuó—, si no piensas hablar, ¡yo he empezado! —dando a entender que eso era únicamente el prelude—. Pero, por esa cara alargada que tienes, veo que hay algunas buenas noticias, y bendigo a la Virgen por ello, sean las que fueren. Vamos, si no eres demasiado terco, dime qué felices noticias te tienen tan abatido.

Cincolo permaneció en silencio durante un rato; luego, volviéndose a medias pero sin mirar a su mujer, replicó:

—¿Y si el viejo Marzio, el león, está muerto?

Gegia empalideció, pero una sonrisa que acechaba en la boca naturalmente alegre de su marido la tranquilizó.

—¡No, que San Juan nos proteja! —exclamó—. Eso

no es verdad. La muerte del viejo Marzio no te traería a estas cuatro paredes, salvo para que triunfaras sobre tu anciana esposa. Por la bendición de San Juan que ninguno de nuestros leones ha muerto desde la víspera de la batalla del Monte Apeno; y no dudo que han sido envenenado, pues Mari, que los alimentó aquella noche, era casi un Gibelino de corazón. Además, las campanas aún repican y los tambores siguen batiendo, y si el viejo Marzio estuviera muerto reinaría el más absoluto silencio. ¡También el primero de mayo! Santa Reparata es demasiado buena con nosotros para permitir que tal mala suerte... y sé que ella tiene más favores en el séptimo cielo que todos los santos Gibelinos de tu calendario. No, buen Cincolo, Marzio no está muerto, ni el Padre Sagrado ni Messer Cario de Nápoles; pero apostarí a mi cruz de oro contra la riqueza de tus desterrados hombres que Pisa ha sido tomada... o Corradino... o...

—¡Y yo aquí! No, Gegia, viejo como soy, y a pesar de lo mucho que necesitas mi ayuda (y por eso estoy aquí), Pisa no será tomada mientras este anciano cuerpo pueda defenderla, o Corradino morir hasta que mi sangre perezosa esté más fría en la tierra que en mi cuerpo. No hagas más preguntas, y no me provoques: que yo sepa, no hay noticias, ninguna buena o mala suerte. Pero cuando vi a los Neri, a los Pulci y a los Buondelmonti, y al resto de ellos cabalgar como reyes por las calles, cuyas propias manos aún no se han secado de la sangre de mi pueblo, cuando vi a su hija coronada con flores y pensé cómo la hija de Arrigo dei Elisei guardaba luto por la muerte de su asesinado padre por el fogón de un extraño... mi espíritu debe estar más muerto de lo que está si tal visión no me hiciera de-

sear arremeter contra ellos; y pensé que podría eliminar su pompa con mi punzón como espada. Pero te recordé a ti, y aquí me encuentro sin estar manchado de sangre.

—¡Eso nunca será! —gritó Monna Gegia, mientras el color cubría sus arrugadas mejillas—. Desde la batalla de Monte Aperto jamás te has limpiado de aquella derramada por ti y tus confederados... ¿y cómo podría ser? Pues el Arno no ha vuelto a correr limpio de la sangre entonces vertida.

—Y si el mar estuviera rojo con aquella sangre, mientras queda aún más de los Güelfos que derramar, estoy dispuesto a hacerlo de n^o ser por ti. Haces bien en mencionar el Monte Aperto, y harías mejor en recordar sobre quiénes crece ahora su hierba.

—Paz, Cincolo, el corazón de una madre tiene más memoria de lo que tú crees; y bien recuerdo quién me pisoteó cuando estaba arrodillada y se llevó a rastras a mi único hijo de sólo dieciséis años para morir por la causa de ese hereje de Manfredo. De verdad, no hablemos más. ¡Terrible fue el día en que me casé contigo! Pero fueron épocas felices en las que no había Güelfos ni Gibelinos... aunque jamás volverán.

—Jamás... hasta que, como bien dices, el Arno fluya limpio de la sangre derramada en sus orillas... jamás, mientras pueda atravesar el corazón de un Güelfo; jamás, hasta que ambos grupos se encuentren fríos bajo un féretro.

—¿Y tú y yo, Cincolo?

—Somos dos viejos tontos, y tendremos más paz bajo tierra que sobre ella. Fétida Güelfa como eres, me

casé contigo antes de ser Gibelino; y ahora debo comer del mismo plato con la enemiga de Manfredo, y hacerle zapatos a los Güelfos en vez de seguir la suerte de Corradino, y enviarlos con el hacha de batalla en mano a comprar zapatos a Bolonia.

—¡Calla, calla, buen hombre! No hables tan alto de tu partido. ¿No has oído un golpe en la puerta?

Cincolo fue a abrirla con el aire de un hombre que se siente contrariado por la interrupción de su discurso y está dispuesto a mostrar ira hacia el intruso, sin importar lo inocentes que sean sus intenciones por cortar su elocuente queja. El aspecto del visitante aplacó sus indignados sentimientos. Era un joven cuyo semblante y persona mostraban que no podía tener más de dieciséis años, pero había tal control en su porte y tal dignidad en su fisonomía, que pertenecían a una edad más avanzada. Su silueta, no alta pero sí delgada, y su faz, aunque de maravillosa belleza y facciones simétricas, era pálida como el monumental mármol; los densos y rizados cabellos de su pelo castaño le caían sobre la frente y alrededor de su hermoso cuello, la gorra le ceñía la frente. Cincolo estaba a punto de introducirlo con deferencia a su humilde cuarto, pero el joven lo detuvo con un gesto de la mano, y musitó las palabras:

—¡Suabia, Cavalieri! —las palabras con las que los Gibelinos estaban acostumbrados a reconocerse mutuamente. Continuó con voz bala y urgente

—. ¿Tu esposa está dentro?

—Sí.

—Suficiente; aunque para ti soy un extraño, vengo de parte de un viejo amigo. Cobíjame hasta el anochecer; entonces partiremos y te explicaré los motivos de mi intrusión. Llámame Ricciardo de' Rossini, de Milán, en viaje a Roma. Dejo Florencia esta misma noche.

Habiendo dicho esas palabras, y sin darle tiempo a Cincolo a contestar, con un gesto de la mano le indicó que debían entrar en la casa. Monna Gegia había clavado los ojos en la puerta con mirada de impaciente curiosidad desde el momento en que su esposo la había abierto; cuando vio entrar al joven no pudo evitar exclamar:

—¡Jesús y María!

Tan distinto era de quien había esperado ver.

—Es un amigo de Milán —explicó Cincolo.

—Más probable que sea de Lucca —replicó su mujer, observando al visitante—. Sin duda eres uno de los hombres desterrados, y más osado que sabio al entrar en este pueblo; sin embargo, si no eres un espía, te encuentras a salvo conmigo.

Ricciardo sonrió y le dio las gracias con voz baja y suave:

—Si no me echas, permaneceré bajo tu techo casi todo el tiempo que me quede en Florencia, de la que partiré cuando anochezca.

Gegia volvió a observar a su invitado, y Cincolo lo escrutó con igual curiosidad. Su túnica de tela negra le llegaba por debajo de las rodillas y estaba ceñida a la cintura con una faja negra de cuero. Llevaba unos pantalones de una áspera tela color escarlata, sobre los cuales calzaba

unas botas cortas, iguales que las que ahora se ven sólo en los escenarios. Una capa de piel de zorro corriente, sin forro, colgaba de su hombro. Pero aunque su vestimenta era así de sencilla, era como la que entonces lucía la joven nobleza florentina. En aquel tiempo los italianos eran austeros en sus hábitos privados: el ejército francés conducido por Carlos de Anjou a Italia introdujo el lujo en los palacios de los Cisalpinos. Manfredo era un príncipe magnífico, pero su virtuoso rival era autor del amaneramiento en el vestir y los adornos que degradan a una nación, seguro heraldo de su decadencia. En cuanto a Ricciardo... su semblante poseía toda la simetría de una cabeza griega, y sus ojos azules, sombreados por oscuras y muy largas pestañas, eran suaves, pero llenos de expresividad: cuando alzó la vista, los pesados párpados desvelaron la dulce luz que había debajo, volviendo a ocultarlos, como cubriendo aquello que era demasiado brillante de contemplar. Sus labios expresaban una sensibilidad muy profunda y, quizá, algo de timidez, de no ser porque la plácida confianza de su porte prohibía semejante idea. Su aspecto era extraordinario, pues era joven y de cuerpo delicado, mientras que la resolución de sus modales impedía que surgiera en el observador el sentimiento de compasión: podías amarlo, pero se elevaba por encima de la compasión.

Sus anfitriones al principio guardaron silencio. Sin embargo, él les formuló algunas preguntas naturales acerca de los edificios de su ciudad, y, poco a poco, les hizo hablar. Cuando llegó el mediodía, Cincolo miró su caldero de menestra y Ricciardo, siguiendo la dirección de sus ojos, inquirió si ésa no era la cena.

—Deberéis alimentarme —dijo—, pues hoy no he comido.

Se acercó una mesa a la ventana y se sirvió la menestra en un plato, situándola en el centro, y cada uno cogió una cuchara y se llenó una jarra de vino de una cuba. Ricciardo observó a los dos ancianos, y pareció sonreír un poco ante la idea de comer del mismo plato con ellos. No obstante, comió, aunque poco, y bebió vino, con mayor moderación. Sin embargo, Cincolo, con el pretexto de llenar la copa de su invitado, rellenó la suya una segunda vez, y estaba a punto de hacerlo una tercera cuando Ricciardo, apoyando su blanca y pequeña mano en su brazo, dijo:

—¿Eres tú un alemán, amigo mío, que no paras después de tantas copas?

He oído decir que vosotros, los florentinos, sois gente sobria.

Cincolo no se sintió muy feliz con el reproche, pero consideró que era apropiado. Así, concediéndole el punto, volvió a sentarse, algo acalorado con lo que ya había bebido, y le pidió a su invitado noticias sobre Alemania y qué esperanzas había para la buena causa. Monna Gegia se contuvo ante esas palabras, y Ricciardo contestó:

—Corren muchos informes, y se albergan altas esperanzas, en especial en el norte de Italia, para el éxito de nuestra expedición. Corradino ha llegado a Génova y, aunque las filas de su ejército se vieron diezmadas por la desertión de sus tropas alemanas, se espera que sean ocupadas rápidamente por reclutas italianos, más valientes y leales que esos extranjeros, extraños a nuestra tierra, que

no podían luchar por la causa con nuestro ardor.

—¿Y cómo lo lleva él?

—Como le corresponde a alguien de la casa de Suabia, y sobrino de Manfredo. Carece de experiencia y es joven, casi hasta el infantilismo. No pasa de los dieciséis años. Su madre no consentiría esta expedición, pero lloró con amargura por el miedo de todo lo que tendría que soportar, pues ha sido educado en un palacio con todos los lujos, y está acostumbrado a las atenciones lisonjeras de los cortesanos y al tierno cuidado de las mujeres; y, aunque ésta sea una princesa, le ha mimado con la ansiosa solicitud de una campesina por su bebé. Sin embargo, Corradino es de buen corazón; dócil pero valeroso; obediente de sus amigos más sabios, gentil con sus inferiores, pero noble de alma. El espíritu de Manfredo parece animar su mente en crecimiento y, seguro que si ese glorioso príncipe disfruta ahora con sus enormes virtudes, mira con júbilo y aprobación a aquel que está, confío, destinado a ocupar su trono.

El entusiasmo con el que Ricciardo habló, bañó su pálido semblante con un ligero rubor, mientras sus ojos nadaban en el brillo del rocío que los llenó. Monna Gegia se mostró poco complacida con su arenga, pero la curiosidad la mantuvo en silencio, mientras su esposo siguió interrogando a su huésped.

—Parecéis conocer bien a Corradino.

—Le vi en Milán, y estuve íntimamente relacionado con su mejor amigo allí. Como he dicho, ha llegado a Génova, y quizá ahora ya haya desembarcado en Pisa.

—¿Encontrará muchos amigos en aquella ciudad?

—Todo hombre allí será su amigo. Pero durante su viaje hacia el sur deberá enfrentarse con el ejército florentino, dirigido por los mariscales del usurpador Carlos y ayudados por sus tropas. El propio Carlos nos ha dejado y ha partido a Nápoles a prepararse para esta guerra. Sin embargo, allí lo detestan por tirano y ladrón, y Corradino será recibido en el reino como un salvador, de modo que si logra superar los obstáculos que se opondrán a su entrada, no dudo de su éxito, y confío en que será coronado en menos de un mes en Roma, y a la semana siguiente ocupará el trono de sus antepasados en Nápoles.

—¿Y quién le coronará? —gritó Gegia, incapaz de contenerse—. Italia carece de herejes lo suficientemente viles para realizar tal cometido, a menos que sea un judío, o envíe a buscar a un griego a Constantinopla, o a un mahometano a Egipto. ¡Maldita sea para siempre la raza de Federico! ¡Por tres veces maldito sea el que tenga afinidad con ese infiel Manfredo! Y poco me complacéis vos, joven, manteniendo tal discurso en mi casa.

Cincolo miró a Ricciardo, como si temiera que un partidario tan vehemente de la casa de Suabia se irritase ante el ataque de su esposa. Pero éste miró a la anciana con una expresión de benigna serenidad; ni siquiera se mezclaba el desdén en la gentil sonrisa que jugueteaba en la comisura de sus labios.

—Me contendré —dijo.

Volviéndose hacia Cincolo, se puso a conversar de temas más generales, describiendo las diversas ciudades

de Italia que había visitado, sus formas de gobierno y relatando anécdotas sobre sus habitantes con un aire de experiencia que, contrastado con su aspecto juvenil, impresionó mucho a Cincolo, que le contempló al mismo tiempo con admiración y respeto. Llegó la noche. El sonido de las campanas murió cuando cesó el Ave María, pero el lejano sonido de algunos instrumentos fue transportado hasta ellos por la brisa nocturna, y su rápido ritmo indicó que la música ya había comenzado. Ricciardo iba a dirigirse a Cincolo cuando un golpe a la puerta le interrumpió. Era Buzeccha, el Sarraceno, un famoso jugador de ajedrez que estaba acostumbrado a desfilar bajo las columnatas del Duomo y desafiar a los jóvenes nobles a una partida. A veces eran juegos fuertes, cuyas ganancias y pérdidas se convertían en la charla de toda Florencia. Buzeccha era un hombre alto y feo, con esos modales naturales que son consecuencia de la fama que había adquirido en su ciencia y la familiaridad con que le permitían tratar a aquellos superiores a él en rango social, complacidos en medir sus fuerzas con las de él.

—¡Eh, Messere! —había comenzado, cuando, al ver a Ricciardo, preguntó

—: ¿A quién tenemos aquí?

—A un amigo de buenos hombres —repuso Ricciardo, sonriendo.

—Entonces, por Mahoma, sois mi amigo, muchacho.

—Por tu modo de hablar debes ser sarraceno —comentó Ricciardo.

—Gracias a la ayuda del Profeta por cierto que lo

soy. Un sarraceno que en tiempos de Manfredo... basta de eso. No hablaremos de Manfredo, ¿eh, Monna Gegia? Soy Buzeccha, el ajedrecista, a vuestro servicio, Messier lo Forestiere.

Hecha la presentación, comenzaron a hablar de la procesión del día. Después de un rato, Buzeccha introdujo su tema favorito: el ajedrez. Recordó algunas movidas maravillosamente buenas que había conseguido y le contó a Ricciardo cómo antes del Palagio del Popolo, en presencia del conde Guido Novello de' Giudi, entonces Vicare de la ciudad, había jugado una hora ante tres tableros con tres de los mejores ajedrecistas de Florencia, jugando dos de memoria y uno por la vista; y de las tres partidas había ganado dos. Esta narración concluyó con la propuesta de jugar con su anfitrión.

—Eres un hombre duro, Cincolo, mejor jugador que los nobles. Juraría que consideras el ajedrez sólo cuando remiendas tus zapatos. Cada agujero de tu punzón es un cuadrado del tablero, cada puntada una movida, y un par terminado, ya pagado, un jaque mate a tu adversario. ¿Eh, Cincolo? Saca el campo de batalla, hombre.

—Dejo Florencia en dos horas —indicó Ricciardo—, y antes de irme, Messer Cincolo prometió llevarme a la Piazzii del Duomo.

—Sobra tiempo, mi buen joven —dijo Buzeccha, preparando las Piezas—. Sólo pido una partida, y las que juego jamás duran más de un cuarto de hora. Después los dos os escoltaremos y podréis bailar una pieza con una hurí de ojos negros, a pesar de ser nazareno. Así que no me tapéis la luz, buen joven, y cerrad la ventana y bajad

un poco la lámpara para que no titile tanto.

Ricciardo pareció divertido por el tono autoritario del ajedrecista. Cerró la ventana y bajó la lámpara, apoyada contra la pared, que era la única luz de que disponían. Se plantó junto a la mesa a observar la partida. Monna Gegia había quitado el caldero de la cena y se sentó con cierta incomodidad, como si estuviera molesta porque su invitado no hablara con ella. Cincolo y Buzeccha se hallaban intensamente concentrados en el juego cuando oyeron una llamada a la puerta. Cincolo iba a ponerse de pie para abrirla, pero Ricciardo le dijo:

—No te molestes.

Fue él, con el estilo de alguien que ennoblece incluso las tareas humildes que realiza, de modo que ningún acto resulta más humilde que otro.

—¡Ah, Messer Beppe! Es amable por tu parte venir esta noche de mayo.

Ricciardo le miró fugazmente y ocupó de nuevo su lugar junto a los jugadores. Poco había en Messer Beppe para provocar una opinión favorable.

Era bajo, flaco y seco; tenía la cara alargada y arrugada; sus ojos estaban profundamente empotrados y tenían una expresión de desdén; los labios rectos, la nariz ganchuda y la cabeza cubierta por una gorra, el pelo muy corto. Se sentó cerca de Gegia y comenzó a hablar con voz gimoteante y servil, halagándola por su buen aspecto, soltando una andanada de lisonjas sobre la magnificencia de ciertas florentinas Güelfas, y concluyó declarando que estaba hambriento y cansado.

—¿Hambriento, Beppe? —preguntó Gegia—. Debiste mencionarlo primero, amigo. Cincolo, ¿quieres darle de comer a tu invitado? Cincolo,

¿estás sordo? ¿Eres ciego? ¿Es que no me oyes? ¿No quieres ver? Aquí está Messer Giuseppe de'Bosticchi.

Despacio, con los ojos aún clavados en el tablero, Cincolo hizo ademán de incorporarse. Sin embargo, el nombre del visitante pareció tener el efecto de la magia sobre Ricciardo.

—¡Bosticchi! —exclamó—, ¡Giuseppe Bosticchi! No esperaba encontrar a ese hombre bajo tu techo, Cincolo, a pesar de lo Güelfa que sea su esposa... pues también ella ha comido del pan de los Elisei. ¡Adiós! Me encontrarás en la calle de abajo; sígueme con presteza.

Estaba a punto de marcharse, pero Bosticchi se situó delante de la puerta, diciendo con un tono de voz cuyo gemido entremezclaba cólera y servilismo:

—¿En que he ofendido a este joven caballero? ¿Es que no me contaréis dicha ofensa?

—No te atrevas a frenarme —gritó Ricciardo, pasándose la mano por los ojos—, no me obligues a mirarlo otra vez... ¡Apártate! Cincolo le detuvo.

—Sois demasiado apresurado y muy apasionado, mi noble invitado. No importa cómo os haya ofendido este hombre, sois demasiado violento.

—¡Violento! —exclamó Ricciardo, casi sofocado por una emoción apasionada—. Sí, desenvaina tu cuchillo y exhibe la sangre de Arrigo dei Elisei con la que está manchada.

Siguió un silencio mortal. Bosticchi se escabulló del cuarto; Ricciardo ocultó la cara entre las manos y lloró. Pero pronto calmó su ardor y dijo:

—En verdad que esto es infantil. Perdóname; ese hombre se ha ido; excusa y olvida mi violencia. Continúa con la partida, Cincolo, pero conclúyela deprisa, pues el tiempo se acaba... ¡Oíd! El campanario anuncia la primera hora de la noche.

—La partida ya ha terminado —anunció Buzeccha con pesar—, vuestra capa ha deshecho el mejor jaque mate que haya planeado alguna vez esta cabeza mía... ¡que Dios os perdone!

—¡Jaque mate! —gritó el indignado Cincolo—. ¡Jaque mate! ¡Con mi reina, que estaba destrozando tus filas!

—Vayámonos —dijo Ricciardo—, Messer Buzeccha terminará la partida con Monna Gegia. Cincolo volverá pronto.

Cogiendo a su anfitrión por el brazo, le sacó del cuarto y descendió por las estrechas y empinadas escaleras con el aire de alguien a quien no le eran desconocidas.

Una vez en la calle, aminoró el paso, y mirando primero a su alrededor con el fin de asegurarse de que nadie oía su conversación, se dirigió a Cincolo:

—Perdóname, mi buen amigo; he sido vehemente, y la visión de ese hombre hizo que cada gota de mi sangre bullera en mis venas. Pero no vengo aquí para entregarme a dolores o venganzas personales, sino a ocuparme de mi plan. Es necesario que vea, rápidamente y en secreto, a Messer Guielmo Lostendardo, el comandante napolita-

no. Le llevo un mensaje de la condesa Elizabeth, madre de Corradino, y tengo la esperanza de que su contenido le induzca al menos a adoptar un papel neutral en el inminente conflicto. Te he elegido a ti, Cincolo, para ayudarme en esto, pues no sólo eres de poca importancia en tu ciudad para no atraer la atención, sino que eres valiente y leal, y sé que puedo confiar en tu conocida valía. Lostendardo reside en el Palagio del Governo. Cuando atraviese sus puertas me encontraré en manos de mis enemigos, y sólo sus mazmorras puede que conozcan el secreto de mi destino. Espero cosas mejores. Pero si pasadas dos horas no aparezco o te hago llegar noticias de mi persona, llévale este paquete a Corradino en Pisa. Entonces descubrirás quién soy, y si sientes alguna indignación por mi destino, deja que ese sentimiento te una aún con más fuerza a la causa por la que vivo y muero.

Ricciardo siguió andando mientras hablaba, y Cincolo observó que sin meditarlo dirigía sus pasos hacia el Palagio del Govemo.

—No entiendo esto —dijo el anciano—. ¿Con qué argumento, a menos que traigáis uno del otro mundo, esperáis inducir a Messer Guielmo a ayudar a Corradino? Es un enemigo tan enconado de Manfredo que, aunque el príncipe esté muerto, cada vez que se menciona su nombre coge el aire como si se tratara de una daga. Con horribles imprecaciones le he oído maldecir a toda la casa de Suabia.

Un temblor sacudió el cuerpo de Ricciardo, pero contestó:

—En el pasado, Lostendardo fue el más firme baluarte de esa casa, y amigo de Manfredo. Extrañas circunstan-

cias dieron nacimiento en su mente a un odio antinatural, y se convirtió en un traidor. Pero quizás ahora que Manfredo se encuentra en el Paraíso, la juventud, las virtudes y la inexperiencia de Corradino puedan inspirarle sentimientos más generosos y volver a despertar su vieja fe. Al menos, he de intentar esta última prueba. Esta causa es demasiado santa, demasiado sagrada para admitir formas comunes de raciocinio o acción. El sobrino de Manfredo debe ocupar el trono de sus antepasados, y para conseguirlo soportaré lo que sea necesario.

Entraron en el Palacio del Gobierno. Messer Guielmo se hallaba de fiesta en el gran salón.

—Llévale este anillo, buen Cincolo, y dile que estoy esperando. No te demores, y que mi valor y mi vida no me abandonen en el momento de la prueba.

Cincolo, lanzando una mirada inquisitiva a su extraordinario compañero, obedeció la orden, mientras el joven se apoyó contra una de las columnas de la corte y alzó los ojos con pasión hacia el claro firmamento.

—¡Oh, estrellas! —exclamó con voz ahogada—. Sois eternas: ¡dejad que mi propósito y mi voluntad sean tan constantes como vosotras!

Luego, más sosegado, cruzó los brazos dentro de su capa, y con una fuerte lucha interior se esforzó por reprimir la emoción. Varios sirvientes se le acercaron y le pidieron que les siguiera. De nuevo miró al cielo y musitó:

«Manfredo». Entonces, emprendió la marcha con pasos lentos pero decididos. Le condujeron a través de diversos salones y corredores a una gran estancia llena de

tapices y bien iluminada, con muchas lámparas. El mármol del suelo reflejaba el resplandor, y el techo abovedado devolvía el ruido de las pisadas de alguien que recorría la cámara cuando Ricciardo entró. Era Lostendardo. Con una señal indicó a los sirvientes que se retiraran. La pesada puerta se cerró tras ellos y Ricciardo quedó solo con Messer Guielmo: con el semblante pálido pero compuesto, los ojos bajos a la expectativa, no por miedo; y, de no ser por el movimiento convulsivo de los labios, se habría pensado que cada facultad se hallaba casi suspendida por una intensa agitación.

Lostendardo se le acercó. Era un hombre en la flor de la vida, alto y atlético; parecía capaz de aplastar el frágil ser de Ricciardo con el mínimo esfuerzo. Cada facción de su semblante hablaba de lucha de pasiones, y del terrible egoísmo de alguien que incluso se sacrificaría a sí mismo para imponer su voluntad. Tenía las cejas negras separadas, los ojos grises eran profundos y altivos, su aspecto al mismo tiempo severo y macilento. Daba la impresión de que jamás una sonrisa había perturbado el desdén marcado que expresaban sus labios; la frente alta, que mostraba la calvicie incipiente de la cabeza, estaba surcada por mil arrugas contradictorias. La voz fue estudiadamente contenida cuando habló:

—¿De dónde traéis este anillo? —Ricciardo alzó la vista y le miró a los ojos, que lanzaron fuego al exclamar—: ¡Despina! ¡He rezado por esta noche y día, y ya estáis aquí! —le cogió la mano con un apretón de gigante—. No, no luchéis, pues por mi salvación juro que jamás volveréis a escapar de mí.

Despina replicó con calma:

—Creed que al situarme así en vuestro poder no temo ningún daño que podáis infligirme... de lo contrario no estaría aquí. No os temo, pues no temo a la muerte. Soldadme, y escuchadme. Vengo en nombre de esas virtudes que en una ocasión fueron vuestras; vengo en nombre de todos los sentimientos nobles, de la generosidad y la antigua fe; y confío que al escucharme vuestra naturaleza heroica apoyará a mi voz, y que Lostendardo ya no se unirá a aquellos a los que los buenos y grandes jamás mencionan, pero sí condenan.

Lostendardo pareció prestarle poca atención a lo que decía. La miró con gesto triunfal y maligno orgullo; y si aún la sujetaba, sus motivos parecían más bien deberse al deleite que experimentaba al exhibir su poder sobre ella que miedo o preocupación a que pudiera escapar. Se podía leer en la pálida mejilla de la joven y en sus ojos vidriosos que su plan la elevaba por encima del miedo mortal, y que se hallaba tan impasible como el mármol ante cualquier acontecimiento que no potenciara o pudiera dañar el propósito por el que venido. Los dos guardaron silencio hasta que Lostendardo, indicándole un asiento, y quedándose de pie delante de ella con los brazos cruzados y las facciones dilatadas por el triunfo, con la voz aguda por la agitación, dijo:

—¡Bien, hablad! ¿Qué queréis de mí?

—Vengo a solicitar que si no se os puede convencer para que ayudéis al príncipe Corradino en la actual lucha, al menos permanezcáis neutral y no os opongáis a su reclamación al trono de sus antepasados.

Lostendardo se rio. El techo abovedado devolvió el sonido, pero el áspero eco, aunque semejaba el agudo grito de un animal de presa cuya garra se encuentra sobre el corazón de su enemigo, no era tan discordante ni tan inhumano como la risa misma.

—¿Cómo pretendéis inducirme a aceptarlo? —preguntó—. Esta daga —y toco la empuñadura de una oculta a medias entre sus vestiduras— aún sigue manchada con la sangre de Manfredo; antes de que pase mucho tiempo estará clavada en el corazón de ese muchacho necio.

Despina dominó el sentimiento de horror que le inspiraron dichas palabras, y contestó:

—¿Me daréis unos pocos minutos de paciente escucha?

—Os brindaré unos pocos minutos de atención, y si no me muestro tan paciente como en el Palagio Reale, hermosa Despina, debéis excusarme. La paciencia no es una virtud a la que aspiro.

—Sí, fue en el Palagio Reale en Nápoles, el palacio de Manfredo. Entonces, vos erais su mejor amigo, seleccionado por ese elegido espécimen de humanidad para ser su confidente y consejero. ¿Por qué os convertisteis en un traidor? No os sobresaltéis ante esa palabra: si pudierais oír la voz unida de Italia, e incluso la de aquellos que se llaman vuestros amigos, ellos mismos repetirían ese nombre. ¿Por qué os degradasteis y defraudasteis de esa manera a vos mismo? Decís que yo soy la causa, pero soy inocente. Me visteis en la corte de vuestro señor, una doncella de la reina Sibila, y alguien que sin saberlo ya se había separado de su corazón, su alma, su voluntad,

todo su ser, como sacrificio involuntario ante el altar de todo lo que es noble y divino en la naturaleza humana. Mi espíritu veneraba a Manfredo como un santo, y mis latidos cesaban cuando posaba sus ojos sobre mí. Eso sentía, pero sin saberlo. Vos me despertasteis de mi sueño. Dijisteis que me amabais, y reflejasteis en un espejo demasiado certero mis propias emociones; me vi allí y temblé. Pero la profunda y eterna naturaleza de mi pasión me salvó. Amaba a Manfredo. Amaba al sol porque le iluminaba; amaba el aire que le daba vida; me deifiqué porque mi corazón era el templo en el que él residía. Me dediqué a Sibila, pues ella era su esposa, y nunca en pensamiento o sueño degradé la pureza de mi amor por él. Y por eso vos le odiasteis. Él ignoraba la pasión que yo sentía: mi corazón la contenía como un tesoro que vos, al descubrir, saqueasteis. Os habría sido más fácil privarme de la vida que de mi devoción por vuestro rey y, por ello, os volvisteis un traidor.

»Manfredo murió y pensasteis que entonces yo lo olvidé. Pero en verdad que el amor sería una burla si la muerte no fuera el engaño más audaz. ¿Cómo puede morir aquel que está inmortalizado en mis pensamientos, esos pensamientos que abarcan el universo y contienen a la eternidad en su interior? Y aunque su ropaje terrenal haya sido tirado como un arbusto marchito junto a la hierba, él vive en mi alma tan hermoso, noble e íntegro como cuando su voz despertaba al aire mudo... no, su vida es más plena, más verdadera. Porque antes ese pequeño altar que albergaba su espíritu era todo lo que existía de él, pero ahora es parte de todas las cosas; su espíritu me rodea y penetra, y ya que estuve separada durante su

vida, la muerte me ha unido a él para siempre.

El semblante de Lostendardo se oscureció ominosamente. Cuando ella calló, estaba tan negro como el mar antes de las pesadas y cargadas nubes tormentosas que se disuelven en lluvia. La tempestad de la pasión que se elevó en su corazón parecía demasiado poderosa para admitir una rápida manifestación; creció despacio desde el abismo más profundo de su alma, y emoción tras emoción, se apiló antes de que el rayo de su ira cayera sobre el objetivo.

—Vuestros argumentos, elocuente Despina —dijo—, son ciertamente incontestables. Funcionan bien para vuestro propósito. Tengo entendido que Corradino se encuentra en Pisa: habéis afilado mi daga, y antes de que el rocío de otra noche la oxide, puede que pague con obras vuestras insultantes palabras.

—¡Cuánto me malinterpretáis! ¿Y es que la alabanza y el amor de toda la excelencia heroica son un insulto para vos? Lostendardo, cuando me visteis por primera vez, yo era una joven inexperta: amaba, pero no sabía qué era el amor, y limitando mi pasión a estrechos terrenos, adoraba el ser de Manfredo como se puede amar a una efigie de piedra, que, una vez rota, carece de existencia. Pero he cambiado mucho. Puede que antes os tratara con desdén o cólera, pero en este momento esos mezquinos sentimientos han muerto en mi corazón. Sólo me anima uno: la aspiración a otra vida, otro estado de existencia. Todo lo bueno abandona esta extraña tierra, y no dudo de que cuando esté lo suficientemente elevada sobre las debilidades humanas también será mi turno de dejar este

escenario de dolor. Y únicamente me preparo para ese momento. Al esforzarme por ser merecedora de una unión con todo lo valeroso, generoso y sabio que alguna vez adornara a la humanidad, habiendo dejado atrás a ésta, me consagro al servicio de esa causa tan justa. Por lo tanto, mal me hacéis si creéis que se debe al desdén en lo que digo o que cualquier sentimiento bajo está mezclado con mi devoción de espíritu cuando vengo a situarme por propia voluntad en vuestro poder. Podéis encerrarme para siempre en las mazmorras de este palacio por Gibelina o espía, y hacer que me ejecuten como a un criminal. Pero antes de que lo hagáis, reflexionad por vuestro propio bien en la elección de gloria o ignominia que estáis a punto de realizar. Dejad que vuestros antiguos sentimientos de amor por la casa de Suabia influyan algo en vuestro corazón; pensad que así como sois ahora el enemigo despreciado, podéis convertirlos en el amigo Regido de su último descendiente y recibir de todos los corazones la alabanza de haber restaurado a Corradino a los honores y poder para los que nació.

»Comparad a este príncipe con el hipócrita, sanguinolento y mezquino de espíritu Carlos. Cuando Manfredo murió, fui a Alemania y residí en la corte de la condesa Elizabeth. Desde entonces he sido constante testigo de las grandes y buenas cualidades de Corradino. La valentía de su espíritu le hace elevarse por encima de la debilidad e inexperiencia de la juventud: posee toda la nobleza de espíritu que pertenece a la familia de Suabia, y, además, una pureza y gentileza que atraen el respeto y el amor de los viejos y cautelosos cortesanos de Federico y Conrado. Vos sois valiente, y seríais generoso si la furia de vuestras

pasiones, como un fuego que consume, no destruyera en su violencia todos los sentimientos generosos. Entonces, ¿cómo podéis convertirlos en el instrumento de Carlos? Sus despectivos ojos y sus burlescos labios hablan de egoísmo de mente. La avaricia, crueldad, mezquindad y engaño son las cualidades que le caracterizan te hacen inmerecedor de la majestad que usurpa. Dejad que regrese a la Provenza y que reine con vil despotismo sobre los lujuriosos y serviles franceses; los italianos, libres por nacimiento, requieren otro señor. No están preparados para inclinarse ante alguien cuyo palacio es la... casa de cambio de los prestamistas, cuyos generales son usureros, cuyos cortesanos son sastres o monjes, y que de forma rastrera le jura alianza al enemigo de la libertad y la virtud, Clemente, el asesino de Manfredo. Su rey, igual que ellos, debería llevar la armadura del valor y la sencillez; sus adornos, el escudo y la lanza; su tesoro, las posesiones de sus súbditos; su ejército, su amor incommovible. Carlos os tratará como a un instrumento. Corradino como a un amigo... Carlos os convertirá en el odiado tirano de una doliente provincia, Corradino en el gobernador de un pueblo próspero y feliz.

»No puedo decir por vuestra expresión si lo que he dicho os ha hecho cambiar algo vuestra determinación. No puedo olvidar las escenas que tuvieron lugar entre nosotros en Nápoles. Puede que onces me mostrara desdeñosa: pero ahora no lo soy. Vuestra execración Manfredo provocó todos mis sentimientos iracundos; pero, como he dicho, todos, menos el sentimiento del amor, murieron en mi corazón con la muerte de Manfredo, y estoy convencida de que allí donde habite el amor su com-

pañera ha de ser la excelencia. Habéis afirmado amarme; y, aunque en tiempos pasados amor fue el hermano gemelo del odio —entonces, pobre prisionero en vuestro corazón, sus amigos fueron los celos, la ira, el desprecio y la crueldad—, si fue amor, considero que su divinidad debió purificar vuestro corazón de sentimientos innobles; y, ahora que yo, la prometida de la Muerte, me encuentro fuera de vuestra esfera, quizá despierten en vuestro pecho sentimientos más bondadosos y os inclinéis con suavidad ante mi voz.

»Si de verdad me amasteis, ¿no seréis ahora mi amigo? ¿No debemos, mano con mano, seguir el mismo curso? Regresad a vuestra antigua fe, y ahora que la muerte y la religión han depositado el sello sobre el pasado, dejad que el espíritu de Manfredo, mirando desde arriba, contemple a su amigo arrepentido como el firme aliado de su sucesor, el mejor y último heredero de la casa de Suabia.

Dejó de hablar, pues el destello de salvaje triunfo, como un fuego creciente en la noche, iluminó con ardiente y temeroso brillo la cara de Lostendardo, haciendo que se detuviera en su petición. No contestó; pero cuando ella guardó silencio, abandonó su inmovilidad, de pie frente a Despina, y recorriendo el salón con medidos pasos, con la cabeza inclinada, dio la impresión de estar meditando en algo. ¿Es posible que se hallara sopesando las palabras de la joven? Si vacilaba, seguro que el lado de la generosidad y la vieja fidelidad prevalecerían. Sin embargo, no se atrevió a albergar esperanzas. El corazón le latía deprisa, y se habría arrodillado, pero temía moverse por si el mínimo gesto perturbaba los pensamientos de

Lostendardo. Alzó la vista, se sentó y rezó en silencio. A pesar del resplandor lámparas, los rayos de una estrella pequeña entraron por una ventana oscura. Posó allí los ojos y sus pensamientos se vieron elevados al instante a la eternidad y al espacio que simbolizaba esa estrella, le parecía el espíritu de Manfredo, e interiormente la adoró mientras imploraba que derramara su influencia benigna sobre el alma de Lostendardo.

Transcurrieron varios minutos en ese ominoso silencio; luego, él Se acercó.

—Despina, permitidme reflexionar sobre vuestras palabras; mañana os daré una respuesta. Os quedaréis en este palacio hasta la mañana, y entonces veréis y juzgaréis mi arrepentimiento y el regreso de mi fe.

Habló con estudiada suavidad. Despina no podía verle la cara, pues las luces brillaban a su espalda. Cuando levantó el rostro para responder, la pequeña estrella titiló justo encima de la cabeza de Lostendardo y dio la impresión de tranquilizarla con su débil fulgor. Nuestras mentes, cuando se encuentran abrumadas, son extrañamente propensas a la superstición, y Despina vivía en una era supersticiosa. Pensó que la estrella le pedía que cediera, y que le garantizaba protección del cielo... pues, ¿de qué otra parte podía, esperarla? Por ello contestó:

—Acepto. Sólo os pido que le hagáis saber al hombre que os entregó mi anillo que me encuentro a salvo, o temerá por mí.

—Haré lo que pedís.

—Y me confiaré a vuestro cuidado. No puedo, no me

atrevo a temeros. Si me traicionarais, aún confío en los santos celestiales que protegen a la humanidad.

Su semblante era tan sosegado... irradiaba una devoción tan angelical y una fe en el bien que Lostendardo no tuvo valor para mirarla. Durante un momento —cuando ella quedó en silencio y miró la estrella—, se sintió impulsado a arrojarse a sus pies y confesarle el plan diabólico que había tramado, y entregarse en cuerpo y alma a su guía, a servirla, obedecerla y venerarla. Pero el impulso fue momentáneo y el sentimiento de venganza regresó a él. Desde el momento en que ella le había rechazado, el fuego de la ira había ardido en su corazón, consumiendo toda sensación sana, toda simpatía humana y gentileza del alma. Había jurado no dormir en un lecho o beber otra cosa que no fuera agua hasta que su primera copa de vino no estuviera mezclada con la sangre de Manfredo. Había cumplido ese juramento. Una extraña alteración se había labrado en su interior desde el momento en que vaciara aquella impía copa. El espíritu, no de un hombre sino de un diablo, parecía vivir dentro de él, instándole al crimen, del que sólo su larga y postergada esperanza de venganza le habían retrasado. Pero Despina se hallaba ahora en su poder, y le daba la impresión de que el destino le había preservado tanto tiempo solo con el fin de que pudiera abatir su furia completa sobre ella. Cuando le habló de amor, pensó cómo podría extraer de ello dolor. Formó su plan; y una vez conquistada su leve debilidad humana, centró sus pensamientos en la realización. Sin embargo, temía quedarse más tiempo con ella, de modo que la dejó, diciendo que le enviaría sirvientes que le mostrarían las dependencias donde podría descansar. Pasaron varias horas, pero nadie

fue a verla. Las lámparas estaban bastante consumidas y ardían bajas, y las estrellas del firmamento podían ahora conquistar la luz más débil con sus rayos titilantes. Una a una esas lámparas se extinguieron, y las sombras de las altas ventanas del salón, antes invisibles, se proyectaron sobre el suelo de mármol. Despina alzó la vista, inconscientemente al principio, hasta que se encontró contando —una, dos, tres— las formas de las barras de hierro que se extendían de manera plácida sobre la piedra.

—Esas rejas son gruesas —dijo—: este salón será una mazmorra grande pero segura.

Como por inspiración, sintió que ya era una prisionera. Ningún cambio, ninguna palabra había tenido lugar desde que intrépidamente entrara en la estancia, creyéndose libre. Pero ahora su mente no albergaba duda alguna respecto a su situación; unas pesadas cadenas parecieron caer a su alrededor; el aire era pesado y denso como el de una prisión, y la luz de las estrellas que antes la había animado se convirtió en el terrible mensajero de un pavoroso peligro para ella misma, en la absoluta derrota de todas las esperanzas de éxito que se había atrevido a alimentar para su amada causa.

Cincolo esperó, primero con impaciencia, y después con ansiedad, el retorno del joven desconocido. Con paso inquieto recorrió de arriba abajo las puertas del palacio. Transcurrieron las horas, las estrellas se alzaron y descendieron, y los meteoritos surcaron el cielo. No resultaron mis frecuentes de lo que suelen ser en una noche despejada de verano en Italia, pero a Cincolo le parecieron peculiarmente numerosos, heraldos de cambios y cala-

midades. Llegó la medianoche, y en ese momento pasó una procesión de monjes, transportando un cadáver y entonando un solemne *De Profundis*. Cincolo sintió que un frío temblor recorría sus extremidades al pensar en el augurio infortunado que representaba este suceso para el extraño aventurero al que había guiado hasta el palacio. Las sombrías capuchas de los monjes, sus voces apagadas y la oscura carga que llevaban aumentaron su agitación casi hasta el terror. Sin confesarse a sí mismo la cobardía, se sintió poseído por el miedo de ser incluido en el maligno destino que evidentemente le aguardaba a su compañero. Cincolo era un hombre valiente; a menudo había estado en la vanguardia de un asalto peligroso, pero los más valerosos entre nosotros sienten a veces que les falla el corazón ante el pavor a lo desconocido y el peligro predestinado. Entonces se vio invadido por el pánico. Con la vista siguió las luces menguantes de la procesión y escuchó con el fin de captar sus voces que se perdían: le temblaban las rodillas y la frente se le llenó de un sudor frío, hasta que, incapaz de resistir el impulso, comenzó a retirarse lentamente del Palacio de Gobierno y a abandonar el círculo mortal que parecía que iba a encerrarlo si se quedaba en aquel sitio.

Apenas había dejado su puesto ante la puerta del palacio, cuando vio que se asomaban unas luces a manos de una compañía de hombres, algunos de los cuales iban armados, tal como demostraba el destello que proyectaban las puntas de las lanzas, mientras que otros cargaban con una litera que tenía unas cortinas negras cerradas. Cincolo se quedó clavado donde estaba. Ningún pensamiento racional podía justificar su creencia, pero quedó conven-

cido de que allí iba el joven desconocido, transportado hacia su muerte. Impelido por la curiosidad y la ansiedad, siguió al grupo mientras se dirigía hacia la Porta Romana. Al llegar al umbral fueron detenidos por los centinelas, dieron la contraseña y les fue permitido el paso. Cincolo atrevió a seguirlos, aunque se sentía agitado por el miedo y la compasión. Recordó el paquete que se le había confiado y no tuvo valor de extraerlo del interior de la camisa por temor a que algún Güelfo se hallara cerca y viera que estaba dirigido a Corradino. No sabía leer, pero deseaba ver las armas del sello para comprobar si tenía alguna insignia imperial. Regresó al Palagio del Governo: allí todo era oscuridad y silencio. De nuevo se puso a caminar arriba y abajo de las puertas, observando las ventanas, pero no apareció ninguna señal de vida. No podía decir por qué se hallaba tan agitado, pero sentía como si toda su paz futura dependiera del destino del joven desconocido. Pensó en Gegia, en su indefensión y avanzada edad, pero no pudo resistir el impulso que le dominaba y decidió que aquella misma noche emprendería el viaje a Pisa para entregar el paquete y descubrir quién era el extraño y qué esperanzas podía albergar por su seguridad.

Regresó a casa con el fin de informarle a Gegia del viaje. Sería una tarea dolorosa, pero no podía dejarla sumida en las dudas. Subió por las estrechas escaleras con nerviosismo. Una vez arriba, una lámpara centelleaba ante un retrato de la Virgen. Noche tras noche ardía allí, protegiendo con su influencia su pequeño hogar de todos los males terrenales o sobrenaturales. Su visión le inspiró valor. Rezó un Ave María ante ella, y luego, mirando a su alrededor para cerciorarse de que no había ningún espía

en el estrecho rellano, extrajo el paquete de su pecho y examinó el sello. En aquellos días todos los italianos conocían la heráldica, ya que por las insignias de los escudos de los caballeros descubrían, mejor que por sus rostros o personas, a qué familia y grupo pertenecían. No le hizo falta gran conocimiento a Cincolo para descifrar esas armas; las conocía desde la infancia: eran las de los Elisei, la familia a la cual había estado unido como soldado durante todas las contiendas civiles. Arrigo dei Elisei había sido su patrón, y la mujer de Cincolo había amamantado a su única hija en aquellos felices días en los que no había ni Güelfos ni Gibelinos. La visión de esas armas volvió a despertar su ansiedad. ¿Pertenece el joven a aquella casa? El sello mostraba que así era; y el descubrimiento confirmó su determinación de realizar cualquier esfuerzo por salvarle, y le inspiró el suficiente valor para enfrentarse a las protestas y temores de Monna Gegia.

Abrió la puerta; la anciana dama se hallaba dormida en la silla, pero despertó al entrar él. Sólo había dormido para refrescar su curiosidad, y le formuló mil preguntas seguidas, a las que Cincolo no contestó. Se quedó de pie con los brazos cruzados mirando el fuego, dudando cómo sacar el tema de su partida. Monna Gegia siguió hablando:

—Después de irte, mantuvimos una discusión sobre ese jovencito de cabeza caliente que vino esta mañana; yo, Buzeccha, Beppe de' Bosticchi, que volvió, y Monna Lisa del Mercato Nuovo. Todos acordamos que debía de tratarse de una de dos personas, y sin importar quién fuera, si no había salido de Florencia, la Stinchi iba a ser su

nueva morada a la salida del sol. ¡Eh!

¡Cincolo, hombre! No dices nada. ¿Dónde te separaste de tu príncipe?

—¡Príncipe! Gegia, ¿estás loca? ¿Qué príncipe?

—Se trata de un príncipe o de un panadero. O bien el mismo Corradino, o Ricciardo, el hijo de Messer Tommaso de' Manelli, aquel que vivía al otro lado del Arno y horneaba pan para todo Sesto cuando el conde Guido de' Giudi era Vicario. Por ello ese Messer Tommaso fue a Milán con Ubaldo de' Gargalandi, y Ricciardo, que acompañó a su padre, ahora debe rondar los dieciséis años. Tenía fama de amasar con tanta ligereza como su padre, aunque prefirió seguir las armas con los Gargalandi. Cuentan que era un joven hermoso; y así, para decir la verdad, lo era nuestro joven de la mañana. Pero Monna Lisa estaba convencida de que debía de tratarse del mismo Corradino...

Cincolo escuchó como si la cháchara de dos mujeres viejas pudiera desentrañar su enigma. Incluso comenzó a dudar de si su última conjetura, extravagante como era, no había dado con la verdad. Todas las circunstancias rechazaban semejante idea, pero pensó en la juventud y extraordinaria belleza del extraño y comenzó a sentir dudas. No había nadie entre los Elisei que respondiera a su apariencia. La flor de su juventud había caído en el Monte Aperto; los mayores de la nueva generación apenas tenían diez años; los demás varones de aquella casa se hallaban en la edad madura. Gegia siguió hablando de la furia que Beppe de' Bosticchi mostró al ser acusado del asesinato de Arrigo dei Elisei.

—Si lo hubiera hecho —grito—, nunca más habría estado ante mi chimenea. Pero juró su inocencia, y de verdad, pobre hombre, sería un pecado no creerle.

¿Por qué, si el desconocido no era un Elisei, habría exhibido tal horror al ver al supuesto asesino del cabeza de la familia? Cincolo le dio la espalda al fuego. Después comprobó si su cuchillo pendía seguro del cinturón, se quitó los zapatos estilo sandalias y se calzó unas botas fuertes forradas en piel. Esto último llamó la atención de Gegia.

—¿En qué andas, buen hombre? —inquirió con voz sonora—. Ésta no es hora de cambiarte de ropa, sino de venir a la cama. Esta noche no hablarás, pero mañana espero sacártelo todo. ¿Qué planeas?

—Estoy a punto de dejarte, Gegia. ¡Que el cielo te bendiga y te proteja! Me voy a Pisa.

Gegia lanzó un grito e hizo amago de protestar con gran vehemencia, pero las lágrimas cayeron por sus envejecidas mejillas. Las lágrimas también llenaron los ojos de Cincolo cuando dijo:

—No me marchó por lo que tú sospechas. No me alistaré en el ejército de Corradino, aunque mi corazón estará con él. Sólo llevaré una carta y regresaré sin demora alguna.

—No volverás nunca —gritó la anciana—. Si pones pie en la traidora Pisa, la Comuna jamás te permitirá atravesar las puertas de esta ciudad de nuevo. Pero no te irás, despertaré a los vecinos, te declararé loco...

—¡Basta, Gegia! Aquí está todo el dinero que tengo. Antes de irme, te enviaré a la prima Nunziata para que

te acompañe. Debo irme. No es la causa Gibelina, o Corradino, lo que me impulsa a arriesgar tu tranquilidad y comodidad, sino que la vida de uno de los Elisei está en juego; y si tengo la oportunidad de salvarle, ¿harás que me quede aquí y que luego te maldiga a ti y a la hora en que vine al mundo?

—¡Qué! ¿Era él...? No, no hay nadie entre los Elisei que sea tan joven, y nadie tan hermoso, salvo aquella que estos brazos maceran de bebé pero es una mujer. No, no; es una historia que re has inventado para engañarme y obtener mi consentimiento. Pero nunca lo tendrás. ¡No lo olvides! Nunca lo tendrás. Y profetizo que si te vas, tu viaje será la muerte de los dos.

Lloró con amargura. Cincolo besó su mejilla arrugada y mezcló sus lágrimas con las de ella. Luego, encomendándola al cuidado de la Virgen y los santos, la dejó, mientras el dolor ahogaba las palabras de la mujer y el nombre de los Elisei la privaba de toda energía para oponerse a su propósito.

Eran las cuatro de la madrugada cuando las puertas de Florencia se abrieron y Cincolo pudo abandonar la ciudad. Al principio utilizó las carretas de los contadini para progresar en su viaje, pero, a medida que se aproximaba a Pisa, cesaron todos los medios de transporte y se vio obligado a tomar caminos laterales y a obrar con cautela para no caer en manos de los puestos fronterizos florentinos o en las de algún fiero Gibelino que pudiera sospechar de él y llevarle ante el Podesta de un pueblo. Porque si en algún momento le detenían y le inspeccionaban, el paquete dirigido a Corradino le culparía y pagaría

por su temeridad con la vida. Habiendo llegado a Vico Pisano, encontró a una tropa pisana de caballería de guardia. Muchos soldados le conocían y obtuvo transporte a Pisa, pero era de noche cuando llegó. Dio la contraseña Gibelina y se le permitió atravesar las puertas. Preguntó por el príncipe Corradino y le dijeron que se hallaba en la ciudad, en el palacio Lanfranchi. Cruzó el Arno y los soldados que vigilaban la entrada le admitieron. Corradino acababa de llegar de una victoriosa escaramuza en los estados de los Lucchese y estaba descansando; pero, cuando el conde Gherardo Doneratico, principal asistente, vio el sello del paquete, de inmediato escoltó a su portador a un cuarto pequeño, donde el príncipe yacía sobre una piel de zorro en el suelo. La mente de Cincolo había estado tan confusa por la rapidez de los acontecimientos de la noche anterior, por la fatiga y el deseo de dormir, que se había sobre excitado al creer que el joven desconocido era en verdad Corradino; y cuando hubo oído que el príncipe se encontraba en Pisa, debido a un extraño desorden de ideas siguió imaginando que él y Ricciardo eran los mismos, y que sus temores eran infundados. La primera visión que tuvo de Corradino, su cabello rubio y ovalado rostro sajón, destruyó tal idea, que fue reemplazada por un sentimiento de profunda angustia cuando el conde Gherardo, anunciándole, dijo:

—Alguien que trae una carta de Madonna Despina dei Elisei aguarda a Vuestra Alteza.

El anciano se adelantó, descontrolado y sin el respeto que, de otra manera, habría sentido por alguien de linaje tan alto como Corradino.

—¡De Despina! ¿Habéis dicho Despina? ¡Oh, desmentidlo! Que no sea de mi amada y perdida hija adoptiva.

Las lágrimas cayeron por sus mejillas. Corradino, un joven de fascinante gentileza, pero, tal como dijera Despina, joven incluso hasta el infantilismo, intentó tranquilizarlo.

—¡Oh, mi gracioso Señor! —gritó Cincolo—. Abrid el paquete y ved si procede de mi bendita niña... si bajo el disfraz de Ricciardo la conduje a su destrucción...

Se retorció las manos. Corradino, pálido como la muerte por el miedo que sentía por el destino de su adorable amiga y compañera de aventuras, rompió el sello. El paquete contenía un sobre sin ninguna dirección, cuya carta leyó mientras el horror convulsionaba sus facciones. Se la pasó a Gherardo.

—En verdad que es de ella. Dice que el portador puede relatar todo lo que el mundo, probablemente, llegará a saber de su destino. Y tú, anciano, que lloras con tanta amargura, tú, a quien mi mejor amiga te manda a mí, cuéntame lo que sabes de ella.

Cincolo relató su historia con voz quebrada.

—¡Que estos ojos no vuelvan a ver jamás! —gritó una vez concluida su historia—. Estos ojos que no reconocieron a Despina en sus suaves Acciones y angelicales sonrisas. ¡Viejo senil que soy! Cuando mi esposa vituperó a vuestra familia y a vuestra principesca persona, y al Santo Manfredo, ¿por qué no supe leer su secreto en su paciencia? Ella no le habría perdonado esas palabras a nadie salvo a aquella que la amamantó de pequeña y fue una madre para ella cuando Madonna Pia murió. Y cuan-

do culpó a Bosticchi de la muerte de su padre, yo ciego y necio, no vi el espíritu de los Elisei en sus ojos. Milord, sólo quiero pedir os un favor. Dejadme escuchar su carta para que pueda juzgar qué esperanzas quedan... mas temo que no quede ninguna, ninguna.

—Leedle la carta, mi querido conde —dijo el príncipe—. Yo no temeré lo que él teme. No me atrevo a temer que alguien tan adorable y encantadora sea sacrificada por mi inútil causa. Gherardo leyó la carta.

«Cincolo de' Becari, mi padre adoptivo, os entregará esta carta en mano, mi respetado y querido Corradino. La condesa Elizabeth me ha instado a llevar a cabo mi actual empresa. Nada espero de ella... excepto trabajar por vuestra causa y, quizá, dejar algo prematuramente esta vida que es una ordalía dolorosa para mi débil mente. Voy a tratar de despertar los sentimientos de fidelidad y generosidad en el alma del traidor Lostendardo: me pondré en sus manos y no espero escapar una vez más de ellas. Corradino, mi última plegaria será por vuestro éxito. No os lamentéis por alguien que parte hacia su hogar después de un largo y agotador exilio. Quemad el paquete sin abrirlo. ¡Que la Madre de Dios os proteja!

DESPINA»

Corradino había llorado mientras se leía la epístola, pero luego, irguiéndose, dijo:

¡Venganza, venganza hasta la muerte! ¡Quizá todavía podamos salvarla!

Una plaga había caído sobre la casa de Suabia, y todas sus emperatrices fueron aniquiladas. Amados por sus

súbditos, nobles y con todas las ventajas que concede tener de tu lado el derecho, salvo los que concede la Iglesia, fueron derrotados en todos sus intentos por defenderse contra un extranjero y tirano que gobernaba por la fuerza de las armas sobre un extenso y agitado territorio. El joven e intrépido Corradino también estaba predestinado a morir en la contienda. Habiendo superado a las tropas de su adversario en Toscana, avanzo hacia su reino con las más altas esperanzas. Su archienemigo, el Papa Clemente IV, se había hecho fuerte en Viterbo, y estaba protegido por una numerosa guarnición. Corradino desfiló triunfal ante la ciudad y reunió con orgullo a sus tropas a la entrada, con el fin de mostrar ante el Santo Padre sus fuerzas y humillarlo con esa exhibición de éxito. Los cardenales, que contemplaban la vasta hilera de hombres y el orden con que se mantenía, se apresuraron a dirigirse al palacio papal. Clemente se encontraba rezando en su oratorio; los asustados monjes, con pálidos semblantes, le contaron cómo el hereje excomulgado se atrevía a amenazar la ciudad donde el Santo Padre residía, añadiendo que si el insulto proseguía hasta el pleno ataque, bien pudiera resultar peligroso. El Papa sonrió con desdén.

—No temáis —dijo—, los proyectos de esos hombres se disiparán como el humo.

Entonces se dirigió a las murallas, y vio a Corradino y a Federico de Austria, que desfilaban conduciendo la línea de caballeros en la llanura. Los observó durante un tiempo; luego, volviéndose hacia sus cardenales, dijo:

—Son las víctimas que se dejan conducir al sacrificio.

Sus palabras resultaron una profecía. Aparte de los

primeros éxitos de Corradino y del número superior de su ejército, fue derrotado por la astucia de Carlos en una encarnizada batalla. Escapó del campo, y, con unos pocos amigos, llegó hasta una torre llamada Astura que pertenecía a la familia Frangipani de Roma. Allí alquiló un navío, embarcó y se hizo a la mar, poniendo rumbo a Sicilia, que se había rebelado contra Carlos y le recibiría, eso esperaba, con júbilo. Cuando estaban todos a bordo, un individuo de la familia Frangipani, al ver un barco lleno de alemanes que salía de la costa, sospechó que se trataba de fugitivos de la batalla de Tagliacozzo, de modo que los siguió con otros barcos y los tomó prisioneros a todos. La persona de Corradino era una presa apetecible para él. Le entregó a manos de su rival y fue recompensado con la concesión de un feudo cerca de Benevento.

El vil espíritu de Carlos le impulsó a la venganza más miserable. Y la misma tragedia que ha sido renovada en nuestros días, fue representada en aquellas playas. Un osado e ilustre príncipe fue sacrificado bajo el falso manto de la justicia ante el altar de la tiranía y la hipocresía. Corradino fue juzgado.

Sólo uno de sus jueces, un provenzal, se atrevió a condenarle, y pagó la pena de su vileza con la vida. Pues apenas hubo dictado la sentencia de muerte contra el príncipe, solitario entre sus colegas, Roberto de Flandes, cuñado del mismo Carlos, le golpeó en el pecho con el bastón de mando, gritando:

—No te compete a ti, miserable, condenar a muerte a tan noble y digno caballero.

El juez cayó muerto en presencia del rey, que no se

atrevió a vengar a su lacayo.

El 26 de octubre, Corradino y sus amigos fueron conducidos a morir en el mercado de Nápoles, junto al mar. Carlos se hallaba presente con toda su corte, y una inmensa multitud rodeaba al rey triunfante y a su adversario, más real, a punto de sufrir una muerte ignominiosa. La procesión fúnebre se acercó a su destino. Corradino, agitado, pero controlándose, era transportado en una carreta abierta. Detrás de él iba una litera con cortinas negras sin señal alguna que revelara quién la ocupaba. Le seguían el duque de Austria y diversas víctimas ilustres. La guardia que los conducía al cadalso estaba encabezada por Lostendardo. Un triunfo malicioso danzaba burlonamente en sus ojos, y cabalgaba cerca de la litera, mirando de vez en cuando a ésta, y luego a Corradino, con la lóbrega expresión de un espíritu maligno y atormentador. La procesión se detuvo al pie del patíbulo, y Corradino observó la centelleante luz que esporádicamente se alzaba desde el Vesubio y lanzaba su reflejo al mar. El sol aún no había salido, pero el halo de su proximidad iluminaba la bahía de Nápoles, sus montañas e islas. La, cimas de las lejanas colinas de Baiae refulgían con sus primeros rayos. «Para cuando esos rayos lleguen aquí y esos hombres proyecten sombras... príncipes y campesinos que me rodeáis, mi espíritu vivo carecerá de sombra», pensó Corradino. Luego poso los ojos en sus compañeros de destino, y por primera vez vio la silenciosa y oscura litera que marchaba con ellos. «Es mi ataúd», pensó al principio, pero en el acto recordó la desaparición de Despina. Intento acercarse de un salto, pero los guardias le detuvieron. Alzó la vista y su mirada se encontró con la de

Lostendardo, quien le sonrió: una sonrisa terrible... pero el sentimiento religioso que antes le había sosegado de nuevo descendió sobre él, y pensó que tanto los sufrimientos de ella como los suyos propios acabarían pronto.

Ya habían acabado. Y el silencio de la tumba pesa sobre estos sucesos, que tuvieron lugar desde que Cincolo observara cómo la sacaban de Florencia, hasta ese momento en que era conducida por su feroz enemigo a contemplar la muerte del sobrino de Manfredo. Debió de haber soportado mucho; pues, mientras Corradino avanzaba hacia el pie del cadalso y la litera era situada frente a éste y Lostendardo ordenó que se descorrieran las cortinas, la blanca mano que colgaba sin vida de un costado estaba delgada como una hoja de invierno, y su hermosa cara, sustentada por los densos rizos de su oscuro cabello, se veía hundida y de una palidez cenicienta, mientras el profundo azul de sus ojos se debatía a través de párpados cerrados. Aún lucía las ropas con las que se había presentado en la casa de Cincolo. Quizá su atormentador pensara que su disfraz de joven provocaría menos compasión que si una hermosa mujer era arrastrada de esa manera ante una escena tan antinatural.

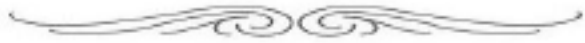
Corradino se hallaba arrodillado y rezando cuando su cuerpo fue expuesto. La vio, ¡y descubrió que estaba muerta! Él mismo, a punto de sufrir, puro e inocente, una muerte ignominiosa, mientras su mezquino conquistador, en pompa y gloria, era espectador de su muerte, no sintió compasión por aquellos que se encontraban en la Paz eterna; su compasión pertenecía sólo a los vivos, y al incorporarse después de rezar su plegaria, exclamó:

—¡Mi amada madre, qué profundo dolor te causarán las noticias que pronto recibirás!

Miró a la multitud viva que le rodeaba y vio que los partidarios de duro semblante del usurpador lloraban. Escuchó los sollozos de sus súbditos oprimidos y subyugados, y se quitó el guante de la mano y lo arrojó entre la muchedumbre, en señal de que todavía consideraba buena su causa, y presentó su cabeza al hacha.

Durante muchos años después de esos acontecimientos, Lostendardo gozó de riqueza, rango y honores. Un buen día, en la cima de la gloria y la prosperidad, se apartó del mundo y tomó los votos de una severa orden en un convento situado en una de las desoladas e inhóspitas planicies de Calabria, próxima al mar. Después de alcanzar el carácter de un santo a través de una vida de tortura infligida por él mismo, murió murmurando los nombres de Corradino, Manfredo y Despina.

LA TRANSFORMACIÓN



He oído decir que cuando alguna aventura extraña, sobrenatural y de carácter necromántico le ha sucedido a algún ser humano, dicho ser, no importa el deseo que tenga de ocultarlo, en ciertos periodos se

siente destrozado como por un terremoto intelectual y se ve forzado a desnudar sus profundidades interiores a otra persona. Yo soy testigo de la verdad de esta afirmación. Me he jurado a mí mismo no revelar jamás a oídos humanos los horrores a los que una vez, por exceso de un orgullo malévolos, me entregué. El hombre santo que oyó mi confesión y me reconcilió con la Iglesia está muerto. Nadie sabe que en una ocasión...

¿Por qué no habría de ser así? ¿Por qué contar una historia de impía tentación de la Providencia, sometidora del alma a la humillación? ¿Por qué?

¡Contéstame, tú que eres sabio en los secretos de la naturaleza humana! Sólo sé que es así; y a pesar de una fuerte decisión —de un orgullo que me domina en exceso—, de vergüenza e incluso de miedo deshacerme odioso a mi propia especie, debo hablar.

¡Génova! Mi lugar de nacimiento... ¡Ciudad orgullosa que da a las azules aguas del Mediterráneo! ¿Me recuerdas en mi infancia, cuando los riscos y promontorios, tu brillante cielo y alegres viñedos eran mi mundo? ¡Felices tiempos! Cuando para el corazón joven el universo de estrechos límites deja, por su propia limitación, un sendero libre a la imaginación, encadena nuestras energías físicas y es el único periodo en nuestras vidas en que la inocencia y el gozo están unidos. No obstante, ¿quién puede mirar atrás, a la infancia, y no recordar sus dolores e inquietantes temores? Yo nací con el espíritu más arrogante, altivo e indomable con que jamás se viera dotado un mortal. Sólo ante mi padre me arredraba, y él, generoso y noble, pero caprichoso y tiránico, al mismo tiempo fomentaba y re-

frenaba esa salvaje impetuosidad de mi carácter, haciendo necesaria la obediencia, pero sin inspirar respeto por los motivos que guiaban sus órdenes. Ser un hombre, libre e independiente, o, en mejores palabras, insolente y dominante, era la esperanza y anhelo de mi rebelde corazón.

Mi padre tenía un amigo, un genovés noble y rico, que en un tumulto político se vio repentinamente sentenciado al destierro y sus propiedades fueron confiscadas. El marqués de Torella fue solo al exilio. Al igual que mi padre, era viudo. Tenía una hija, la pequeña Juliet, que quedó bajo la custodia de mi padre. Ciertamente, yo habría sido un maestro poco amable para la adorable muchacha, pero por mi posición me vi obligado a convertirme en su protector. Diversidad de incidentes llevaron a un único punto: que Juliet viera en mí una roca de refugio, y yo en ella a una persona que debía perecer por la suave sensibilidad de su naturaleza rudamente sacudida, e no ser por mis cuidados de guardián. Crecimos juntos. La rosa que se abre en mayo no era más dulce que esta querida joven. Su rostro irradiaba belleza. Su silueta, su andar, su voz... mi corazón llora incluso ahora al pensar en todo el candor, amabilidad, amor y pureza encerrados en esa morada celestial. Cuando yo tenía once años y Juliet ocho, un primo mío, mucho mayor que los dos —a nosotros nos parecía un hombre—, le prestó mucha atención a mi compañera de juegos. La llamó su prometida y le pidió que se casara con él. Ella se negó y él insistió, atrayéndola contra su voluntad hacia él. Con el semblante y las emociones de un maníaco, me lancé sobre él y me afane por desenfundar su espada... me aferré a su cuello con la feroz resolución de ahorcarle; tuvo que pedir ayuda para

que me separaran. Aquella noche llevé a Juliet a la capilla de nuestra casa e hice que tocara las reliquias sagradas: intimidé su corazón infantil y profané sus labios de niña con el juramento de que sería mía, sólo mía.

Bueno, aquellos días pasaron. Torella regresó pocos años después, y se hizo más rico y próspero que nunca. Cuando tenía diecisiete años, murió mi padre; había sido magnífico en el despilfarro. Torella sintió júbilo porque mi minoría de edad le brindaría la oportunidad de incrementar mi riqueza. Juliet y yo habíamos sido prometidos junto al lecho de muerte de mi padre... Torella iba a ser un segundo padre para mí.

Tuve deseos de ver mundo y se me concedió. Fui a Florencia, a Roma, a Nápoles. Desde allí pasé a Toulon, y por fin llegué a lo que había sido el centro de mis deseos: París. Por entonces reinaba una actividad frenética en París. El pobre rey, Carlos VI, ora cuerdo, ora loco, ora un monarca, ora un esclavo abyecto, era la burla personificada de la humanidad. La reina, el delfín, el duque de Borgoña, alternativamente amigos y enemigos —ya fuera reuniéndose en banquetes derrochadores, ya fuera derramando sangre en rivalidad— estaban ciegos al desgraciado estado de su país y a los peligros que pendían sobre él, y se entregaban por entero al gozo disoluto o a la lucha salvaje. Mi personalidad aún seguía conmigo. Era arrogante y obstinado; amaba el alarde y, por encima de todo, carecía de control alguno. ¿Quién iba a controlarme en París? Mis jóvenes amigos se mostraban ansiosos por alimentar pasiones que les proporcionaban Placer. Se me consideraba atractivo, era maestro en todos los logros de

un caballero. No estaba relacionado con ningún partido político. Llegué a ser el favorito de todos. Debido a mi juventud se me perdonaba toda presunción y altivez: y así me convertí en un joven consentido. ¿Quién podía controlarme? No las cartas y consejos de Torelia... sólo la fuerte necesidad que me visitaba bajo la aborrecida forma de una bolsa vacía. Mas había medios para rellenar ese vacío. Vendía acre tras acre, propiedad tras propiedad. Mis ropas, mis joyas, mis caballos y sus jaeces casi no tenían rival en el suntuoso París, mientras las tierras de mi herencia pasaban a manos de otros.

El duque de Orleans fue emboscado y asesinado por el duque de Borgoña. El miedo y el terror se apoderaron de París. El delfín y la reina se aislaron; se suspendieron todos los placeres. Yo me cansé de ese estado de cosas... mi corazón ansiaba mis correrías infantiles. Casi era un mendigo; sin embargo, podía regresar, reclamar a mi prometida y reconstruir mis riquezas. Unas cuantas empresas felices como comerciante me harían rico de nuevo. No obstante, no retornaría con aspecto humilde. Mi última disposición fue desprenderme de mi propiedad próxima a Albaro por la mitad de su valor a cambio de dinero inmediato. Luego despaché toda clase de artesanías, tapices y muebles de esplendor real para preparar lo último que me quedaba de la herencia: mi palacio de Génova. Pero aún me demoré un poco más, avergonzado por el papel de hijo pródigo que debía representar. Envié mis caballos. Le mandé a mi prometida una jaca española sin igual, cuyos jaeces centelleaban con joyas y telas de oro. En todas partes hice grabar las iniciales de Juliet y su Guido. Mi regalo obtuvo favor a ojos de ella y de su padre.

No obstante, retornar como un derrochador proclamado, con la marca del despilfarro impertinente, quizá para el escarnio y el encuentro sólo de reproches o burlas de mis compatriotas, no era una perspectiva alentadora. Como un escudo que me protegiera de censura, invité a unos pocos de mis camaradas más intrépidos a acompañarme: así fui armado contra el mundo, escondiendo un sentimiento ulcerado, mitad miedo y mitad penitencia, con una exhibición osada e insolente de vanidad satisfecha.

Llegué a Génova. Recorrí los senderos de mi palacio ancestral. Mi orgulloso paso no era el representante de mi corazón, pues en lo más hondo sentía que, aunque rodeado por todos los lujos, no era más que un mendigo. El primer movimiento que hiciera por reclamar a Juliet me declararía a todo el mundo como tal. Leí desprecio o pena en las miradas de todos. Supuse, tan propensa es la conciencia a imaginar lo que merece, que ricos y pobres, jóvenes y viejos, me contemplaban con burla. Torella no vino a verme. No era de extrañar que mi segundo padre esperara la deferencia de un hijo por mi parte y fuera yo el primero en visitarle. Pero, hostigado y aguijoneado por cierto sentido de vergüenza por mis locuras y deméritos, me afané por culpar a otros. Celebrábamos orgías nocturnas en el Palazzo Carega. Esas noches en vela y salvajes eran seguidas por mañanas apáticas en las que me entregaba a toda suerte de negligencias. A la hora del Ave María mostrábamos nuestras refinadas personas en las calles, mofándonos de los ciudadanos sobrios, echando insolentes miradas a las mujeres atemorizadas. Juliet no se encontraba entre ellas... no, no; si hubiera estado allí, la vergüenza me habría espantado, siempre que el amor

no me hubiera obligado a postrarme a sus pies.

Me cansé de eso. De repente le hice una visita al marqués. Se hallaba en su villa, una de las tantas que se extienden por los alrededores de San Piero d’Arena. Era el mes de mayo —un mes de mayo en el jardín del mundo—: los capullos de los árboles frutales perdiéndose entre el follaje verde y denso; las parras dando sus frutos; el suelo recubierto con las flores del olivo; las luciérnagas en los setos de mirto... el cielo y la tierra lucían un manto de insuperable belleza. Torella me recibió con una calurosa bienvenida, aunque seria; e incluso esa sombra de desagrado que exhibía pronto se desvaneció. Algún parecido con mi padre, algún rasgo de ingenuidad infantil que aún acechaba en su interior a pesar de mi comportamiento, ablandaron el corazón del buen anciano. Envió a buscar a su hija y me presentó a ella como su prometido. Cuando entró, la estancia se iluminó con una luz sagrada. En ella anidaba el aspecto del querubín, esos ojos grandes y suaves, las mejillas con hoyuelos y la boca de infantil dulzura que expresan esa rara unión de felicidad y amor. Primero me poseyó la admiración; ¡es mía!, fue la segunda emoción orgullosa, y mis labios se alzaron con altivo triunfo. Yo no había sido el enfant gâté de las bellezas de Francia como para no haber aprendido el arte de complacer el corazón blando de una mujer. Si hacia los hombres era altanero, la deferencia con que trababa a las mujeres producía mayor contraste. Comencé mi cortejo a Juliet con mil galanterías, que, jurada a mí desde la infancia, jamás había concedido dicha devoción a otros, y, aunque acostumbrada a las expresiones de admiración, no estaba iniciada en el lenguaje de los amantes.

Durante unos pocos días todo fue bien. Torella jamás hizo una alusión a mi extravagancia y me trató como a un hijo favorito. Pero llegó el día, cuando discutíamos los preliminares de mi unión con su hija, en que ese hermoso rostro de las cosas cambió completamente. Se había redactado un contrato en vida de mi padre. De hecho, yo lo había anulado al haber despilfarrado todas las riquezas que debíamos compartir Juliet y yo. Torella, en consecuencia, eligió considerar cancelado ese lazo y propuso otro, en el que, aunque la fortuna que entregaba se veía inconmensurablemente incrementada, tenía tantas restricciones en cuanto a la manera de gastarla que yo, que veía la independencia sólo en el libre curso de mi voluntad, le ridiculicé diciendo que se aprovechaba de mi situación y me negué en redondo a suscribir sus condiciones. El anciano intentó con suavidad hacerme entrar en razón. El orgullo enardecido se convirtió en el tirano de mi pensamiento: escuché con indignación y le rechacé con desdén.

—¡Juliet, tú eres mía! ¿Acaso no intercambiamos juramentos en nuestra inocente infancia? ¿No somos uno a los ojos de Dios? ¿Dejarás que el frío corazón y la gélida sangre de tu padre nos separen? Sé generosa, amor mío, sé justa; no retires un regalo, el último tesoro de tu Guido, no reniegues de tu juramento; desafíemos al mundo y, ajenos a los cálculos de la edad, encontremos en nuestro mutuo afecto un refugio para todos los males.

Qué abyecto debí haber sido para envenenar con semejantes sofismas el santuario del pensamiento sagrado y el tierno amor. Asustada, Juliet se apartó de mí. Su padre

era el mejor y más amable de los hombres, y se esforzó en mostrarme cómo nos veríamos llenos de bienes si le obedecía. Él recibiría mi tardía sumisión con cálido afecto, y mi arrepentimiento obtendría un generoso perdón. Infructuosas palabras empleadas por una joven y gentil hija con un hombre acostumbrado a hacer su voluntad e imponer su ley... ¡y que sentía en su propio corazón un déspota tan terrible y decidido que a nadie podía entregar obediencia salvo a sus deseos irrefrenables! Mi resentimiento creció con la resistencia, y mis impetuosos compañeros estaban dispuestos a añadirle combustible a las llamas. Trazamos un plan para secuestrar a Juliet. Al principio pareció estar coronado por el éxito. A mitad de la empresa, a nuestro regreso, fuimos sorprendidos por el agonizante padre y sus criados. Surgió el conflicto. Antes de que llegara la guardia de la ciudad para decidir la victoria a favor de nuestros antagonistas, dos de los sirvientes de Torella fueron heridos de gravedad.

Esta parte de la historia me pesa mucho. Hombre cambiado como soy, me aborrezco en el recuerdo. Que nadie que pueda oír esta historia se sienta alguna vez como me sentí yo. Un caballo enfurecido por un jinete con espuelas punzantes no era más esclavo que yo de la violenta tiranía de mi temperamento. Un espíritu maligno poseía mi alma, irritándola hasta la locura. Escuché la voz de la conciencia en mi interior, pero si me entregué a ella durante un fugaz intervalo, sólo sería un momento antes de verme arrancado como por un remolino... transportado en la corriente de la furia desesperada, juguete de tormentas engendradas por el orgullo. Fui encarcelado, y puesto en libertad a instancias de Torella. De nuevo

regresé para llevarle a él y a su hija a Francia, desventurado país, asolado entonces por saqueadores y bandas de soldados sin ley, que ofrecía un agradecido refugio a un criminal como yo. Nuestros planes fueron descubiertos. Se me sentenció al destierro; y, como mis deudas ya eran enormes, lo que quedaba de mis propiedades fue puesto en manos de comisarios como pago. De nuevo Torella ofreció su mediación, solicitando tan sólo mi promesa de no reanudar mis intentos fallidos contra él y su hija. Rechacé su oferta e imaginé que triunfaba cuando me expulsaron de Génova: un exiliado solitario y en la bancarrota. Mis compañeros habían desaparecido: fueron expulsados de la ciudad unas semanas antes y ya se hallaban en Francia. Estaba solo... sin amigos, sin una espada a mi lado, y ni un solo ducado en la bolsa.

Vagué por la playa, mientras un remolino de pasión poseía y desgarraba mi alma. Era como si un rescoldo al rojo me estuviera quemando el pecho. Al principio medité en lo que debía hacer. Me uniría a una banda de saqueadores.

¡Venganza! La palabra me pareció un bálsamo: la abracé, la acaricé, hasta que, como una serpiente, me picó. Entonces, una vez más, abjuraría de Génova y despreciaría ese pequeño rincón del mundo. Volvería a París, donde vivían tantos de mis amigos, donde mis servicios serían aceptados de buena gana, donde me ganaría una fortuna con la espada y podría, con el éxito obtenido, establecer un vil hogar y hacer que el falso Torella lamentara el día, como un nuevo Coriolano, en que me expulsó de sus muros. ¿Retornaría a París así, a pie, como un mendigo, y me presentaría en mi pobreza a aquellos

a quienes antes había agasajado con lujo? El solo pensamiento me producía bilis.

La realidad de las cosas comenzó a establecerse en mi cabeza, sumergiéndome en la desesperanza. Durante varios meses había sido un prisionero: la malignidad de mis mazmorras había azotado mi alma hasta la locura y había sometido mi cuerpo. Me encontraba débil y demacrado. Torella había usado mil artificios para proporcionarme comodidad, pero yo los había detectado y despreciado, recogiendo la cosecha de mi obstinación. ¿Qué debía hacer? ¿Arrodillarme ante mi enemigo y suplicar el perdón? ¡Antes preferiría padecer mil muertes! ¡Jamás obtendrían su victoria! ¡Odio...! ¡Juré un odio eterno! ¿Odio de quién...? De un proscrito errante a... un noble poderoso. Para ellos, mis sentimientos y yo no éramos nada: ya habían olvidado a alguien tan insignificante. ¡Y Juliet! Su rostro de ángel y su figura de sílfide resplandecieron entre las nubes de mi desesperación con vana belleza, pues la había perdido... ¡la gloria y flor del mundo! ¡Otro diría que era suya! ¡Esa sonrisa del paraíso bendeciría a otro!

Incluso ahora mi corazón sufre un vuelco cuando me detengo en estos pensamientos lóbregos. Ora sometido a las lágrimas, ora delirando en mi agonía, seguí vagando por la rocosa playa, que se hacía más violenta y desolada a cada paso. Salientes de piedra y terribles precipicios daban a un océano quieto; cavernas negras enseñaban sus bocas como en un bostezo, y eternas entre los nichos desgastados por el mar las aguas murmuraban y rompían. A veces mi camino se veía frenado por un promontorio abrupto, a veces se hacía casi infranqueable por restos

caídos del risco. Era casi de noche cuando, desde el mar y como siguiendo la estela de la mano de un hechicero, se levantó una turbia red nubosa, ocultando el azul intenso del cielo, oscureciendo y perturbando las profundidades hasta ahora plácidas. Las nubes tenían unas formas extrañas y fantásticas, y cambiaban y se mezclaban, y parecían ser manejadas por un poderoso encantamiento. Las olas alzaron sus blancas crestas; el trueno susurró, y luego rugió desde el extremo de las aguas, que adquirieron una fuerte coloración púrpura, moteadas de espuma. El lugar donde yo me erguía daba por un lado al extenso océano, y por el otro se hallaba interrumpido por un escarpado promontorio. De repente, rodeando el cabo e impulsado por el viento, surgió un navío. En vano trataron los marineros de abrirse paso hacia el mar abierto... el fuerte viento lo empujaba hacia las rocas. ¡Perecería! ¡Todos los que iban a bordo morirían! ¡Ojalá yo estuviera entre ellos! Y por primera vez mi joven corazón recibió la idea de la muerte con júbilo. Era una visión terrible contemplar a ese barco luchando con su destino. Apenas podía discernir a los marineros, pero los oía. ¡En poco tiempo terminó todo! Una roca que acababa de ser cubierta por las olas, invisible en ese momento, aguardaba a su presa. Un trueno explotó sobre mi cabeza en el instante en que el esquife se lanzó sobre su enemigo invisible con un espantoso impacto. En un breve espacio de tiempo se hizo pedazos. Allí me encontraba yo, en total seguridad; y allí estaban ellos, luchando sin esperanza alguna contra la aniquilación. Con demasiada claridad oí sus gritos, que con aguda agonía conquistaban el fragor que les rodeaba. Las oscuras olas agitaban de un lado a otro los restos del

naufragio, que pronto desaparecieron. Con fascinación observé hasta el final; por último, caí de rodillas y me cubrí la cara con las manos. Al rato alcé la vista y vi que algo flotaba en el remolino, acercándose más y más a la playa. ¿Se trataba de una figura humana? Se hizo más nítida; y una última y poderosa ola alzó toda la embarcación y la dejó encallada en una roca. ¡Un ser humano a horcajadas en un cofre! ¡Un ser humano! Pero ¿lo era de verdad? Seguro que nada igual había existido antes: un enano con ojos entrecerrados, facciones distorsionadas y cuerpo deforme... hasta que se convirtió en un horror a la vista. Mi sangre, que había sentido compasión hacia un congénere así arrebatado de su tumba acuosa, se heló en torno a mi corazón. El enano se bajó del cofre y se apartó el pelo lacio y enredado de su odioso semblante.

—¡Por San Belcebú! —exclamó—. ¡He sido derrotado! —miró a su alrededor y me vio—. ¡Oh, por el espíritu maligno! He aquí otro aliado del poderoso. ¿A qué santo le ofreciste plegarias, amigo... sino al mío? Sin embargo, no te recuerdo a bordo.

Me encogí ante el monstruo y su blasfemia. De nuevo volvió a interrogarme, y emití una réplica inaudible. Él continuó:

—Tu voz está ahogada por este rugido disonante. ¡Qué ruido crea este inmenso océano! Los colegiales que salen de su prisión no son más estruendosos que estas olas libres para jugar. Me molestan. No soportaré más su bravuconería. ¡Silencio, anciano! ¡Vientos, cesad! ¡A vuestros hogares! ¡Nubes, volad a las antípodas y despejad nuestro cielo!

Mientras hablaba, extendió los dos brazos largos y flacos, parecidos a las patas de una araña, y dio la impresión de abrazar con ellos la extensión de agua que había ante él. ¿Era un milagro? Las nubes se quebraron y huyeron, el cielo azul se asomó, y luego fue como un campo apacible sobre nosotros; el viento tormentoso fue cambiado por una suave brisa que sopló desde el oeste; el mar se calmó; las olas se convirtieron en ondas.

—Me gusta la obediencia incluso en estos estúpidos elementos —dijo el enano—. ¡Cuánto más en la mente indómita de un hombre! Has de reconocer que fue una buena tormenta... y toda de mi creación.

Era tentar a la Providencia intercambiar palabras con este mago. Pero el Poder, en todas sus formas, resulta venerable para un hombre. El miedo, la curiosidad y una persistente fascinación me acercaron a él.

—Vamos, no tengas miedo, amigo —indicó el deforme—. Cuando me complacen tengo buen humor, y algo me place en tu cuerpo bien proporcionado y en tu atractiva cara, aunque pareces estar un poco abatido. Tú has sufrido un desastre de tierra... y yo uno de mar. Quizá pueda aliviar tu desgracia, tal como hice con la mía. ¿Somos amigos? —y alargó la mano, aunque no pude tocarla—. Bueno, entonces, compañero... eso bastará. Y ahora, mientras descanso después del ajetreo que acabo de aguantar, cuéntame por qué, joven y galante como pareces, vagas así solo y melancólico por esta playa salvaje.

La voz del enano era chirriante y espantosa, y las contorsiones que realizaba mientras hablaba pavorosas de ver. No obstante, obtuvo cierta influencia sobre mí, una

influencia que no pude dominar, y le narré mi historia. Cuando terminé, se rio larga y sonoramente. Las rocas devolvieron el eco del sonido: a mi alrededor parecía aullar el infierno.

—¡Oh, primo de Lucifer! —dijo—. De modo que tú también has caído por tu orgullo y, aunque brillante como el sol de la mañana, estás dispuesto a abandonar tu buen aspecto, tu prometida y tu bienestar antes que someterte a la tiranía del bien. ¡Por mi alma que honro tu elección! Así que has huido y entregado el día, y pretendes morirte de hambre en estas rocas y dejar que las aves te arranquen los ojos, mientras tu enemigo y tu prometida se regocijan en tu ruina. Pienso que tu orgullo es extrañamente afín a la humildad. Mientras hablaba, mil pensamientos aguijonearon mi corazón.

—¿Qué querías que hiciera? —grité.

—¡Yo! Oh, nada, sino que te arrodilles y digas tus oraciones antes de morir. Pero, si yo estuviera en tu lugar, sé lo que habría que hacer.

Me acerqué a él. Sus poderes sobrenaturales le convertían a mis ojos en un oráculo, pero un escalofrío extraño y fantástico recorrió mi cuerpo cuando dije:

—¡Habla! Enséñame... ¿qué aconsejas?

—¡Véngate, hombre! ¡Humilla a tus enemigos! ¡Pisa con tu pie el cuello del viejo y posee a su hija!

—¡Me vuelvo al este y al oeste, y no veo ningún medio de conseguirlo! — exclamé—. Si tuviera oro podría lograr mucho; pero, pobre y solo como estoy, me siento inerme.

El enano había permanecido sentado sobre su cofre mientras escuchaba mi historia. En ese momento se levantó, tocó un muelle y el baúl se abrió. Qué fuente de riquezas, de centelleantes joyas, resplandeciente oro y pálida plata había dentro. Me poseyó un frenético deseo de tener ese tesoro.

—Sin duda —comenté—, alguien tan poderoso como tú podría realizar cualquier cosa.

—No —repuso con humildad el monstruo—. Soy menos omnipotente de lo que parezco. Poseo algunas cosas que tú puedes codiciar, pero las entregaría todas por una pequeña parte, incluso un préstamo, de lo que es tuyo.

—Mis posesiones están a tu servicio —dije con amargura—: mi pobreza, mi exilio, mi desgracia... todas te las doy libremente.

—¡Bien! Te lo agradezco. Añade otra cosa a tu regalo, y mi tesoro es tuyo.

—Como nada es mi única herencia, ¿qué cosa, aparte de la nada, querrías poseer?

—Tu hermosa cara y tus miembros bien hechos.

Temblé. ¿Me asesinaría este monstruo todopoderoso? Carecía de daga. Me olvidé de rezar... y me puse pálido.

—Pido un préstamo, no un regalo —dijo esa cosa abyecta—; préstame tu cuerpo por tres días... tú tendrás el mío para encerrar tu alma mientras tanto, y, como pago, mi cofre. ¿Qué contestas al trato? Tres cortos días.

Se nos dice que es peligroso mantener tal conversación impía... y bien lo demuestró yo. Escrito con pala-

bras blandas, puede parecer increíble que le prestara alguna atención a esa proposición, pero, a pesar de su fealdad antinatural, había algo fascinante en un ser cuya voz era capaz de gobernar la tierra, el aire y el mar. Sentí un agudo deseo de aceptar, pues con ese cofre podría dominar el mundo. Mi única vacilación provenía del temor de que no cumpliera su parte del trato. Entonces pensé que pronto moriría en estas arenas solitarias y que los miembros que el codiciaba ya nunca más serían míos: valía la pena el riesgo. Además, yo sabía que por todas las reglas del arte de la magia había fórmulas y juramentos que ninguno de sus practicantes se atrevería a romper. Titubeé en mi respuesta; y él continuó, ora exhibiendo sus riquezas, ora mencionando el precio insignificante que exigía, hasta que pareció una locura negarse a ello. Es así como sucede: colocamos la barca en la corriente del río y hacia la catarata se precipita; entregamos nuestro vehículo al salvaje torrente de la pasión y estamos perdidos sin saber dónde vamos.

Pronunció muchos juramentos, y yo le conjuré con muchos nombres sagrados, hasta que vi a esa maravilla de poder, a ese gobernador de elementos, temblar como una hoja de otoño ante mis palabras. Y como si el espíritu hablara a regañadientes y a la fuerza en su interior, al fin él, con voz rota, reveló el hechizo con el que se le podía obligar, si llegaba a traicionarme, a entregarse. Nuestra sangre caliente debía mezclarse para realizar y establecer el encantamiento.

Basta de este impío tema. Me convenció... y el pacto fue sellado. La mañana cayó sobre mí mientras yacía allí

tendido en las ripias, y ni siquiera reconocí mi sombra. Me sentí transformado a una forma de horror y maldije mi fácil fe y mi ciega credulidad. El cofre estaba ahí: el oro y las piedras preciosas por los que había vendido el cuerpo de carne que la naturaleza me había dado. Su visión calmó un poco mis emociones: tres días pasarían pronto.

Y pasaron. El enano me había proporcionado abundante comida. Al principio, apenas podía caminar, tan extraños y mal articulados eran mis miembros; y mi voz... era la de un demonio. Pero guardé silencio, y giré mi cara al sol con el fin de no ver mi sombra, y conté las horas y medité en mi conducta futura. Poner a Torella a mis pies y poseer a Juliet a pesar del viejo eran cosas que toda esta riqueza fácilmente podría conseguir. Durante las oscuras noches dormí y soñé con el logro de mis deseos. Dos soles se habían puesto... y el tercero salía. Me encontraba agitado, temeroso. ¡Oh, expectación, qué cosa espantosa eres cuando te aviva más el miedo que la esperanzal! Cómo clavas agujones desconocidos por todo nuestro débil mecanismo, ora quebrándonos como un cristal roto, hasta convertirnos en nada... ora proporcionándonos nuevas fuerzas que nada pueden hacer, atormentándonos con una sensación como la que debe experimentar el hombre fuerte que no puede romper sus cadenas aunque éstas se doblen en sus manos. Despacio subió el disco brillante por el cielo oriental; largo tiempo permaneció en el cenit, y aún más despacio descendió por el oeste: tocó el borde del horizonte... ¡y se perdió! Su gloria se hallaba en la cima del risco, y se tornó grisácea. La estrella vespertina brilló deslumbrante. El llegaría pronto.

¡No vino! ¡Por los cielos vivos, no vino! Y la noche se arrastró cansinamente y, en su senilidad, el día comenzó a emblanquecer su oscuro cabello, y el sol volvió a alzarse de nuevo sobre el deforme más desgraciado que jamás viera su luz. Así pasé tres días. ¡Oh, cómo aborrecía las joyas y el oro!

Bueno, bueno... no ensombreceré estas páginas con delirios demoníacos. Demasiado terribles fueron los pensamientos y el tumulto furioso que llenaban mi alma. Al final, dormí; no lo había hecho antes del tercer crepúsculo. Y soñé que me encontraba a los pies de Juliet y que ella sonreía, pues aún su hermoso amado se arrodillaba ante ella. Pero no era yo... era él, el demonio mostrándose con mi cuerpo, hablando con mi voz, ganándola con muestras de amor. Me afané por advertirla, pero mi lengua se negó a hablar; me esforcé por arrancarlo de ella, pero me hallaba enraizado en el suelo... desperté con la agonía. Ahí estaban los precipicios solitarios, el mar tumultuoso, la playa tranquila y, encima de todo, el cielo ¿Qué significado tenía? ¿Era mi sueño un espejo de la verdad? ¿Estaba él cortejando y ganándose a mi prometida? Al instante regresaría a Génova... pero me encontraba desterrado. Me reí: el aullido del enano salió de mis labios. ¡Yo desterrado! ¡Oh, no! No habían exiliado los espantosos miembros que llevaba; con ellos podría entrar en mi ciudad natal sin temor a incurrir en el temido castigo de la muerte.

Comencé a caminar en dirección a Génova. Ya me había acostumbrado algo a mis extremidades deformadas. Nadie jamás había estado tan mal adaptado al movi-

miento recto, y con infinita dificultad conseguí avanzar. También deseaba evitar todos los villorrios que había diseminados por la costa, pues me sentía reacio a exhibir mi horrible fealdad. No estaba muy seguro de que si era visto los niños no me apedrearían hasta matarme por ser un monstruo, y recibí algunos saludos desagradables de los pocos campesinos o pescadores con los que me encontré por casualidad.

Era noche cerrada cuando me aproximé a Génova. El clima era tan tonificante y dulce que se me ocurrió que el marqués y su hija habrían dejado la ciudad, marchándose a su retiro de campo. Había sido en la Villa Torella donde había intentado secuestrar a Juliet, y había pasado muchas horas reconociendo el lugar, de modo que conocía cada centímetro de tierra de los alrededores. Se hallaba situada en un paraje hermoso, rodeada de árboles a la orilla de un río. Mientras me acercaba, se hizo evidente que mi conjetura era correcta; no, más aún, que las horas allí se estaban dedicando al júbilo y a la celebración. La casa se veía iluminada y la brisa transportaba melodías de música suave y alegre. Se me hundió el corazón. Tal era la generosa amabilidad del corazón de Torella que tuve la certeza de que no se habría entregado a públicas manifestaciones de gozo justo después de mi lamentable destierro, salvo por una causa que no me atreví a pensar.

La gente rezumaba alegría. Se hizo necesario que me ocultara para observar. Sin embargo, sentí deseos de interrogar a alguien, o de oír las palabras de otros para obtener cualquier información de lo que ocurría. Por último, entrando en los paseos que se hallaban en proximidad

inmediata a la mansión, encontré uno lo suficientemente oscuro para ocultar mi excesiva fealdad, por donde paseaban otras personas mientras yo me ocultaba a su sombra. Pronto descubrí todo lo que quería saber, lo cual hizo que primero mi corazón muriera de horror, y luego hirviera de indignación. Juliet sería entregada mañana al penitente, reformado y amado Guido... ¡Mañana mi prometida pronunciaría sus juramentos a un demonio del infierno! ¡Y yo había permitido que sucediera! Mi maldito orgullo, mi demoníaca violencia y perversa idolatría personal habían provocado esta situación. Pues si hubiera obrado como lo había hecho el deforme que me había robado el cuerpo... si, con porte humilde y al mismo tiempo digno, me hubiera presentado ante Torella, diciendo que había actuado mal y que me perdonara... Soy indigno de tu ángel, pero permíteme que la reclame cuando mi conducta cambiada manifieste que renuncio a mis vicios y me esfuerzo por llegar a ser, de algún modo, digno de ella. Iré a servir contra los infieles, y cuando mi celo por la religión y mi verdadera penitencia por el pasado te parezcan que cancelan mis delitos, permite que de nuevo me llame hijo tuyo. Así habría hablado; y el penitente habría sido recibido tan bien como el hijo pródigo de las escrituras: para él se habría matado al ternero cebado, y siguiendo todavía el mismo sendero, exhibiría un pesar tan abierto por sus locuras, una concesión tan humilde de todos sus derechos y una resolución tan ardiente por conseguirlos de nuevo mediante una vida de contrición y virtud, que rápidamente habría conquistado al amable anciano, a lo que en rápida sucesión seguirían un perdón completo y la entrega de su adorable hija.

¡Oh! ¡Ojalá un ángel del Paraíso me hubiera inspirado para que actuara así! Pero ahora, ¿cuál será el destino de la inocente Juliet? ¿Permitirá Dios la horrible unión o, si algún prodigio la destruye, enlazará el deshonrado nombre de Carega con el peor de los crímenes? Iban a ser desposados mañana al amanecer, y sólo había una manera de impedirlo: encontrarme con mi enemigo y obligarle a la ratificación de nuestro acuerdo. Pensaba que sólo se podía conseguir con una lucha mortal. No tenía espada—siempre que mis distorsionados brazos pudieran empuñar el arma de un soldado—, pero sí una daga, y en ella radicaba toda mi esperanza. No había tiempo para meditar la cuestión: podía morir en el intento, pero aparte de los ardientes celos y la desesperación de mi propio corazón, el honor, la simple humanidad, reclamaban que yo cayera antes que no poder destruir las maquinaciones del demonio.

Los invitados se marcharon y las luces comenzaron a extinguirse: era evidente que los habitantes de la villa buscaban el reposo. Me oculté entre los árboles: el jardín quedó desierto, las puertas se cerraron... salí de mi escondite y llegué hasta una ventana. ¡Ah, bien la conocía! Una suave luz crepuscular brillaba en el cuarto, y las cortinas estaban medio corridas. Era el templo de la inocencia y la belleza. Su magnificencia se hallaba templada por el ligero desorden provocado por estar habitado, y todos los objetos dispersos en la estancia exhibían el gusto de la mujer que lo santificaba con su presencia. La vi entrar con paso veloz y ligero; la vi acercarse a la ventana y descorrer aún más la cortina y mirar a la noche. La fresca brisa jugó con sus rizos y los apartó del mármol transpa-

rente de su frente. Juntó las manos y alzó los ojos al cielo. Oí su voz. ¡Guido!, susurró con suavidad, ¡mi Guido! Y entonces, como si se viera dominada por la plenitud de su corazón, cayó de rodillas: sus ojos levantados... su actitud negligente pero grácil... la radiante gratitud que iluminaba su cara... ¡oh, éstas no son más que palabras blandas! Corazón mío, siempre has imaginado, aunque no puedes retratarla, la belleza celestial de aquella hija de la luz y el amor.

Oí un paso, un paso rápido y firme a lo largo de la avenida en sombras. Pronto vi a un caballero ricamente ataviado, joven y, creo, hermoso a la vista, avanzando. Me escondí aún más. El joven se aproximó y se detuvo bajo la ventana. Ella se incorporó y, mirando de nuevo al exterior, le vio, y dijo... no puedo, no, pasado tanto tiempo no puedo registrar sus palabras de suave ternura; fueron dirigidas a mí, pero las contestó él.

—No me marcharé —gritó él—. Aquí donde tú has estado, donde tu recuerdo se desliza como un fantasma enviado del Cielo, pasaré las largas horas hasta que nos unamos para que jamás, mi Juliet, en día o noche, nos separemos. Pero tú, amor, retírate; la fría mañana y la fresca brisa harán empalidecer tus mejillas, y llenarán con languidez tus ojos iluminados por el amor. ¡Ah, querida!, si tan sólo pudiera depositar un beso en ellos, creo que yo también descansaría.

Entonces, se acercó todavía más y pensé que iba a trepar a su cámara. Yo había titubeado para no asustarla, pero en ese momento dejé de ser dueño de mí mismo. Corrí y me arrojé sobre él, apartándolo.

—¡Oh, criatura asquerosa y deforme! —grité.

No necesito repetir los epítetos, todos ellos dirigidos, como daba la impresión, hacia una persona por la que en la actualidad siento cierta parcialidad. Un grito salió de labios de Juliet. No vi ni oí nada... sólo sentí a mi enemigo, cuya garganta tenía en mi mano, y en la otra la empuñadura de la daga; él se debatió, pero no pudo escapar. Al final, roncamente, jadeó estas palabras:

—¡Hazlo! ¡Clávala! ¡Destruye este cuerpo... tú seguirás viviendo: y que tu vida sea larga y feliz!

Estas palabras frenaron la daga que bajaba, y él, sintiendo que mi apretón se relajaba, se liberó y desenfundó la espada, mientras el alboroto en la casa y el volar de antorchas de un cuarto a otro, mostraban que pronto nos iban a separar. ¡Oh, era mejor que yo muriera para que él no sobreviviera! En el remolino de mi frenesí había mucha premeditación: quizá yo debía caer para que él no siguiera vivo, y no me importaba el golpe mortal que yo pudiera asestar contra mí mismo. Él seguía creyendo que yo me había detenido por miedo a la muerte, y mientras advertía la decisión del villano de ganar ventaja de mi vacilación, me arrojé a su espada en el preciso instante en que lanzó su súbita estocada, y al mismo tiempo le clavé la daga en el costado, con una puntería basada en la desesperación. Caímos juntos, rodando uno encima del otro, y la marea de sangre que fluyó de la herida abierta de cada uno se mezcló en la hierba. Nada más sé... perdí el sentido.

De nuevo volví a la vida: débil casi hasta la muerte, me encontré tendido en una cama... Juliet se hallaba arrodillada junto a ella. ¡Extraño! Mi primera petición con voz quebrada fue un espejo. Estaba tan débil y pálido que mi

pobre niña titubeó, como luego me dijo; pero, ¡cielos!, me consideré un joven atractivo cuando vi la querida imagen de mis bien conocidas facciones. Confieso que es una debilidad, y la acepto, que siento considerable afecto por el semblante y las extremidades que contemplo siempre que me miro en un espejo; y tengo más en mi casa y los consulto con más frecuencia que cualquier belleza de Venecia. Antes de que me condenéis, permitidme decir que nadie mejor que yo conoce el valor de su propio cuerpo; a nadie, probablemente, excepto a mí mismo, se lo han robado.

Con incoherencia al principio hablé del enano y de sus crímenes, y le reproché a Juliet la admisión demasiado fácil de su amor. Creyó que deliraba, pero transcurrió algún tiempo antes de que pudiera convencerme de que el Guido cuya penitencia la había ganado de nuevo para mí era yo mismo; y mientras maldecía con amargura al enano monstruoso y bendecía el golpe bien dirigido que le había quitado la vida, me contuve súbitamente al oírla decir:

«¡Amén!», sabiendo que aquel al que ella denigraba era mi propia persona. Un poco de reflexión me enseñó a guardar silencio, un poco de práctica me permitió hablar de aquella espantosa noche sin mucho tartamudeo. La herida que me había infligido era seria: pasó tiempo hasta que me recuperé, y mientras el benevolente y generoso Torella se sentaba a mi lado, hablando con la sabiduría que puede hacer que unos amigos se reconcilien, y mi hermosa Juliet revoloteaba cerca de mí, cuidándome y alegrándome con sus sonrisas, prosiguió el trabajo de mi cura corporal y reforma mental. Ciertamente, jamás recobré del todo mis fuerzas: desde entonces mis mejillas

están más pálidas, mi persona un poco encorvada. A veces Juliet se aventura a comentar con amargura la maldad que provocó dicho cambio, pero yo la beso al instante y le digo que ha sido para bien. Soy un marido más cariñoso y leal, lo cual es verdad, y de no ser por aquella herida Jamás habría podido hacerla mía.

No volví a visitar la playa ni a buscar el tesoro del demonio. Sin embargo, mientras medito en el pasado, a menudo pienso, y mi confesor no se mostró reticente en apoyar la idea, que bien podría haber sido un espíritu benévolo, en vez de uno maligno, enviado por mi ángel de la guarda con el fin de mostrarme la insensatez y la desgracia del orgullo. Al menos, aprendí tan bien esta lección que con tanta dureza se me enseñó que ahora mis amigos y conciudadanos me conocen por el nombre de Guido il Córtese.

EL SUEÑO



El tiempo en que tuvo lugar la pequeña leyenda que está a punto de ser narrada fue el del comienzo del reinado de Enrique IV de Francia, cuya ascensión y conversión, al tiempo que llevaron paz al reino a cuyo trono subió, fueron inadecuadas para curar las profundas heridas mutuamente infligidas por los grupos hostiles. Venganzas privadas y el recuerdo de heridas mortales existían entre aquellos que parecían entonces unidos, y a menudo las manos que en apariencia se habían estrechado con amistoso saludo, cuando se soltaban, involuntariamente asían la empuñadura de la daga como portavoz más adecuado de sus pasiones que las palabras de cortesía que sus labios acababan de pronunciar. Muchos de los fieros católicos retornaron a sus lejanas provincias, y mientras ocultaban en soledad su inflamado descontento, anhelaban el día en que pudieran exhibirlo de manera abierta.

En un castillo grande y fortificado construido sobre un despeñadero que daba al Loire, no muy lejos de la ciudad de Nantes, moraba la última de su raza y heredera de sus fortunas, la joven y hermosa condesa de Villeneuve. Había pasado el año anterior en completa soledad en su retirada morada, y el dolor que sentía por un padre y dos hermanos víctimas de las guerras civiles era buena razón para que no apareciera en la corte y participara en sus festejos. Pero la condesa huérfana heredó un gran nombre y amplias tierras, y pronto se le hizo saber que el rey, su guardián, deseaba que se los concediera, junto con su mano, a un noble cuya cuna y logros le daban derecho a

ese don. Como respuesta, Constance expresó su intención de tomar los votos y retirarse a un convento. Con énfasis y decisión el rey prohibió tal acto, creyendo que semejante idea era el fruto de la sensibilidad abrumada por el dolor, al tiempo que esperaba que después de un tiempo el alegre espíritu de la juventud despejaría esos nubarrones.

Pasó un año, y la condesa persistía todavía en su decisión. Al fin, Enrique, renuente a ejercitar su poder, y también deseoso de juzgar por sí mismo los motivos que llevaban a una mujer tan hermosa, joven y dotada con los favores de la fortuna, a desear encerrarse en un claustro, anunció su intención de visitar el castillo ahora que había transcurrido el periodo de luto, declarando que si no llevaba consigo la suficiente convicción para que ella cambiara sus planes, entregaría su consentimiento para la realización de los mismos.

Muchas horas tristes había pasado Constance, muchos días de lágrimas y muchas noches de continua desgracia. Había cerrado sus puertas a cualquier visitante y, al igual que Lady Olivia en la Noche de Epifanía, juró permanecer en soledad y en llanto. Señora de su destino, silenció con facilidad las súplicas y protestas de sus criados y alimentó su dolor como si fuera lo único que amara. Sin embargo, se trataba de un invitado demasiado punzante, amargo y abrasador como para ser bienvenido. De hecho, Constance, joven, ardiente y vivaz, luchó contra él, batalló y anheló desterrarlo; mas todo lo que en sí mismo era jubiloso o hermoso de cara al exterior, sólo servía para darle nuevos bríos, y la mejor manera de

soportar el peso de su dolor era con paciencia, ya que entregándose a él la oprimía pero no la torturaba.

Constance había salido del castillo para vagar por los terrenos vecinos. Distinguidas y amplias como eran las estancias de su morada, se sentía encerrada entre los muros, bajo las grecas de los techos, al cielo claro, las tierras altas interminables y el anciano bosque con todos los recuerdos felices de su vida pasada, lo cual la invitaba a pasar horas y días bajo sus cúpulas herbosas. El movimiento y cambio, que no cesaban mientras el viento se agitaba entre las ramas, o el sol en su viaje por los cielos, que dejaba caer sus rayos entre las hojas, la calmaban y sacaban de ese sordo dolor que aprisionaba su corazón con un sufrimiento tan constante bajo el techo del castillo.

Había un lugar en el linde del parque arbolado, un rincón desde el cual podía ver el campo que se extendía más allá, pero que era denso y umbrío, un lugar del que había abjurado, pero hacia el que inconscientemente la llevaban siempre sus pasos, y donde ahora, una vez más, por vigésima vez aquel día, sin darse cuenta se encontraba. Se sentó sobre un montículo de hierbas y miró con melancolía las flores que ella misma había plantado para adornar aquel rincón verde: para ella el templo del recuerdo y del amor. Sostuvo la carta del rey, que representaba tantas desgracias. El abatimiento se aposentó en sus facciones, y su gentil corazón le preguntó al destino por qué, tan joven, desvalida y olvidada, debía luchar contra esta nueva forma de desdicha.

«Sólo pido», pensó, «vivir en los salones de mi padre, en el lugar conocido en mi infancia, para regar con mis frecuen-

tes lágrimas las tumbas de aquellos a los que amé. Y aquí, en este bosque, donde fue mío semejante sueño de felicidad, celebrar para siempre las exequias de la Esperanza».

A su oído llegó un crujido entre las ramas y el corazón le palpitó con fuerza, y de nuevo reinó la quietud.

—¡Tonta! —musitó—. Engañada por tus propias fantasías apasionadas: pues aquí nos encontrábamos; porque sentada aquí esperaba mientras tales sonidos anunciaban su querida proximidad, de modo que cada conejo que se mueve y cada pájaro que despierta el silencio hablan de él. ¡Oh, Gaspar, tú que fuiste mío una vez, jamás harás que este amado lugar se alegre con tu presencia... nunca más!

De nuevo se agitaron los matorrales y se oyeron pisadas en la maleza. Se levantó: el corazón le latía a toda velocidad. Debía de tratarse de esa tonta de Manon, con sus impertinentes súplicas para que volviera a casa. Pero los pasos eran más firmes y lentos que los de su criada. Entonces, saliendo de las sombras, pudo distinguir con claridad al intruso. Su primer impulso fue huir... pero verle una vez más, oír su voz de nuevo, antes de que los separaran los juramentos eternos, y desterrar el ancho abismo que había causado la ausencia, eso no podía herir a los muertos, y suavizaría el dolor fatal que tanto empalidecía sus mejillas.

Y entonces lo vio ante ella, el mismo amado con quien había intercambiado votos de constancia. Como ella, parecía triste, y no fue capaz de resistir la mirada implorante que le suplicaba que se quedara un momento.

—He venido, señora —dijo el joven caballero—, sin

esperanza de cambiar vuestra inflexible voluntad. He venido por última vez a veros, y a deciros adiós antes de partir a Tierra Santa. He venido a imploraros que no os encerréis en el oscuro claustro para evitar a alguien tan odioso como yo: alguien a quien no veréis nunca más. ¡No importa si vivo o muero en Palestina, Francia y yo nos separamos para siempre!

—¡Palestina! —exclamó Constance—. Sería terrible si fuera cierto, pero el rey Enrique jamás perderá a su caballero favorito. Seguiréis guardando el trono que ayudasteis a construir. No, si alguna vez he tenido poder sobre vuestros pensamientos, no vayáis a Palestina.

—Una palabra vuestra podría detenerme... una sonrisa... Constance...

Y el joven amante se arrodilló ante ella. Pero el decidido propósito de la joven volvió a su corazón al contemplar la imagen del amado, una vez tan querida y familiar, ahora tan extraña y prohibida.

—¡No permanezcáis más aquí! —gritó—. Ninguna sonrisa, ninguna palabra volverá a ser vuestra. ¿Por qué permanecéis aquí... aquí, donde vagan los espíritus de los muertos, que reclaman estas sombras como propias, y maldicen a la muchacha falsa que permite que su asesino perturbe su sagrado reposo?

—Cuando el amor era joven y vos amable —replicó el caballero—, me enseñasteis a conocer las complejidades de este bosque... me disteis la bienvenida a este querido lugar, donde una vez jurasteis ser mía... bajo este mismo árbol.

—Perverso pecado fue —dijo Constance— abrir las puertas de mi padre al hijo de su enemigo, ¡y grande fue el castigo!

El joven caballero hizo acopio de valor mientras ella hablaba. Sin embargo, no se atrevió a moverse por miedo a que, dispuesta como estaba a huir en cualquier instante, se viera sobresaltada de su momentánea tranquilidad, y contestó despacio:

—Aquellos fueron días felices, Constance, llenos de terror y profundo gozo, cuando la noche me llevaba a vuestros pies; y mientras el odio y la venganza eran la atmósfera de aquel lóbrego castillo, este cenador verde e iluminado por las estrellas fue el altar del amor.

—¿Felices? ¡Días desgraciados! —repitió Constance—. Cuando yo imaginaba que el bien podía surgir de mi traición al deber, y que la desobediencia sería premiada por Dios. ¡No habléis de amor, Gaspar! ¡Un mar de sangre nos separa para siempre! ¡No os acerquéis! Los muertos y los amados se alzan incluso ahora entre nosotros: sus pálidas sombras me recuerdan mi falta y me amenazan por escuchar a su asesino.

—¡No soy yo! —exclamó el joven—. Mirad, Constance, los dos somos los últimos de nuestra stirpe. La muerte nos ha tratado con crueldad, y estamos solos. No era así cuando nos enamoramos... cuando padres, familiares, mi hermano y mi propia madre lanzaban maldiciones sobre la casa de Villeneuve; y, a pesar de todo, yo la bendije. Os vi, amada mía, y la bendije. El Dios de la paz plantó amor en nuestros corazones, y con el misterio y el secreto nos encontramos durante muchas noches de verano en los valles iluminados por la luna; y cuando brillaba la luz

del día, huíamos a este dulce rincón para evitar los rayos del sol, y aquí, aquí mismo, donde ahora me arrodillo en súplica, los dos nos arrodillamos y pronunciamos nuestros juramentos. ¿Tendrán que romperse?

Constance lloró mientras su amado recordaba las imágenes de horas felices.

—Nunca —dijo—. ¡Oh, nunca! Vos sabéis, o pronto sabréis, Gaspar, la fe y decisión de una mujer que no se atreve a ser vuestra. ¿Era para nosotros el hablar de amor y felicidad cuando a nuestro alrededor galopaba la guerra, el odio y la sangre? Las flores fugaces que nuestras manos jóvenes arrancaron fueron aplastadas por el terrible encuentro de enemigos mortales. A manos de vuestro padre murió el mío; y poco importa saber si la vuestra, como juró mi hermano y vos negáis, fue la que asestó el golpe que le aniquiló. Vos luchasteis con aquellos que le dieron la muerte. No digáis más... ni una palabra más: oíros es un acto de impiedad hacia los inquietos muertos. Marchaos, Gaspar; olvidadme. Bajo el caballeresco y galante Enrique, vuestra carrera puede ser gloriosa, y muchas muchachas hermosas escucharán, tal como hice yo una vez, vuestros juramentos, y con ellos serán felices. ¡Adiós! ¡Que la Virgen os bendiga! En la celda de mi claustro no olvidaré la mejor lección cristiana: rogar por nuestros enemigos. ¡Gaspar, adiós!

Salió a toda velocidad del cenador: con pasos rápidos recorrió la hierba y fue en busca del castillo. De nuevo en la reclusión de sus propias cámaras, se entregó al dolor que desgarraba su pecho como una tempestad, pues la de ella era la peor pena, que destroza gozos pasados, ha-

ciendo que el remordimiento se bebe en el recuerdo de la felicidad, uniendo el amor y la culpabilidad imaginada en una sociedad terrible, como la del tirano cuando ata un cuerpo vivo al de un cadáver. De pronto, un pensamiento recorrió su mente. Al principio lo rechazó como pueril y supersticioso, pero no se desvaneció. Llamó a su criada.

—Manon —dijo—, ¿dormiste alguna vez en el lecho de Santa Catalina? Manon se persignó.

—¡Que el Cielo no lo quiera! Nadie lo hizo desde que yo nací, salvo dos personas: una cayó al Loire y se ahogó; la otra sólo echó un vistazo al estrecho lecho y regresó a su propio hogar sin decir una palabra. Es un lugar pavoroso, y si el devoto no ha llevado una vida piadosa y buena, ¡el dolor se apoderará de la hora en que apoye la cabeza sobre la piedra sagrada!

También Constance hizo la señal de la cruz.

—En cuanto a nuestras vidas, sólo por nuestro Señor y los santos benditos podemos esperar rectitud. ¡Mañana por la noche dormiré en ese lecho!

—¡Querida señora, el rey llega mañana!

—Razón suficiente para que me decida. No puede ser que una desdicha tan intensa more en un corazón y no se encuentre remedio. Había esperado ser la que trajera paz a nuestras casas; ¿acaso es bueno que yo soporte una corona de espinas? El Cielo me guiará. Mañana por la noche dormiré en el lecho de Santa Catalina, y si, como he oído, la santa se digna a conducir a sus devotos en sueños, ella me guiará. Así, con la convicción de que obro de acuerdo con los dictados del Cielo, me resignaré incluso

a lo peor.

El rey se hallaba camino de Nantes desde París, y esa noche durmió en un castillo situado a unos pocos kilómetros de allí. Antes del amanecer, un joven caballero fue introducido en sus aposentos. Este exhibía un aspecto serio, si no triste, y a pesar de lo hermoso de sus facciones y cuerpo, parecía víctima del abatimiento y del cansancio. Permaneció en silencio en presencia de Enrique, quien, alerta y alegre, posó sus vivos ojos azules sobre su invitado, diciendo con suavidad:

—¿Así que la encontraste obstinada, Gaspar?

—La encontré decidida en nuestras mutuas desgracias. ¡Ay, mi señor, no es, creedme, el más pequeño de mis dolores que Constance sacrifique su felicidad, a la vez que aniquila la mía!

—¿Y crees que le dirá que no al gallardo caballero que nosotros le hemos presentado?

—¡Oh, mi señor, no alberguéis ese pensamiento! No puede ser. Con profunda sinceridad mi corazón os agradece vuestra generosa condescendencia. Pero ella, a quien en soledad la voz de su amado, cuando el recuerdo y la reclusión ayudaron al hechizo, no pudo convencer, resistirá incluso las órdenes de Vuestra Majestad. Está decidida a entrar en un claustro; y yo, con vuestro permiso, me retiraré ahora: desde este momento soy un soldado de la cruz, y moriré en Palestina.

—Gaspar —dijo el monarca—, conozco mejor que tú a las mujeres. No la ganarás con la sumisión ni quejas lacrimosas. Por supuesto que la muerte de su familia pesa

en el corazón de la joven condesa; y al alimentar en soledad su dolor y su arrepentimiento, imagina que el mismo Cielo prohíbe vuestra unión. Deja que la voz del mundo llegue hasta ella: la voz del poder y la amabilidad terrenales, la primera imperiosa, la segunda suplicante, encontrando ambas una respuesta en su propio corazón... y por mi fe y la Santa Cruz que será tuya. Sigamos adelante con nuestro plan. Y ahora, a caballo, la mañana pasa y el sol está alto.

El rey arribó al palacio del obispo y asistió a misa en la catedral. Luego tuvo lugar una comida suntuosa, y fue por la tarde cuando el rey atravesó el pueblo que se extiende junto al Loire, en dirección, un poco arriba de Nantes, al lugar donde se hallaba situado el Castillo Ville-neuve. La joven condesa le recibió en la puerta. Enrique buscó en vano la mejilla empalidecida por la desdicha, el abatido aire de desesperación que le habían dicho que vería. Sus mejillas estaban encendidas, sus modales animados, su voz firme.

«No le ama», pensó, «o su corazón ya ha consentido».

Se preparó una colación para el monarca; y, después de cierta vacilación que surgió por la alegría que desprendía el aspecto de la joven, mencionó el nombre de Gaspar. Constance se ruborizó en vez de ponerse pálida, y rápidamente contestó:

—Mañana, mi buen señor; sólo pido un descanso hasta mañana. Entonces todo se decidirá; mañana me juraré a Dios o...

Pareció confusa, y el rey, sorprendido y complacido, dijo:

—Entonces no odias al joven De Vaudemont; le perdonas la sangre enemiga que corre por sus venas.

—Se nos enseña que debemos perdonar, que debemos amar a nuestros enemigos —contestó la condesa con cierto nerviosismo.

—Por San Denis que es una buena respuesta para la ocasión —dijo el rey, riendo—. ¡Adelante, mi fiel sirviente, Apolo disfrazado, adelante y agrádecele a tu dama su amor!

Con un disfraz que le había ocultado a todos, el caballero se había quedado atrás, observando con infinita sorpresa el semblante y comportamiento tranquilos de la dama. No pudo captar sus palabras, pero ¿era la misma a quien había visto llorar y temblar la noche pasada, cuyo corazón se hallaba desgarrado por una pasión encontrada, quien veía los pálidos fantasmas de su padre y familia alzarse entre ella y el amado a quien adoraba más que a su vida? Era un acertijo difícil de resolver. La llamada del rey se unió a su propia impaciencia y no se demoró en acudir. Se plantó a los pies de ella, y Constance, aún dominada por la pasión, abrumada por la misma tranquilidad que había adoptado, lanzó un grito al reconocerle y cayó inconsciente al suelo.

Todo esto resultó de lo más ininteligible. Incluso cuando sus criados la hicieron recuperar el sentido, sufrió otro ataque, y, luego, un apasionado torrente de lágrimas. Mientras, el monarca, que aguardaba en la sala observando la colación apenas tocada y tarareando un verso en conmemoración a la indocilidad de las mujeres, no supo cómo replicar a la mirada de amarga decepción y ansiedad de Vaudemont. Finalmente, la doncella de la condesa

fue a ofrecerle disculpas:

—La señora estaba enferma, muy enferma. Mañana se arrojará a los pies del rey para solicitar su perdón y exponer su propósito.

—¡Mañana, otra vez mañana! ¿Es que mañana tiene algún hechizo, doncella? —preguntó el rey—. ¿Podrías explicarnos el acertijo, hermosa niña?

¿Qué extraña historia pertenece al mañana, que todo descansa en su advenimiento?

Manon se ruborizó, bajó la vista y titubeó. Pero Enrique no era ningún aprendiz en las artes de tentar a las damas de compañía para revelar el secreto de sus señoras. Además, Manon estaba asustada por el plan de la condesa, por el cual ésta aún se mostraba obstinadamente decidida, de modo que se mostró presta a traicionarlo. Dormir en el lecho de Santa Catalina, descansar en el estrecho reborde que colgaba sobre el profundo y veloz Loire, y si, como era lo más probable, la infortunada durmiente evitaba la caída a las aguas, tomar las perturbadas visiones que tal sueño inquieto podía producir para el dictado del Cielo, era una locura que el mismo Enrique apenas podía considerar a una mujer capaz de correr. Pero ¿podía Constance, cuya belleza era tan altamente intelectual y a quien él no había dejado de alabar por su fortaleza mental y talentos, estar atontada de manera tan extraña? ¿Y podía la pasión cambiarnos tanto como la muerte, nivelando incluso la aristocracia del alma, llevando al noble y al plebeyo, al sabio y al tonto a una misma servidumbre? Resultaba extraño; sin embargo, debía ser como ella deseaba. Que vacilara en su decisión significaba mucho,

y era de esperar que Santa Catalina no jugara una parte nefasta. De lo contrario, un objetivo gobernado por un sueño podía ser influido por otros pensamientos conscientes. Debía conseguirse alguna seguridad para el peligro físico inminente.

No existe un sentimiento más pavoroso que el que invade a un corazón humano débil dispuesto a gratificar los impulsos ingobernables en contradicción con los dictados de la conciencia. Se dice que los placeres prohibidos son los más complacientes: puede ser así con las naturalezas rudas, con aquellos que aman la lucha, el combate y la contienda, que encuentran felicidad en una refriega y gozo en el conflicto de la pasión. Pero más suave y dulce era el espíritu gentil de Constance, y el enfrentamiento entre el amor y el deber aplastaba y torturaba su pobre corazón. Entregar su conducta a la inspiración de la religión o, si así había que llamarlo, a la superstición, era un alivio bendito. Los mismos peligros que amenazaban su misión le daban sabor; arriesgar su vida por él era la felicidad. La misma dificultad del camino que conducía a la satisfacción de sus deseos, al mismo tiempo gratificaba su amor y alejaba sus pensamientos de la desesperanza. O si se decretaba que ella debía sacrificar todo, el riesgo del peligro y de la muerte carecía de importancia en comparación con la angustia que, entonces, para siempre sería parte de ella.

La noche amenazaba con ser tormentosa: el viento colérico sacudía los bastidores y los árboles agitaban sus enormes y oscuros brazos, igual que gigantes en una danza fantástica o en un enfrentamiento mortal. Constance

y Manon abandonaron el castillo por una puerta trasera y comenzaron a descender por la ladera de la colina. La luna aún no había salido, y aunque el sendero era familiar para las dos, Manon trastabillaba y temblaba, mientras que la condesa, arrebujándose en su chal de seda, caminaba con paso firme por la pendiente. Llegaron a la orilla del río, donde había un bote atracado y aguardaba un hombre. Constance subió con movimiento ligero y ayudó a su temerosa doncella. En unos momentos se encontraron en medio de la corriente. El viento cálido, tempestuoso, vigorizante y equinoccial las rodeó. Por primera vez desde que guardara luto, una sensación de placer llenó el pecho de Constance. Le dio la bienvenida a la emoción con profundo gozo.

«No puede ser», pensó, «que el Cielo me prohíba amar a alguien tan valeroso, tan generoso y bueno como el noble Gaspar. Jamás podré amar a otro; moriré si me veo separada de él; y este corazón, estos miembros tan vivos con resplandecientes sensaciones, ¿están ya predeterminados a una prematura tumba?»

¡Oh, no! La vida habla con voz sonora a través de ellos. Viviré para amar. ¿No aman todas las cosas? ¿Los vientos mientras le susurran a las veloces aguas, las aguas al besar las floridas riberas y correr a mezclarse con el mar? El cielo y la tierra se sustentan y viven del amor, ¿y sólo Constance, cuyo corazón siempre ha sido una profunda, borboteante y rebosante fuente de verdadero afecto, estará obligada a colocar una piedra sobre él para encerrarlo para siempre?»

Estos pensamientos presagiaban unos sueños agrada-

bles, y quizá la condesa, una adepta en el saber del dios ciego, los estimuló con decisión. Pero mientras así se hallaba ensimismada en las suaves emociones, Manon le cogió el brazo.

—Señora, mirad allí —gritó—. Ahí viene... aunque los remos no suenan. ¡Que la Virgen nos proteja! ¡Ojalá estuviéramos en casa!

Un bote oscuro pasó a su lado. Cuatro remeros, enfundados en capas negras, manejaban remos que, como dijera Manon, no provocaban ruido alguno; otro se hallaba sentado al timón, y como los demás, su persona se hallaba cubierta con una capa oscura, aunque sin capucha; y, a pesar de tener la cara vuelta, Constance reconoció a su amado.

—Gaspar —gritó en voz alta—, ¿estás vivo?

Pero la figura del bote no giró la cabeza ni contestó, y se perdió rápidamente en las sombrías aguas.

¡Cuánto cambió entonces la ensoñación de la hermosa condesa! El Cielo ya había comenzado su encantamiento, y mientras esforzaba la vista a su alrededor vio formas no terrenales. Ora veía la barca que provocaba su terror y ora la perdía... y parecía que había otro que contenía los espíritus de los muertos: y su padre la saludó desde la orilla y sus hermanos la miraron con ceño fruncido.

Mientras tanto, se acercaron al desembarcadero. Su bote fue atracado en una pequeña cala, y Constance saltó a la ribera. Temblaba y casi cedió a las súplicas de Manon de volver al castillo, hasta que la precipitada suivante mencionó los nombres del rey y de De Vaudemont y le recordó la respuesta que debía darles mañana. ¿Qué res-

puesta, si se apartaba de su objetivo?

Corrió por el terreno quebrado de la orilla y, luego, por el borde, hasta que llegaron a una colina que terminaba y colgaba abruptamente sobre la corriente. Cerca había una capilla pequeña. Con dedos temblorosos, la condesa sacó la llave y abrió la puerta. Entraron. Reinaba la oscuridad, salvo por una lámpara que titilaba en el viento y proyectaba una luz incierta ante la estatuilla de Santa Catalina. Las dos mujeres se arrodillaron y rezaron; y, después, levantándose, la condesa le deseó con voz alegre buenas noches a la doncella. Abrió una puerta baja de hierro. Daba a una cueva estrecha. Más allá se oía el rugido de las aguas.

—No puedes seguirme, mi pobre Manon —dijo—, ni por mucho que lo desees: esta aventura sólo es para mí.

No era muy justo dejar a la sirvienta temblorosa en la capilla, que no tenía esperanza ni miedo, amor o dolor que la encantaran, pero, en aquellos días, los escuderos y las doncellas a menudo interpretaban el papel de los subalternos en los ejércitos, que recibían los golpes y no la fama. Además, Manon se hallaba a salvo en tierra bendita. Mientras tanto, la condesa avanzó tanteando en la oscuridad a través del pasaje estrecho y tortuoso. Finalmente, delante de ella brilló lo que para su visión a oscuras era una luz. Llegó a una cueva abierta en la ladera de la colina, que daba a las rápidas aguas de abajo. Sus ojos se posaron en la noche. Las aguas del Loire iban veloces, cambiantes pero al mismo tiempo iguales; el cielo se hallaba oculto por densas nubes y el viento entre los árboles era tan quejumbroso y ominoso como si rodeara la tum-

ba de un asesino. Constance tembló un poco y observó su lecho: una estrecha franja de tierra con una piedra recubierta de moho que bordeaba casi con el mismo precipicio. Se quitó el chal —tal era una de las condiciones del hechizo—, inclinó la cabeza y se soltó las trenzas de su oscuro cabello; se descalzó los pies, y, así, totalmente preparada para padecer al máximo la fría influencia de la noche, se tendió sobre el lecho que apenas le brindaba espacio para el descanso, y donde, si se movía en sueños, se precipitaría a las gélidas aguas de abajo.

Al principio le pareció que nunca más volvería a dormir. No era de extrañar que la exposición a la tormenta y su peligrosa posición le impidieran cerrar los párpados. Por fin cayó en un ensueño tan suave y tranquilizador que incluso deseó seguir observando... y, entonces, poco a poco, sus sentidos se tornaron confusos y se encontró en el lecho de Santa Catalina mientras el Loire corría abajo y el viento tempestuoso soplaba... ¿Qué sueños le enviaría la santa, para llevarla a la desesperación o bendecirla para siempre?

Bajo la escarpada colina, sobre la oscura corriente, otro observaba, alguien que abrigaba mil temores y apenas se atrevía a esperar. Su intención había sido preceder a la dama en su camino, pero cuando descubrió que se había quedado más tiempo del que tenía, con remos apagados y prisas sin aliento había pasado junto a la barca que llevaba a su Constance, sin siquiera volverse ante su voz por miedo de recibir su acusación y las órdenes para que regresara. La había visto emerger por el pasaje y temblado cuando se asomó por el risco. La vio dar un paso, vestida como estaba de blanco, y pudo distinguirla mientras se

tumbaba en el reborde que sobresalía arriba. ¡Qué vigilia mantuvieron entonces los amantes! Ella entregada a pensamientos visionarios, él sabiendo —y ese conocimiento le estimuló el pecho con una extraña emoción— que el amor, el amor por él, la había conducido a ese lecho de peligro; y que mientras los peligros la rodeaban con todas las formas, ella vivía sólo para esa tenue voz que le susurraba a su corazón el sueño que iba a decidir sus destinos. Quizá dormía... mas él mantenía la vigilia y la guardia. Y así pasó la noche, ora rezando, ora ensimismado, alternando la esperanza y el miedo, sentado en su bote, con los ojos clavados en el atuendo blanco de la durmiente.

La mañana... ¿era la mañana la que luchaba entre las nubes? ¿Vendría alguna vez la mañana para despertarla? ¿Había dormido... y qué sueños de bienestar o pesar habían habitado su dormir? Gaspar se impacientó. Ordenó a sus remeros que se quedaran esperando y desembarcó de un salto, decidido a trepar hasta el reborde. En vano le advirtieron del peligro, de la imposibilidad de tal intento. Él se aferró a la cara rugosa de la colina y encontró apoyo para los pies allí donde no parecía haber ninguno. Ciertamente, la cuesta no era muy alta, y los peligros del lecho de Santa Catalina surgían de la posibilidad de que cualquiera que durmiera en un sitio tan estrecho caería a las aguas de abajo. Gaspar continuó afanándose en la ascensión empinada, y por fin alcanzó las raíces de un árbol que crecía cerca de la cima. Ayudado por las ramas, afirmó su posición en la misma extremidad del reborde, al lado de la almohada en que yacía la cabeza descubierta de su amada. Tenía las manos dobladas sobre el pecho; el cabello oscuro le caía alrededor del cuello y cubría sus

mejillas; el rostro estaba sereno: allí se veía el sueño en toda su inocencia y desprotección; toda emoción más fuerte se había acallado y su pecha subía y bajaba en respiración regular. Podía ver latiendo su corazón, mientras le alzaba las hermosas manos que lo cruzaban. Ninguna estatua tallada en mármol, en monumental efigie, llegó a ser la mitad de hermosa; y en el interior de esa insuperable forma moraba un alma sincera, tierna, devota y afectuosa como jamás albergó un pecho humano.

¡Con qué pasión profunda la miró Gaspar, acopiando esperanza de la placidez de ese semblante angelical! Una sonrisa curvó los labios de la joven y también él sonrió de manera involuntaria mientras saludaba ese presagio feliz, cuando, de repente, las mejillas de Constance se ruborizaron, el pecho subió y una lágrima resbaló entre sus pestañas oscuras, seguida por todo un torrente. Entonces gritó sobresaltada:

—¡No! ¡Él no morirá! ¡Yo romperé sus cadenas! ¡Le salvaré!

Allí estuvo la mano de Gaspar, que asió la forma ligera de su amada, a punto de caer al mortal abismo. Constance abrió los ojos y vio a su amado, que había vigilado sobre su sueño de destino y que la había salvado.

Manon también había dormido bien, con o sin sueños, y se sorprendió al descubrir que despertaba rodeada por una multitud. La pequeña y desolada capilla estaba adornada con tapices —el altar con cálices dorados— y el sacerdote decía misa para una multitud de caballeros arrodillados. Vio entonces que también se encontraba allí el rey Enrique. Comenzó a buscar al joven caballero dueño del corazón de su ama, cuando la puerta de hierro

del pasaje de la caverna se abrió y Gaspar de Vaudemont entró por ella, conduciendo la hermosa figura de Constance, que, en su vestido blanco y revuelto cabello oscuro, con un rostro en el que las sonrisas y el rubor batallaban con emociones más profundas, se acercó al altar y, arrodillándose junto a su amado, pronunció los juramentos que los unían para siempre.

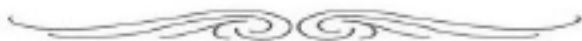
Pasó tiempo hasta que el feliz Gaspar pudo sonsacarle a su dama el secreto de su sueño. A pesar de la felicidad de la que disfrutaba ella ahora, había sufrido demasiado como para no mirar atrás con terror a aquellos días en que pensaba que el amor era un crimen y cada acontecimiento conectado con ellos lucía un aspecto horrible. Dijo que aquella noche tuvo muchas visiones. Había visto los espíritus de su padre y hermanos en el Paraíso; había observado a Gaspar luchar victoriosamente contra los infieles; le había visto en la corte del rey Enrique, favorito y amado, y a ella misma... ora encerrada en un claustro, ora una prometida, ora agradecida al Cielo por la felicidad completa que le brindaba, ora llorando mientras pasaban sus tristes días... hasta que, finalmente, se creyó en la tierra de los paganos y tuvo a la misma Santa Catalina guiándola invisible a través de la ciudad de los infieles. Entró en un palacio y contempló a los heréticos disfrutando con su victoria; y, luego, descendiendo a las mazmorras, se abrieron paso a tientas a través de cámaras húmedas y bajos y mohosos pasajes, hasta llegar a una celda más oscura y pavorosa que las demás. En el suelo yacía un hombre con ropas manchadas y andrajosas, pelo revuelto y una barba descuidada y sucia. Tenía las mejillas chupadas, los ojos habían perdido su fuego, la silueta era un mero esqueleto; las cadenas colgaban

flojas de los huesos descarnados.

—¿Y fue mi aspecto en aquel atractivo estado y favorecedoras prendas lo que suavizó el duro corazón de Constance? —preguntó Gaspar, sonriendo ante esa imagen de lo que nunca llegaría a ser.

—Más que eso —repuso Constance—, pues mi corazón me susurraba que aquello era por mi culpa: ¿y quién recordaría la vida que latía en tus palpitaciones, quién la restauraría, salvo el destructor? Mi corazón jamás se volvió a mi feliz y vivo caballero como lo hizo con aquella imagen macilenta que yacía en las visiones de la noche a mis pies. Un velo se cayó de mis ojos; la oscuridad fue desterrada ante mí. Creo que entonces supe por primera vez qué eran la vida y la muerte. Se me pidió que creyera que hacer felices a los vivos no era herir a los muertos; y sentí lo perversa y vana que era aquella filosofía falsa que situaba la virtud y el bien en el odio y la descortesía. Tú no morirías; yo soltaría tus cadenas y te salvaría, ordenándote que vivieras para el amor. Di un salto, y la muerte que desaprobaba en ti habría sido la mía —en aquel instante, cuando por primera vez experimenté el verdadero valor de la vida— si no hubiera estado allí tu brazo para salvarme, tu querida voz para bendecirme para siempre.

EL HEREDERO DE MONDOLFO



En la hermosa y virgen campiña cercana a Sorrento, en el reino de Nápoles, en la época en que era gobernado por monarcas de la casa de Anjou, vivía un noble territorial cuyas riquezas y poder superaban a los de sus otros vecinos nobles. Su castillo, que en sí mismo constituía una fortaleza, estaba construido sobre una elevación rocosa que caía al azul y hermoso Mediterráneo. Las colinas de alrededor se hallaban cubiertas de encinas o sujetas al cultivo del olivo y la parra. No se podía encontrar bajo el sol ningún lugar más favorecido por la naturaleza.

Si hubieras pasado al atardecer sobre las plácidas olas que rompen bajo la roca almenada que llevaba el nombre de Mondolfo, habrías imaginado que toda la felicidad y bendición debían residir dentro de sus murallas que, así cobijadas en belleza, daban a un paisaje de superior hermosura. Pero, si por casualidad vieras a su señor salir del portal, te encogerías ante su ceño fruncido y te preguntarías qué podría marcar en su gastada mejilla el combate de las pasiones. Más agradable visión era contemplar a su gentil dama, esclava de su incontrolado temperamento, paciente sufridora de muchos males, que parecía a punto de entrar en el único reposo donde «cesa el gran ruido que mueven los impíos; allí es donde van a descansar los de las fuerzas cansadas». El príncipe Mondolfo había sido unido demasiado temprano en la vida a una princesa de la familia real de Sicilia, que murió al dar a luz a un hijo. Muchos años más tarde, después de un viaje a los estados italianos del norte, regresó a su castillo casado de nuevo.

El acento de su esposa la declaraba florentina. La historia contaba que se había casado con ella por amor, y que luego la odió por ser un impedimento para sus ambiciosos planes. Ella lo soportó todo por amor a su único hijo, nacido para el odio de su padre; un niño de espíritu galante, valiente casi hasta el salvajismo. A medida que fue creciendo, contempló con ira el trato que su madre recibía por parte del altivo príncipe. Se atrevió a salir como su defensor, se atrevió a oponer su valor juvenil contra la furia de su padre, y el resultado fue natural: se convirtió en el objeto del odio de éste. Sufrió indignidades; se enseñó a los súbditos a desobedecerle, a los criados a desdenarlo, a su propio hermano a despreciarlo como a alguien de sangre y nacimiento inferiores. Sin embargo, la sangre de Mondolfo corría por sus venas; y, aunque atemperada por el lado más gentil de Isabel, hervía ante la injusticia de la que era víctima. Mil veces desahogó su espíritu herido en quejas elocuentes a su madre. A medida que la salud de ella fue decayendo, alimentó el proyecto, en caso de que muriera, de huir del castillo paterno y convertirse en un errabundo, un soldado de fortuna. Ahora tenía trece años. La dama Isabel, con la agudeza de una madre, pronto descubrió su secreto, y en su lecho de muerte le hizo jurar no abandonar la protección de su padre hasta no haber cumplido los veinte años. Le sangró el corazón por la desgracia que previo que sería su suerte, mas vio con horror aún más grande el cuadro que su activa fantasía trazó de su hijo vagando a temprana edad, desesperado, solo y desvalido, sufriendo todos los extremos del hambre y la desesperanza, o, casi peor, cediendo a las tentaciones que en semejante situación le serían ofrecidas.

Le sacó pues ese juramento y murió satisfecha al pensar que lo cumpliría. De todo el mundo, sólo ella conocía la valía de su Ludovico... sólo ella había penetrado bajo la dura superficie, familiarizándose con el rico cúmulo de virtud y sentimientos afectuosos que yacían como oro sin descubrir en su sensible corazón.

Fernando odiaba a su hijo. Desde su temprana niñez había experimentado el sentimiento de aversión, que, lejos de esforzarse por apagar, permitió que se enraizara profundamente, hasta que el acto más inocente de Ludovico se convirtió en un crimen, introduciendo un sistema de negación y resistencia que sacó a la superficie todos los aspectos siniestros que había en el carácter del joven y engendrando un activo espíritu de aborrecimiento en la mente del padre. Así creció Ludovico: odiado y odiando. Unidos por un sentimiento común, padre e hijo, señor y súbdito, opresor y oprimido, uno siempre dispuesto a ejercitar su poder para infligir daño, el otro continuamente alerta para resistir incluso la sombra de la tiranía. Después de la muerte de su madre, el carácter de Ludovico cambió mucho. La sonrisa que, como el sol, a menudo había iluminado su semblante, ya no brillaba más; la sospecha, irritabilidad y obstinada resolución parecían los amos de sus sentimientos. Provocaba a su padre a lo peor, lo soportaba, y sin poder huir debido a aquel juramento, alimentaba todos los sentimientos coléricos e incluso vengativos hasta que la copa de la ira pareció a punto de rebosar. Nadie le amaba, y al no amar a nadie todas sus buenas cualidades perecieron o quedaron dormidas como si nunca hubieran estado despiertas.

La intención del padre era dedicar a su hijo a la Iglesia, y Ludovico llevó las ropas sacerdotales hasta los dieciséis años. Una vez pasada esa edad, hizo a un lado los hábitos y apareció enfundado como un caballero de días pasados y, en pocas palabras, le dijo a su padre que se negaba a acatar sus deseos, que se dedicaría a las armas y la aventura. Soportó todo lo que siguió a esta declaración —amenazas, encarcelamiento, incluso ignominia—, pero se mantuvo firme, y el soberbio Fernando se vio obligado a ceder su imponente voluntad a la voluntad más decidida de un mozalbote. Y entonces, por primera vez, mientras la furia parecía que iba a hacer explotar su corazón, experimentó al máximo el sentimiento del odio y expresó esta pasión: palabras de desprecio e ilimitado aborrecimiento cayeron sobre la cabeza de Ludovico. El joven replicó, y los testigos temieron que se produjera un enfrentamiento personal. En cierto momento, Fernando apoyó la mano sobre la espada, y el desarmado Ludovico se preparó, dispuesto a saltar y coger el brazo que podía levantarse contra él. Fernando vio y temió la salvaje ferocidad que exhibieron los ojos de su hijo. En los encuentros personales de esta clase, la victoria no descansa sobre el más fuerte, sino en el más temerario. Fernando no estaba preparado para apostar su propia vida, o incluso derramar la sangre de su hijo con su propia mano. Ludovico, al no ser el agresor y verse obligado a defenderse, era indiferente a las consecuencias de un ataque... resistiría hasta la muerte. Y ese arrojado sentimiento le daba una ventaja que su padre percibió y no pudo perdonar.

Desde ese momento la conducta de Fernando hacia su hijo cambió. Ya no le castigó, ni le encerró o amenazó.

Ése era el trato que se le da a un niño, y el príncipe sabía que se enfrentaban de hombre a hombre, y actuó en consecuencia. Este cambio fue afortunado para el príncipe, pues pronto adquirió toda la ventaja que la experiencia, la astucia y la educación en la corte le daban de manera natural sobre un joven de temperamento acalorado, preparado para resistir toda violencia personal, que no veía ni comprendía un modo más taimado de comportamiento. Fernando esperaba conducir a su hijo a la desesperación. Puso espías sobre él, pagó a personas que debían tentarle a una vida de crimen, y por un continuado sistema de contención e impedimentos esperaba llevarlo a tal desesperación que se viera obligado a refugiarse en cualquier línea de conducta que le prometiera libertad de una esclavitud tan molesta y degradante. El cumplimiento del juramento salvó al joven, y esta Firmeza de propósito le proporcionó tiempo para leer y entender los motivos de aquellos que querían tentarle para que escogiera el mal camino. En todo ello vio la mano maestra de su padre, y su corazón se sintió asqueado ante el descubrimiento.

Había llegado a los dieciocho años. El tratamiento que había tolerado y el constante ejercicio de fortaleza y resolución ya le habían proporcionado el aspecto de un hombre. Era alto, bien proporcionado y atlético. Su persona y comportamiento eran más enérgicos que gráciles, y sus modales distantes y reservados. Pocos logros había alcanzado, ya que su padre no se había esforzado en su educación. El catálogo de habilidades estaba formado por las proezas en la monta de caballos y en el manejo de las armas. Odiaba los libros, pues representaban parte de la insignia de un sacerdote, y sentía rechazo a toda ocupa-

ción que implicara reposo corporal. Su tez era oscura... las penurias incluso le habían dado un tono cetrino; sus ojos, una vez suaves, ahora centelleaban con fiereza; sus labios, formados para expresar ternura, por lo general exhibían una mueca de desprecio; su cabello oscuro, que se arracimaba en rizos densos alrededor del cuello, completaba la salvaje pero noble e interesante apariencia de su persona.

Era invierno, y los placeres de la caza comenzaron. Cada mañana los cazadores se reunían para atacar a los jabalíes o a los ciervos que los perros podían encontrar en los reductos de los Apeninos. Éste era el único placer que Ludovico disfrutaba alguna vez. Durante esas persecuciones se sentía libre. Montado en un noble caballo que espoleaba al máximo de sus fuerzas, la sangre le bullía en las venas y sus ojos brillaban con júbilo mientras proyectaba su mirada de águila al cielo. Con una sonrisa de inefable desdén, dejó atrás a sus falsos amigos o abiertos atormentadores, ganando una solitaria ventaja en la cacería.

La planicie que se extendía al pie del Vesubio y sus vecinas colinas estaba desnuda por el invierno; la corriente bajaba impetuosa desde las lomas, y con ella se entremezclaban los ladridos de los perros y los gritos de los cazadores; el mar, oscuro bajo un cielo próximo, emitía un canto fúnebre mientras sus olas rompían en la playa; el Vesubio gemía pesadamente y las aves le contestaban con sus graznidos; un siroco fuerte flotaba en el aire, haciéndolo húmedo y frío. El viento parece estimular y deprimir la mente humana: la estimula a pensar, pero colorea esos pensamientos, al igual que el cielo, de negro. Ludovico lo

experimentó, pero intentó superar los sentimientos naturales con que el aire poco amistoso los llenó.

La temperatura fue cambiando a medida que avanzaba el día. El cielo nuboso se agotó en nieve, que cayó en abundancia; luego cesó y sobrevino una fuerte escarcha. El aspecto de la tierra cambió. La nieve cubría el terreno y yacía sobre los árboles pelados, centelleando, blanca, no hollada por nadie. A primeras horas de la mañana se había visto a un ciervo, y mientras marchaba por la planicie rodeando las colinas, los cazadores le siguieron a toda velocidad. La caza duró todo el día. Por fin, el animal, que desde el principio había enfilado su curso hacia las colinas, comenzó a subirla, y con diversas curvas y evoluciones casi hizo que los perros perdieran su rastro. El día estaba próximo a su fin cuando Ludovico, solo, siguió el ciervo mientras se dirigía hacia el borde de una especie de plataforma en la montaña, que, como un istmo, se hallaba conectada con la colina por medio de una pequeña lengua de tierra, abriéndose en tres lados a un precipicio que caía a la planicie. Ludovico equilibró su lanza y los perros se acercaron creyendo que el desesperado animal sería abatido allí. Pero el animal dio un brinco que lo llevó hasta el mismo borde del precipicio... después otro, y desapareció. Saltó hacia abajo, esperando más piedad de las rocas que de su adversario humano. Ludovico estaba cansado por la persecución y furioso por la huida de su presa. Desmontó del caballo, lo sujetó a un árbol y buscó un sendero por el que pudiera descender con seguridad a la planicie. La nieve cubría y ocultaba el suelo, borrando los habituales rastros que las manadas podrían haber dejado en su descenso desde sus zonas de pastoreo en las

colinas hacia los villorrios de abajo. Pero Ludovico había pasado su infancia entre las montañas: mientras el asta de su lanza encontrara apoyo firme en el terreno, no temía nada, o mientras una rama le brindara apoyo suficiente al sostenerla, no dudaba de que sería capaz de abrirse paso. Pero el descenso era escarpado y la necesaria cautela obligó a que fuera prolongado. El sol se acercó al horizonte y el resplandor de su partida se vio velado por unas nubes veloces que el viento sopló desde el mar: un viento frío, que hizo remolinear la nieve y la sacudió de los árboles. Finalmente, Ludovico llegó al pie del precipicio. La nieve reflejaba y aumentaba el crepúsculo y vio cuatro huellas profundas que debieron ser producidas por el ciervo. Era una altura muy considerable y su huida debió ser un milagro. Seguro que habría escapado; sin embargo, éstas eran las únicas marcas que había dejado. A su alrededor había un bosque de encinas, cubierto por una densa maleza, y parecía imposible que un animal tan grande pudiera haberse abierto paso a través de esa barrera aparentemente impenetrable. El deseo de encontrar a su presa casi se convirtió en una pasión incontenible en el corazón de Ludovico. Dio un rodeo en busca de un claro, y por fin encontró un sendero estrecho que cruzaba el bosque, y algunas huellas que parecían indicar que el ciervo había ido en busca de refugio al valle. Con una velocidad característica de su presa, Ludovico corrió sendero arriba y no pensó en la distancia que había recorrido hasta que se detuvo sin aliento ante una cabaña que le impidió el avance. Miró a su alrededor. Había algo muy melancólico en la escena. No era oscura, pero las sombras del atardecer parecían descender del vasto tejido de nubes que

subían por el cielo desde el oeste. Las negras y lustrosas hojas de los árboles y las de laurel de la maleza creaban un fuerte contraste con la blanca nieve que las rodeaba. Una brisa atravesó las ramas y dispersó la nieve, que cayó en copos, perturbando el silencio reinante, y de vez en cuando un pájaro aleteaba o volaba con melancolía bajo los árboles, en dirección a su nido en el hueco de algún tronco. La casa parecía una desolación: las ventanas no tenían cristales, y pequeños montículos de nieve cubrían los alféizares. No se veía ninguna pisada o huella en la superficie del sendero que conducía hasta la puerta, pero, esporádicamente, un poco de humo salía de la chimenea, y al escuchar con atención, Ludovico creyó oír una voz. Llamó, sin recibir respuesta. Apoyó la mano en la aldabilla de la puerta y cedió. Entró, y en el suelo, cubierto de hojas, había una persona enferma y moribunda, y aunque había un ligero movimiento en los ojos que mostraba que la vida aún no había abandonado su trono, la palidez del semblante nombraba a la muerte. Se trataba de una mujer anciana, y su cabello blanco indicaba que no descendía a una tumba prematura. Pero una figura estaba arrodillada al lado de ella, que bien podría haber sido confundida con un ángel celestial a la espera de recibir y guiar al alma que partía al reposo eterno, salvo por la agonía marcada en sus rasgos y la vidriosa pero intensa mirada de sus ojos. Era muy joven y hermosa, como la estrella vespertina. En apariencia, se había quitado abrigo para proporcionarle calor a su amiga moribunda, ya que sus brazos y su cuello estaban desnudos excepto por el cabello oscuro y ondeante que caía sobre los hombros. Se encontraba absorta en un sentimiento: contemplar el tránsito de la

persona enferma. Sus mejillas, incluso sus labios, se veían pálidos. Sus ojos parecían observar como si toda su vida dependiera de esa única percepción. No oyó entrar a Ludovico, o, al menos, no hizo señal que indicara que era consciente de su presencia. La persona enferma murmuró algo. Al inclinar la cabeza para captar el sonido, con voz desesperada, la joven replicó:

—No puedo traer más hojas, pues el suelo está cubierto de nieve; y tampoco tengo nada con lo que taparte.

—¿Tiene frío? —preguntó Ludovico, acercándose y agachándose junto a la afligida muchacha.

—¡Oh, mucho! —exclamó—. Y no hay modo de evitarlo.

Ludovico había iniciado la cacería con una capa de seda forrada con las pieles más selectas. Se la había quitado y dejado sobre el caballo para que no le estorbara en el descenso. Salió de la cabaña, corrió sendero arriba, siguiendo las huellas de sus pisadas, y llegó a donde le esperaba su corcel. No volvió a bajar por el mismo sendero, pues pensó que quizá tuviera que buscar ayuda para la mujer moribunda. Condujo su caballo colina abajo por un camino más indirecto, y, aunque marchó a la máxima velocidad que le fue posible, la noche cayó y sólo el destello de la nieve le permitió ver el camino que había decidido seguir. Cuando llegó al sendero vio que la cabaña, antes tan oscura, aparecía iluminada, y al acercarse oyó el solemne himno de muerte al ser cantado por los sacerdotes que había dentro. El cambio había tenido lugar, el alma había dejado su mansión mortal y la ruina abandonada era atendida con más solemnidad de la que se había prestado a la lucha mortal. Ludovico entro sin que nadie

lo notara entre la multitud de sacerdotes y miró a su alrededor en busca de la hermosa mujer que había visto antes. Estaba sentada, apartada de los sacerdotes, sobre un montículo de hojas en un rincón de la cabaña. Tenía las manos unidas sobre las rodillas, la cabeza inclinada, y a cada rato se secaba las lágrimas con el cabello. Ludovico la cubrió con su capa. Ella alzó la vista y se arrebujó en el abrigo, mas para ocultar su persona que por ansia de calor. Luego, girando de nuevo el rostro, quedó sumida en sus melancólicos pensamientos.

Ludovico la observó con pena. Por primera vez desde la muerte de su madre los ojos se le llenaron de lágrimas, y su suavizado semblante irradió tierna simpatía. No dijo nada, pero no apartó la mirada mientras en su mente surgía el deseo de secar las lágrimas que caían de los velados ojos de la desafortunada muchacha. Así absorto, oyó pronunciar su nombre, y, arrojando en el regazo de la joven doliente las pocas monedas de oro que poseía, abandonó súbitamente la cabaña, uniéndose al criado que había ido a buscarle. A toda velocidad galopó hacia su hogar.

En el trayecto, a medida que las primeras emociones de piedad dejaban de palpar en su cabeza, los sentimientos se mezclaron en un pensamiento absorbente y nuevo para él.

—Me consideraba a mí mismo desgraciado —gritó—, yo, que estoy bien vestido y alimentado, y esta pobre campesina, medio hambrienta, se desprende de su abrigo necesario para cubrir las extremidades moribundas de su única amiga. Yo también he perdido a la única que tenía, y ése es mi verdadero infortunio, la causa de todas mis desgracias... algo por lo que los aduladores querrían asumir ese nombre, los

espías y traidores usurpar ese puesto. A todos los he hecho a un lado, me los he quitado de encima como aquella rama que arroja la nieve que le molesta a la tierra, no tan fría como sus gélidos corazones... Pero estoy solo... la soledad roe mi corazón y me vuelve salvaje... desgraciado... despreciable.

Sin embargo, aunque pensaba de esa manera, el corazón de Ludovico se suavizó por lo que había visto, y experimentó sentimientos más tranquilos. Había sentido compasión por alguien que la necesitaba; le había conferido un beneficio al necesitado; la ternura curvó sus labios en una sonrisa, y el orgullo de ser útil le dio dignidad al fuego de sus ojos. Las personas que le rodeaban notaron el cambio, y, sin encontrarse con el habitual desdén de su comportamiento, también ellas se suavizaron, y la aparente alteración en su carácter pareció dispuesta a efectuar una metamorfosis igual de grande en su situación externa. Pero no había llegado el tiempo en que ese cambio sería permanente.

Al día siguiente a esa cacería, el príncipe Fernando marchó a Nápoles y le ordenó a su hijo que fuera con él. La residencia de Nápoles le resultaba peculiarmente irritante a Ludovico. En la campaña disfrutaba de una comparativa libertad. Satisfecho de que se encontrara en el castillo, a veces su padre le olvidaba durante días enteros, pero aquí era diferente. Temeroso de que hiciera amigos y contactos, y sabiendo que su figura imponente y modales peculiares atraían a menudo la curiosidad, siempre le mantenía a la vista, o, si le dejaba por un momento, se cercioraba primero de la gente que le rodeaba y disponía cerca a personas de su confianza, cuya sola visión resulta-

ba como veneno para los ojos de Ludovico. A todo esto hay que añadir que el príncipe de Mondolfo disfrutaba con insultar y amedrentar a su hijo en público y, consciente de sus deficiencias en los logros más elegantes, le exponía incluso a la burla de sus amigos. Se quedaron dos meses en Nápoles. Después, regresaron a Mondolfo.

Era primavera; el aire era templado y avivaba el espíritu. Los capullos blancos de los almendros y los rosados de los melocotoneros empezaban a contrastar con las hojas verdes que crecían entre ellos. Ludovico apenas sintió los estimulantes efectos de la primavera. Herido en el centro de su corazón, le preguntaba a la naturaleza por qué dibujaba el sepulcro, y le preguntaba a los vientos por qué abanicaban a los pesarosos y a los muertos. Vagó en busca de soledad. Bajó por el sendero que conducía hasta el mar y se sentó en la playa a observar el monótono flujo de las olas; éstas bailaban y centelleaban; sus lóbregos pensamientos se negaron a recibir gozo de las aguas o del sol.

Una forma pasó cerca de él... era una campesina que balanceaba un cántaro con forma de urna sobre la cabeza. Iba muy mal vestida, pero atrajo la atención de Ludovico. Cuando se acercó al manantial y cogió el cántaro y se volvió para llenarlo, reconoció a la muchacha de la cabaña del invierno pasado. Ella también le reconoció. Dejó su tarea y se le aproximó y le besó la mano con esa gracia irresistible que los climas del sur parecen imbuir en sus hijos más pobres. Al principio titubeó y comenzó a darle las gracias con voz entrecortada, pero las palabras surgieron a medida que hablaba, y Ludovico escuchó su elocuente agradecimiento... el primero que oía dirigido a

él por un ser humano. Una sonrisa de placer apareció en su cara... una sonrisa cuya belleza penetró en el corazón de la joven. Al minuto se hallaban sentados al borde del manantial y Viola le contaba la historia de su niñez sumida en la pobreza, la pérdida de sus padres, la muerte de su mejor amiga... Ahora, gracias al clima benigno, que disminuye las necesidades humanas, parecía menos desgraciada que entonces. Estaba sola en el mundo, viviendo en aquella desolada cabaña, atendiendo sus necesidades cotidianas con dificultad. Sus pálidas mejillas y la enfermiza languidez que impregnaba sus maneras evidenciaban la verdad de sus palabras. Pero no lloró, pronunció palabras de ánimo, y sólo cuando aludió a la ayuda de Ludovico sus suaves y oscuros ojos se llenaron de lágrimas.

El joven la visitó al día siguiente. Cabalgó sendero arriba, ahora cubierto por la hierba y el olor de las violetas, que Viola recogía a los lados del camino. Ella le regaló el ramillete de flores, y entraron juntos en la cabaña. Se veía desmantelada y miserable. Unas pocas flores colocadas en un jarrón roto ejemplificaban a la pobre Viola en persona: un hermoso capullo en medio de la más absoluta pobreza. El rosal que proyectaba su sombra en la ventana sólo podía expresar que la dulce Italia, incluso en el corazón de la desgracia, regala su riqueza natural para adornar a sus hijos.

Ludovico le pidió a Viola que se sentara en un banco junto a la ventana, y él se situó frente a ella, con las flores en la mano, escuchando. Ella no habló de su pobreza, y sería difícil contar qué se dijo. Parecía feliz y sonreía, hablando con una voz alegre que suavizó el corazón de

su amigo, haciendo que casi llorara de pena y admiración. Después de esto, día tras día Ludovico visitó la cabaña y pasó todo su tiempo con Viola. Iba y conversaba con ella, recogía violetas con ella, la consolaba y le daba consejos... y fue feliz. La idea de que le fuera útil a un ser humano llenó su corazón de gozo; y, sin embargo, era del todo inconsciente de lo necesario que era él para la felicidad de su protegida. Junto a ella se sentía feliz, le regocijaba regalarle cosas y ver su alegría, pero no pensó en el amor, y su mente, dormida a la pasión, reposaba de su largo dolor sin pensar en el futuro. No sucedía lo mismo con la joven campesina. No podía ver sus ojos invadidos por la gentileza, su boca iluminada por la tierna sonrisa, o escuchar su voz cuando le pedía que confiara en él, que sería padre, hermano, todo para ella, sin amarle profunda y apasionadamente. Se convirtió en el sol de su día, en el aliento de su vida... en su esperanza, gozo y única posesión. Anhelaba su llegada, le observaba al partir, y durante mucho tiempo fue feliz. No se apenaba de que devolviera su apasionado amor solo con sosegado afecto —ella era una campesina, él un noble—, y no podía reclamar ni esperar más. Él era un dios, y ella podía adorarle; y era blasfemia esperar algo más que una benigna aceptación para su adoración.

El príncipe de Mondolfo pronto se enteró de las visitas de Ludovico a la cabaña del bosque, y no dudó de que Viola se había convertido en la amante de su hijo. Decidió no interrumpir la relación o poner traba alguna a sus visitas. Ciertamente, Ludovico disfrutaba de más libertad que nunca, y su cruel padre se limitó a restringirle el dinero como jamás lo hiciera. Su política era evi-

dente: Ludovico había resistido toda tentación de juego y otras formas de despilfarro que se le presentaron en su camino. Hacía tiempo que Fernando deseaba que su hijo experimentara la dolorosa sensación de la pobreza y la dependencia, obligarle a buscar los fondos necesarios en una carrera que le exigiera abandonar el techo paterno. Había preparado muchas trampas alrededor del muchacho, y todas se habían visto quebradas por su firme y casi inconsciente resistencia. Pero ahora, sin buscarlo ni esperarlo, la ocasión que le conduciría a necesitar más de lo que su padre le habría dado jamás surgió por sí sola, y cuando esa asignación le fue restringida, Ludovico ni siquiera murmuró.

Fernando se abstuvo durante mucho tiempo de hacer alusión alguna a la relación que tenía su hijo, pero una noche, durante un banquete, la alegría superó su cautela... una alegría que siempre le llevaba a jugar con los sentimientos de su hijo y a provocar un dolor que pudiera reprimir la sonrisa que su nuevo estado mental había eliminado de las frecuentes visitas que éste hacía antes a su semblante.

—¡Esto —gritó Fernando mientras llenaba una copa—, esto, Ludovico, es a la salud de tu violetera! —y concluyó su alocución con una alusión indecorosa que sonrojó las mejillas de Ludovico. Sin contestar, se levantó para marcharse—. ¿Adónde vas, señor mío? —preguntó su padre—. Coge tu copa para contestar a mi brindis, pues, ¡por Baco!, nadie que se sienta a mi mesa cometerá la descortesía de pasarlo por alto.

Ludovico, aún de pie, llenó su copa y la levantó al

tiempo que iba a hablar y devolver las palabras de su padre, pero el recuerdo de éstas y la inocencia de Viola le invadió y llenó su corazón casi hasta hacerlo estallar. Dejó la copa, empujó a las personas que quisieron detenerle, abandonó el castillo, y pronto dejó de oír las risas de los presentes en el banquete, aunque habían reverberado con fuerza en los altos salones. Las palabras de Fernando habían despertado un espíritu extraño en Ludovico.

—¡Viola! ¿Puede amarme? ¿La amo yo?

Esta última pregunta pronto fue contestada. La pasión, despertada súbitamente, hizo que cada arteria cosquilleara con su estimulante presencia. Le ardieron las mejillas y su corazón bailó con peculiar exultación mientras se dirigía de prisa a la cabaña, sin prestarle atención a nada salvo al universo de sensaciones que moraba en su interior. Llegó hasta la puerta. Desnudas y oscuras se alzaban las paredes ante él, y las ramas del bosque se agitaban y suspiraban sobre su cabeza. Hasta ahora sólo había experimentado impaciencia, la enfermedad del miedo... miedo de encontrar una respuesta fría al sentimiento de pasión que en ese instante inundaba su corazón. Así, apartándose un poco de la cabaña, se sentó sobre un tronco y ocultó la cara en las manos, mientras unas lágrimas apasionadas caían de sus ojos y se deslizaban entre sus dedos. Viola abrió la puerta; Ludovico no había aparecido en su visita diaria, y se sentía desdichada. Miró al cielo: el sol se había puesto y Héspero brillaba en el oeste; las oscuras encinas proyectaban una densa sombra, rota por innumerables luciérnagas que ahora volaban casi sobre el suelo, mostrando las flores mientras dormían y

se cerraban para la noche, y su luz se vio reflejada por las resplandecientes hojas de las encinas y el laurel. Los ojos errantes de Viola eligieron una al azar y la siguieron en su vuelo, que de cuando en cuando hacía a un lado el velo de oscuridad y derramaba una amplia palidez sobre su propia forma. Al fin se posó en un racimo de hojas verdes de laurel y allí permaneció, lanzando su hermosa luz, que penetraba entre las ramas y daba la impresión de que la estrella más brillante del firmamento hubiera descendido de su curso y, temblando ante su propia temeridad, quedara jadeante en ese lugar terrenal. Ludovico se hallaba cerca del laurel... Viola le vio y su respiración se tornó rápida. En silencio, se le acercó y le miró con tal éxtasis aturdido que sintió, no, casi oyó, cómo le latía el corazón con la emoción. Entonces se decidió a hablar... pronunció su nombre, y él alzó la vista a su gentil rostro, a sus resplandecientes ojos y su silueta de sílfide, mientras se inclinaba sobre él. Olvidó sus temores, y sus esperanzas pronto se vieron confirmadas. Por primera vez besó los temblorosos labios de Viola, y luego se apartó para meditar con embeleso y admiración acerca de todo lo que había tenido lugar.

Ludovico siempre actuaba con energía y presteza. Regresó sólo para planear con Viola cuándo podían ser unidos. Eligieron una pequeña capilla en los Apeninos, apartada y desconocida, y consiguieron con facilidad la presencia de un sacerdote de un convento próximo que no se resistió a ofrecer su silencio. Ludovico condujo a su prometida de regreso a la cabaña en el bosque. Ella siguió viviendo allí; por nada del mundo él haría que cambiara de morada. Gastó todos sus bienes en decorarla, aunque

sólo alcanzaron para hacer que resultara tolerable. Pero eran felices. Para su esposo, el pequeño círculo de tierra que contenía a su Viola era el universo. Su corazón e imaginación lo ampliaron y llenaron hasta que albergó todo lo bello y fue habitado por todo lo magnífico que este mundo contiene. Ella canto para él; él escuchó, y las notas construyeron a su alrededor un cenador de delicias. Pisaba la superficie del paraíso, y sus vientos alimentaron su mente hasta la intoxicación. Los habitantes de Mondolfo no pudieron reconocer al altivo y resentido Ludovico en el benigno y gentil esposo de Viola. Las provocaciones de su padre fueron ignoradas, pues no las oía. Ya no caminaba por la tierra, como un ángel, sostenido en las alas del amor: la sobrevolaba, de forma que no sentía sus desigualdades ni era tocado por sus ofensivos obstáculos. Y Viola, con profunda gratitud y apasionada ternura, le devolvió su amor. Sólo pensaba en él, vivía para él, y con inagotable atención mantenía vivo en su mente el primer sueño de la pasión.

De esta forma pasaron casi dos años, y apareció un hermoso hijo para unir a los amantes con lazos más profundos y llenar su humilde techo con sonrisas y alegría.

Rara vez iba Ludovico a Mondolfo, y su padre, que persistía en su antigua política, y estaba contento de que gracias a su relación con una campesina hubiera aliviado su mente del temor de que hiciera contactos importantes y amigos peligrosos, incluso descartó su presencia en las visitas a Nápoles. Fernando no sospechaba que su hijo se había casado con su favorita de baja cuna; de lo contrario, la aversión que sentía hacia éste no le habría impedido re-

sistirse a una alianza tan degradante, y, mientras la sangre fluyera en las venas de Ludovico, jamás habría reconocido a un vástago contaminado por las aguas más sucias de una campesina.

Ludovico casi había cumplido los veinte años cuando su hermano mayor murió. Por ese entonces, el príncipe de Mondolfo llevaba cuatro meses en Nápoles, esforzándose por establecer un tratado de matrimonio entre su heredero y la hija de una noble casa napolitana, cuando esta muerte desterró sus esperanzas, haciendo que se retirara, dominado por el dolor, a guardar luto en su castillo. Unas pocas semanas de pesar y meditación le devolvieron la compostura. Había amado a su hijo mayor, el favorito, aunque más por ser el heredero de su nombre y fortuna que por ser hijo suyo. Así pues, una vez destruidos los planes que había tejido para él, pronto inició otros.

Ludovico fue llamado a presencia de su padre. Los viejos hábitos hacían que esas ocasiones fueran importantes, pero el joven, con una sonrisa orgullosa, hizo a un lado esas preocupaciones juveniles y se plantó con amable dignidad ante su alterado padre.

—Ludovico —dijo el príncipe—, cuatro años atrás te negaste a tomar los votos de sacerdote, por lo cual provocaste mi máximo resentimiento; ahora te doy las gracias por esa resistencia.

El fugaz sentimiento de suspicacia cruzó por la mente de Ludovico, y sospechó que su padre le tendía una trampa con algún propósito maligno. Dos años antes habría actuado de acuerdo con ese pensamiento, pero la costumbre de la felicidad le volvió crédulo. Hizo una sua-

ve reverencia.

—Ludovico —continuó su padre, mientras el orgullo y el deseo de la reconciliación perturbaban su mente e incluso su semblante—, hijo mío, te he tratado con dureza, pero ese tiempo ya ha pasado.

—Padre mío —replicó Ludovico con gentileza—, no merecí tu maltrato; espero merecer tu amabilidad cuando sé...

—Sí, sí —interrumpió Fernando con incomodidad—, no lo entiendes... deseas saber por qué... resumiendo, tú, Ludovico, eres ahora mi única esperanza. Olympio está muerto... la casa de Mondolfo carece de soporte, salvo por ti...

—Perdóname —dijo el joven—. Pero Mondolfo no se encuentra en peligro; tú, mi señor, eres plenamente capaz de mantener e incluso de aumentar su dignidad.

—No lo entiendes. Mondolfo carece de soporte, salvo por ti. Yo soy viejo, siento mi edad, y este cabello gris me lo grita sin sutilezas. No existe ninguna rama colateral, y mi esperanza ha de recaer en tus hijos...

—¡Mis hijos, mi señor! —exclamó Ludovico—. Sólo tengo uno, y si el pobre y pequeño niño...

—¿Qué locura es ésta? —gritó Fernando con impaciencia—. Hablo de tu matrimonio y no...

—Mi señor, mi esposa siempre está dispuesta a rendirte sus obedientes respetos...

—¡Tu esposa, Ludovico! Hablas sin pensar. ¿Cómo? ¿Quién?

—La muchacha de las violetas, mi señor.

Una tempestad había cruzado por el semblante de Fernando. Que su hijo, sin saberlo él, hubiera establecido esa despreciable alianza, convulsionó cada fibra de su cuerpo, y el fruncimiento del ceño y el gesto impaciente expresaron la intolerable angustia de semejante pensamiento. Las últimas palabras de Ludovico le devolvieron la compostura. No era a su esposa a la que así nombraba... tenía la certeza de que no lo era. Sonrió con cierta lobreguez, aunque fue una sonrisa de satisfacción.

—Si —comentó—, lo comprendo, pero provocas mi paciencia... no deberías jugar con ese tema o conmigo. Hablo de tu matrimonio. Ahora que Olympio ha muerto, y que tú eres el heredero de Mondolfo, puedes concluir la ventajosa, no, principesca, alianza que estaba preparando para él.

—Te complaces en interpretarme mal —replicó con firmeza Ludovico—. Ya estoy casado. Hace dos años, cuando todavía era el Ludovico despreciado e insultado, establecí esta relación, y con orgullo le mostraré al mundo cómo, en todo menos en el nacimiento, mi esposa campesina es capaz de cumplir con los deberes de su distinguida posición.

Fernando estaba acostumbrado a dominarse. Se sintió como apuñalado por una daga, pero se detuvo hasta que le volvió la calma y la voz, y entonces dijo:

—¿Tienes un hijo?

—Un heredero, mi señor —contestó Ludovico, sonriendo, ya que la amabilidad de su padre le engañó—. Un niño hermoso y sano.

—¿Viven cerca de aquí?

—Puedo traerlos a Mondolfo en el transcurso de una hora. La cabaña se encuentra en el bosque, a unos quinientos metros al este del convento de Santa Chiara.

—Basta, Ludovico; has comunicado extrañas noticias, y debo considerarlas. Te veré de nuevo esta noche.

Ludovico hizo una reverencia y se marchó. Se apresuró a ir a su cabaña donde relato todo lo que recordó o comprendió de la escena, y le pidió a Viola que estuviera lista para ir al castillo a la primera notificación. Viola tembló; pensó que no todo resultaba tan hermoso como informaba Ludovico. No obstante, ocultó sus miedos, e incluso le sonrió a su esposo cuando éste saludó con un beso a su hijo como el heredero de Mondolfo.

Fernando había dominado la expresión y la voz mientras su hijo estuvo presente. Se había acercado a la ventana del salón, donde permaneció mirando fijamente el puente levadizo hasta que Ludovico lo atravesó y desapareció. Luego, al verse libre de la necesidad de dominar sus impulsos, lo recorrió de un lado a otro mientras el techo resonaba con su impetuoso andar. Pronunció gritos y maldiciones, y se golpeó la cabeza con el puño. Transcurrió tiempo hasta que fue capaz de pensar... sólo sentía, y la sensación era de tortura. Por fin la tempestad amainó y se dejó caer en el sillón. Las cejas fruncidas y los labios convulsionados mostraban la intensidad de su concentración. Al principio todo fue un torbellino aterrador; poco a poco, el movimiento se suavizó y sus pensamientos fluyeron con más calma, discurriendo por un canal que recorrió con cautela hasta que creyó ver el resultado.

Pasó horas en dicha contemplación. Cuando se levantó, como alguien que hubiera dormido mal debido a alguna pesadilla, desaparecieron las arrugas de su frente, extendió el brazo, abrió la mano y gritó:

—¡Así es! ¡Y yo le destierro!

Llegó la noche y Ludovico fue anunciado. Fernando temía a su hijo. Siempre había sentido miedo de su decidido e intrépido modo de actuar. Temía enfrentarse a las pasiones del muchacho, y sentía que en la contienda las suyas no serían las vencedoras. Así, ocultando todo el odio, la venganza y la ira, le recibió con una sonrisa. Ludovico también sonrió; sin embargo, no había parecido alguno en las expresiones: una era de franqueza, júbilo y afecto; la otra, la velada mueca de la malicia ahogada. Fernando dijo:

Hijo mío, has entrado ligeramente en el matrimonio, como si fuera un juego de niños; pero, cuando hay principados y sangre noble en juego, las pérdidas o ganancias son demasiado importantes. ¡Silencio, Ludovico! Escúchame, te lo suplico. Has contraído un extraño matrimonio con una campesina. Una unión que no puedo aprobar porque será desagradable para tu soberano y despreciable para todos los que tienen alianza con la noble casa de Mondolfo.

Un sudor frío sobresalió en la frente de Fernando al hablar; se detuvo, recuperó el dominio de sí mismo, y continuó:

—Será difícil reconciliar estos intereses discordantes, ¡y un momento de descuido nos puede hacer perder

nuestro puesto, nuestra fortuna, todo! Tus intereses se encuentran en mis manos. Seré cuidadoso con ellos. Confío, antes de que pasen unos pocos meses, en que el futuro príncipe de Mondolfo sea recibido en la corte de Nápoles con el debido honor y respeto. Pero habrás de dejármelo a mí. No debes intervenir en el asunto. Tienes que prometerme que no mencionarás a nadie tu matrimonio, o reconocerlo si se te exige, hasta que yo lo autorice.

—Te prometo —fue la respuesta de Ludovico después de titubear un momento— que por el espacio de seis meses no mencionaré a nadie mi matrimonio. No seré culpable de falsedad, pero durante ese tiempo no lo afirmaré ni lo sacaré a colación de ningún modo que te irrite.

Fernando guardó silencio una vez más, pero la prudencia venció, y no siguió discutiendo el asunto. Habló de otros temas con su hijo; cenaron juntos, y la mente de Ludovico, ahora entregada al afecto, recibió todas las señales del amor de su padre, que empezaba a despertar con gratitud y júbilo. Su padre pensaba que lo tenía en sus manos, y estaba dispuesto a endulzar la amargura de su determinado plan con la amabilidad.

Así transcurrió una semana en calma. Ludovico y Viola eran felices. Ludovico sólo deseaba sacar a su esposa de la oscuridad, debido a esa sensación de honesto orgullo que nos hace desear declararle a todo el mundo la magnificencia de un objeto amado. Viola se encogía ante tal exhibición; ella amaba su humilde cabaña... humilde aunque adornada con todo el gusto que le confería el amor. Los árboles se inclinaban sobre su techo bajo y proyectaban su sombra en las ventanas, que estaban lle-

nas de plantas en flor; el suelo brillaba con el mármol, y jarrones de fabricación antigua y exquisita belleza se erguían en los rincones del cuarto. Toda su extensión se hallaba bendecida por el recuerdo de su primer encuentro y su amor: las caminatas en la nieve y las violetas; el bosque de encinas, los pájaros, los animales libres y tímidos que a veces se mostraban a los ojos, y que se retiraban al ser descubiertos; los cambios de las estaciones, de los colores de la naturaleza; las alteraciones en el cielo; el paso de la luna y el movimiento de las estrellas... todo esto era amado y alabado por la pareja, que veía el amor que sus propios corazones albergaban reflejado en el escenario que les rodeaba, y en su hijo, su ruidosa pero inarticulada compañía, cuyas sonrisas provocaban esperanzas y cuya hermosa forma parecía enviada del cielo para recompensar su constante afecto.

Pasó una semana. Fernando y Ludovico cabalgaban juntos, cuando el príncipe dijo:

—Mañana temprano, hijo mío, debes ir a Nápoles. Es hora de que te presentes allí como mi heredero y el mejor representante de una casa solitaria. Cuanto más pronto lo hagas, antes llegará el periodo que sin duda anhelas, en que la desconocida princesa de Mondolfo sea reconocida por todos. Yo no puedo acompañarte. De hecho, circunstancias que quizá adivines me hacen desear que al principio aparezcas sin mí. Serás distinguido por tu soberano, cortejado por todos, y recordarás tu promesa como el mejor modo de conseguir tu objetivo. En pocos días me reuniré allí contigo.

Ludovico aceptó con buena disposición tales arreglos,

y esa misma tarde fue a despedirse de Viola. Estaba sentada al lado de los laureles donde por primera vez pronunciaron sus mutuos juramentos, con su hijo en brazos, que miraba maravillado y se reía ante la luz de las luciérnagas. Habían pasado dos años. De nuevo era verano, y cuando la luz de sus ojos se encontró y se entremezcló, cada uno bebió de la jubilosa certidumbre de que aún se amaban igual que cuando él, lloran o de intensa emoción, se hallaba sentado junto al árbol. Le contó la visita que tenía que realizar a Nápoles, que su padre le había preparado, y una nube pasó por el semblante de Viola, pero la apartó. Nada temería; sin embargo, una y otra vez, una horrible sensación de desgracia inminente hizo que su corazón palpitará con fuerza, y en cada ocasión le fue más difícil resistir. Al caer la noche se llevó al niño dormido al interior de la cabaña y lo depositó en su cama, luego paseó arriba y abajo por el sendero del bosque en compañía de Ludovico, hasta que llegó el momento de su partida, ya que el clima caluroso hacía necesario que viajara de noche. De nuevo Viola experimentó el temor del peligro, y de nuevo lo hizo a un lado con una sonrisa, pero cuando Ludovico se volvió para despedirse con un abrazo, se lo devolvió con todas sus fuerzas. Llorando amargamente, se aferró a él y le suplicó que no se fuera. Sobresaltado por esa ansiedad, solicitó una explicación, pero la única que fue capaz de darle provocó una sonrisa gentil en él, al tiempo que la acariciaba y le pedía que mantuviera la calma. Luego, señalando la luna creciente que brillaba a través de los árboles, le aseguró que volvería antes de que estuviera llena, y con otro abrazo la dejó allí llorando. Y así es como a menudo se revela una extraña profecía, y

el espíritu de Casandra habita en muchos y desventurados corazones humanos, y a través de numerosos labios pronuncia presagios de males futuros que se ignoran: los que los oyen no les prestan atención —incluso el que los pronuncia apenas les da crédito—, y surge el mal, que si hubiera podido ser evitado, ninguna Casandra podría haber presagiado, pues no existiría si ese espíritu no fuera un seguro heraldo; ni estas revelaciones tendrían lugar si los resultados no cumplieran y desarrollaran el boceto.

Viola le vio partir con desvalido dolor, y dio media vuelta para consolarse al lado de la cama de su hijo. Sin embargo, al mirarle, sus miedos se intensificaron, y en un arrebato de terror salió corriendo de la cabaña y subió por el sendero, pronunciando el nombre de Ludovico, callando a veces para ver si podía oír los cascos de su caballo, y gritarle que regresara. Se hallaba muy lejos de su alcance, y volvió a la cabaña, echándose junto a su hijo, aferrando su manita en las suyas, y al fin consiguió dormir en paz.

Su sueño fue breve y ligero. Se despertó antes de la salida del sol, que apenas había empezado a proyectar largas sombras sobre el suelo. Se cubrió con la capa, y se disponía a ir con el pequeño a la cercana capilla de Santa Chiara, cuando oyó un ruido de caballos que subían por el sendero. El corazón le palpitó con fuerza, y más aún cuando vio a un extraño entrar en la cabaña. Su porte era autoritario, y la edad, que le había encanecido el pelo, no había mitigado el fuego de sus ojos ni estropeado la majestad de sus maneras, pero cada línea estaba marcada por el orgullo e incluso la crueldad. Más evidentes eran una fuerte voluntad y desdén. De algún modo era como

había sido Ludovico, tan parecido que Viola no dudó que ante ella tenía a su padre. Intentó hacer acopio de valor, pero la sorpresa, su porte altivo y, por encima de todo, el sonido de muchos caballos y las voces de hombres que habían permanecido fuera de la cabaña, la perturbaron y distrajeron tanto que por un instante el corazón la abandonó, y se apoyó contra la pared temblorosa y pálida, aferrando a su hijo contra su corazón con energía convulsiva. Fernando habló:

—¿Eres Viola Amaldi, la que se llama a sí misma esposa de Ludovico de Mondolfo?

—Lo soy... —sus labios formaron estas palabras, pero el sonido murió.

—Yo soy el príncipe de Mondolfo —continuó Fernando—, padre del precipitado muchacho que ha establecido este estúpido e ilegal contrato. Cuando me enteré de él, mi plan no tardó en formarse, y ahora estoy a punto de ejecutarlo. Me habría sido fácil realizarlo sin venir a verte, sin soportar la escena que, supongo, habré de tolerar; pero la benevolencia me ha indicado la línea de conducta a adoptar, y espero no llegar a arrepentirme de ella.

Fernando se detuvo. Viola había oído poco de lo que había dicho. Se hallaba concentrada en recuperar su destrozado espíritu, en ordenarle a su corazón que se quedara quieto y en armarse con el orgullo y valor de la inocencia y la desvalidez. Cada palabra que pronunció le fue de ayuda, ya que le proporcionó tiempo para recuperarse. Cuando calló, ella sólo inclinó la cabeza.

—Mientras Ludovico era más joven —prosiguió—,

y no deseaba sacar su mala alianza a la luz, permití que disfrutara de lo que él llamaba felicidad sin ser molesto, pero las circunstancias han cambiado. Se ha convertido en el heredero de Mondolfo, y debe mantener esa familia y título con un matrimonio adecuado. Tu sueño ha terminado. No te deseo ningún mal. Desde aquí serás conducida con tu hijo a bordo de un barco y transportada a un pueblo de España. Recibirás un estipendio anual y, mientras no intentes comunicarte con Ludovico, o te afanes por abandonar el asilo que se te brindará, estarás a salvo... pero el más ligero movimiento, el más insignificante deseo por una posición que jamás ocuparás, hará caer sobre ti y ese niño la venganza de un hombre cuyas amenazas son el brazo levantado y el golpe inmediato.

El exceso de peligro que se cernía sobre la desprotegida Viola le dio valor y contestó:

—Me encuentro sola, y soy débil; vos sois fuerte y contáis con una cuadrilla de miserables que esperan vuestra orden para ejecutar los crímenes que vuestra imaginación dicte. No me importa Mondolfo, ni el título, ni la posesión de riquezas, pero jamás, ¡oh!, jamás, renunciaré a mi Ludovico... nunca haré nada por romper nuestra jurada fe. Arrancada de su lado, le buscaré por todo el mundo, aunque vaya descalza y me muera de hambre. Es mío gracias a ese amor que ha tenido el placer de concebir hacia mí; yo soy suya por el sentimiento de devoción y unión eterna que ahora anima mi voz. Intentad separarnos, pero volveremos a reunirnos, y, a menos que levanteis una tumba entre nosotros, no podréis conseguirlo.

Fernando exhibió una sonrisa de desprecio.

—Y ese niño —dijo, señalando al pequeño—, ¿le conducirás, cordero inocente, como sacrificio al altar de vuestro amor y serás tú misma quien clave el cuchillo en el corazón de la víctima?

De nuevo los labios de Viola empalidecieron mientras aferraba al niño, y casi con voz inaudible exclamó:

—¡Hay un Dios en el cielo!

Fernando abandonó la cabaña, que pronto se vio invadida por hombres, uno de los cuales arrojó una capa sobre Viola y su hijo, los sacó a rastras de la casa y los depositó en una especie de litera, momento en el que la cabalgata emprendió la marcha en silencio. Viola había emitido un grito al ver a sus enemigos, pero, conociendo su poder y su propia impotencia, ahogó todo sonido ulterior. Cuando se encontró en la litera, en vano se afanó por desembarazarse de la capa que la cubría y acallar al niño, que lanzaba penetrantes chillidos asustado por esta extraña situación. Al final se quedó dormido, y Viola, ciega y temerosa, sin nada que sustentara su ánimo o esperanza, sintió que su valor se desvanecía. Largo rato lloró con desesperación y desconsuelo. Pensó en Ludovico y en el dolor que sentiría, y las lágrimas le cayeron con renovado brío. No había esperanzas, pues el enemigo era despiadado. Le quitarían a su hijo y el convento sería su prisión. Ésas eran las imágenes que constantemente se le aparecían. Minaron su coraje y la llenaron de terror y desesperanza.

El grupo entró en el pueblo de Salerno, y el rugido del mar anunció a la pobre Viola que se hallaban ya en sus orillas.

—¡Oh, amargas olas! —gritó—. ¡Mis lágrimas son tan saladas como vosotras y pronto se entremezclarán!

Sus raptores entraron entonces en un edificio. Se trataba de una atalaya situada a cierta distancia del pueblo, en la playa. Alzaron a Viola de la litera y la condujeron a uno de los horribles cuartos de la torre. La ventana, que no estaba muy por encima del suelo, se hallaba enrejada, y toda la estancia tenía el aspecto de una prisión. El jefe se dirigió a ella con educación y le pidió que disculpara el tosco alojamiento. Anunció que el viento soplaba en contra, pero se esperaba un cambio favorable, por lo que creía que al día siguiente podrían embarcar. Señaló el navío en lontananza. Viola, esperanzada por la cortesía de aquel hombre, comenzó a suplicarle compasión. Sin embargo, se marchó enseguida y la dejó sola. Al poco tiempo entró otro hombre con comida, una frasca de vino y una jarra de agua. También él se retiró; cerró la sólida puerta a su espalda y el sonido de pasos murió.

A pesar de todo, Viola no desesperó. Sentía que haría falta todo su coraje para escapar de la prisión. Comió parte de los alimentos que le habían sido suministrados, bebió un poco de agua y, luego, algo refrescada, desplegó en el suelo la capa que sus captores le habían dejado, depositó en ella a su hijo para que jugara, y se situó junto a la ventana con el fin de estar atenta por si pasaba alguien a quien pudiera dirigirse, y, si no era capaz de ayudarla, intentar al menos que llevara un mensaje a Ludovico con el fin de que su destino no quedara sumido en el terrible misterio que le amenazaba. Pero era probable que el exterior estuviera vigilado, pues nadie se acercó. Mientras

miraba, en un momento en que se estiró para observar un campo más amplio, notó que su cuerpo podría pasar por los barrotes de hierro de la ventana, que no se hallaba muy alejada del suelo. La capa, una vez atada a uno de los barrotes, prometía un seguro descenso. No se atrevió a probarlo. Temía tanto que la observaran y descubrieran su plan si la veían cerca de la ventana, que se retiró al extremo más apartado del cuarto, y allí se sentó para contemplar los barrotes con una mezcla de esperanza y miedo, que ora teñía sus mejillas de carmesí, ora las tornaba blancas como cuando Ludovico la viera por primera vez.

Su hijo pasó el tiempo durmiendo y jugando. El océano todavía rugía, y las oscuras nubes empujadas por el viento ennegrecieron el cielo y aceleraron la inminente noche. Transcurrieron las horas. No oyó la campanada de ningún reloj, ni había nada con que marcar el paso del tiempo, pero, poco a poco, la estancia se oscureció, y al fin sonó el Ave María, que oyó esporádicamente entre el viento aullante y el romper de las olas. Se arrodilló y rezó una ferviente plegaria a la Madonna, protectora de la inocencia, por ella y su hijo, no menos inocentes que la Madre y el Niño Divino, a quienes dirigió su plegaria. Se acercó a la ventana y prestó atención al sonido de cualquier ser humano, pero los sonidos llegaban lejanos e intermitentes, muriendo en la lejanía. Con la oscuridad vino la lluvia, que caía a cántaros, acompañada de truenos y rayos que impulsaron a toda criatura viviente a buscar refugio. Viola sintió un escalofrío. ¿Podría exponer a su hijo a las inclemencias de esa noche? Una vez más hizo acopio de valor. Pensó en una manera de conseguir que la capa pudiera proteger al niño una vez que hubiera servi-

do para el descenso. Se acercó a los barrotes y descubrió que podía pasar aunque con cierta dificultad. Miró hacia abajo y el resplandor de un relámpago iluminó el suelo a poca distancia. De nuevo se encomendó a la protección divina; de nuevo invocó y bendijo a Ludovico. Luego, asustada pero decidida a todo, comenzó los preparativos. Sujetó la capa con su largo pañuelo, que colgaba hasta el suelo, y luego la ató con un nudo corredizo que se deshacía al tirar de él. Cogió al niño en brazos, pasó entre los barrotes, lo envolvió con la faja a su cintura y, después, sin accidente alguno, llegó al suelo. Una vez hubo recuperado la capa, envolviéndose ella y su hijo en sus oscuros y amplios pliegues, se detuvo expectante a escuchar. La naturaleza estaba despierta con su voz más sonora: el mar rugía y los incesantes destellos de luz que indicaban la soledad que la rodeaba eran seguidos por unos estruendos tan ensordecedores que casi le aterraron. Atravesó el campo y mantuvo la visión de la espuma blanca a su derecha, sabiendo que así avanzaba en dirección opuesta a Mondolfo. Caminó a la velocidad que su carga le permitió, sin apartarse del camino, pues la oscuridad le hacía temer salir del camino marcado. La lluvia cesó y ella siguió caminando, hasta que, con las piernas a punto de ceder, se vio obligada a descansar y recuperar fuerzas con el pan que había traído consigo de la prisión. La acción y el éxito la habían imbuido de una energía inusual. Nada temía... se creía libre y a salvo. Lloró, pero se trataba de una emoción desbordada que no encontró otra forma de expresión. No dudaba de que volvería a reunirse con Ludovico. Sentada en la oscura noche —habiendo sido durante horas el juguete de los elementos, que ahora, por

un instante, detuvieron su furia, rodeada por una región grande, temible y desconocida, con el desvalido niño en los brazos y agotada la única comida que poseía— experimentó en su corazón triunfo, y alegría, y amor, profético de un futuro reencuentro con su amado.

Era verano y, por lo tanto, el aire soplaba cálido. La capa le había protegido de la humedad, de modo que sus extremidades no estaban abotargadas. Despertó al primer rayo de luz, y en el sendero más próximo se apartó del camino y emprendió la marcha más cerca de los Apeninos. Desde Salerno, en dirección sur hasta donde llegaban los ojos, una larga llanura se extendía a lo largo de la orilla, y las colinas, a una distancia de unos quince kilómetros, la cercaban. Estas montañas son altas y singularmente hermosas en su forma; sus cimas señalan al Cielo y las corrientes fluyen por sus costados y riegan la llanura. Después de varias horas de caminata, Viola llegó a un bosque de pinos que descendía de las alturas y se extendía hasta la planicie. Buscó con júbilo su amistoso cobijo, y descansó de nuevo en cuanto se vio protegida por los árboles. El siroco había sido disipado por la tormenta, y el sol, desterrando a las nubes que al principio velaron su esplendor, brilló en la clara majestad del mediodía. Nacida en el sur, Viola no temía el calor. Recogió algunos frutos, consiguió encender un fuego, y los comió con apetito. Luego, habiendo encontrado un refugio, se echó a dormir con el niño en brazos, agradeciendo al Cielo y a la Virgen su huida. Cuando despertó, el triunfo que sentía su corazón se había desvanecido un poco. Sintió la soledad, el desamparo, los temidos perseguidores; sin embargo, se secó las lágrimas y, pensando

que se hallaba muy cerca de Salerno —el sol ahora muy próximo al borde del mar—, se levantó y reanudó la marcha a través del follaje. Llegó hasta donde terminaba el bosque y fue capaz de dirigir sus pasos gracias al mar cercano. Unas corrientes interceptaron su andar, y un río rápido amenazó con bloquearlo por completo. Entonces descendió un poco por su curso y dio con un puente. Después se acercó aún más al mar y atravesó una amplia y desolada especie de tierra de pastoreo que parecía no poder brindar refugio ni sustento a ningún ser humano. La noche caía, y temía proseguir su camino, pero al ver algunas construcciones en la distancia, dirigió sus pasos hacia allí con la esperanza de descubrir un villorrio donde pudiera obtener cobijo y la ayuda que le permitiera dar marcha atrás y llegar a Nápoles sin ser descubierta por su poderoso enemigo. Mantuvo esas altas construcciones ante sus ojos, que parecían catedrales, aunque no estaban coronadas por ninguna cúpula o capitel. Se preguntaba qué podían ser cuando, de repente, desaparecieron. Habría pensado que las había ocultado alguna elevación del terreno, pero delante de ella todo era llanura, así que se detuvo y se decidió a esperar a que amaneciera. En todo el día no había visto a ningún ser humano; en dos o tres ocasiones había oído el ladrido de un perro, y una vez el silbido de un pastor, pero no vio a nadie. La desolación la rodeaba. Esto le había brindado seguridad al principio, pues donde no hubiera hombres estaría a salvo. Pero al final la extraña soledad se tornó dolorosa... anhelaba ver una cabaña, o dar con un campesino, sin importar lo rústico que fuera, que pudiera contestar sus preguntas y ayudarla en sus necesidades. Con sorpresa había vislum-

brado los edificios, que habían sido como faros para ella. No deseaba entrar en una ciudad grande, y se preguntaba cómo podía existir una en un yermo semejante.

El bosque quedaba ya muy lejos, a su espalda, y necesitaba alimentos. Pasó la noche —una noche balsámica y suave—, las brisas la refrescaron, la centelleante atmósfera la envolvió y las luciérnagas aletearon a su alrededor; los murciélagos revolotearon en el aire, y el búho de pesadas alas ululó toda la noche, mientras el constante sonido de los grillos llenó sus oídos. Yació en el suelo, con el niño cobijado en sus brazos, y observó el cielo estrellado. Muchos pensamientos se agolparon en su cabeza: Ludovico y su reunión con él, el júbilo después del dolor... y así olvidó que estaba sola, medio muerta de hambre, rodeada de enemigos en una llanura desierta de Calabria, y durmió.

No despertó hasta que el sol se hubo encontrado en lo alto. Se había alzado por encima de los templos de Pëstum, y las columnas arrojaban cortas sombras sobre el suelo. Los tenía cerca, invisibles durante la noche, y ahora se le revelaron como las construcciones que habían atraído su vista la noche anterior. Se erguían sobre una planicie irregular, carentes de todo techo, y sus columnas y cornisas arcaban un espacio de hierba alta y llena de maleza, que cubría el azul y profundo, y llenaba con luz y alegría. Viola los observó maravillada y con reverencia; eran templos erigidos a algún dios, que aún parecía deificarlos con su presencia. Todavía los recubría de belleza, y sus ruinas, en el pintoresco yermo y la sublime soledad, podían estar más adaptadas a su naturaleza que cuando se

alzaban en su prístina fuerza con sus techos dorados. Y la silenciosa adoración del aire y los felices animales podían ser más adecuados que la presencia de los hombres atareados y despiadados. El más benevolente espíritu-dios parecía habitar aquella zona desierta y llena de maleza; el espíritu de la belleza aleteaba entre esas columnas oscurecidas por el tiempo, pintadas con extraños colores, creando una afable atmósfera en el desierto altar. Temor y devoción llenaron el corazón de la solitaria Viola, y alzó los ojos y el corazón al Cielo en agradecimiento y oración. No es que sus palabras formaran palabras o sus pensamientos sugirieran frases hilvanadas, pero la sensación de adoración y gratitud la animaban, y, mientras los rayos del sol atravesaban la sucesión de columnas, también el gozo, con forma de paloma, descendió e iluminó su alma.

Con una devoción con la que casi nunca antes había visitado una iglesia dedicada a un santo, ascendió por los escalones rotos del templo más grande y entró en la parcela que encerraba. Un circuito interior de columnas más pequeñas formaban una zona más reducida, y allí, sentándose sobre el enorme fragmento de una cornisa rota que había caído, esperó en silencio, como aguardando que algún oráculo visitara sus sentidos y la guiara.

Aún sentada, oyó el ladrido cercano de un perro, seguido por un balido de ovejas, y vio un pequeño rebaño en el campo adyacente al templo. Lo conducía una joven vestida con harapos, pero la estación requería poco abrigo, y esta pobre gente, sin dinero, que poseía tan sólo lo que la tierra les ofrecía, eran pobres casi hasta la desnudez. En un clima inclemente se envuelven con las toscas

pieles de ovejas, y durante el calor del verano se desprenden de los inútiles abrigos de piel. Probablemente, la pastora tenía quince años; un gran sombrero negro de paja le protegía la cabeza de los intensos rayos del sol; los pies y las piernas estaban desnudos, y la falda, levantada por encima de la rodilla, le daba un aspecto pintoresco a sus andrajos, sujetos a la cintura por una faja, que de alguna doncella griega. Los harapos tienen una personalidad propia en su contraste de ricos colores y la tosquedad de sus telas, como las capas reales. Viola se acercó a la pastora y entabló conversación con ella Sin apelar a su caridad o sentimientos, preguntó el nombre del lugar en el que se encontraba, y su hijo, despierto y alegre, pronto atrajo la atención de la joven. La pastora era bonita, y, por encima de todo, exhibía una buena naturaleza. Acarició al niño y pareció deleitada por haber dado con una compañera para su soledad. Cuando Viola dijo que tenía hambre, sacó las castañas asadas y el pan duro que llevaba. Viola comió con gozo y gratitud. Permanecieron juntas todo el día; el sol se puso, la resplandeciente luz se desvaneció, y la pastora se habría llevado a Viola con ella. Pero ésta temía una morada humana, ya que aún creía que donde existiera la posibilidad de refugio sus perseguidores podrían encontrarla. Le dio unas pocas piezas de plata a su nueva amiga, parte de las que tenía encima cuando la capturaron, y le pidió que trajera suficiente comida al día siguiente, suplicándole que no mencionara a nadie su aventura. La muchacha lo prometió y, con la ayuda del perro, condujo al rebaño hacia su corral. Viola pasó la noche dentro del refugio del templo más grande.

Sin dudar del éxito de su plan, la misma noche que si-

guió a su ejecución el príncipe partió hacia Nápoles. Encontró a su hijo en el Palacio de Mondolfo. Despreciando la corte y sin importarle la alegría que le rodeaba, Ludovico anhelaba regresar a la cabaña de Viola. Así, después de que hubieran pasado dos días, le dijo a su padre que debía cabalgar hasta Mondolfo y volver a la mañana siguiente. Fernando no se opuso, pero dos horas después de su marcha le siguió y llegó al castillo detrás de Ludovico, que había dejado a sus acompañantes allí para emprender el camino hasta su cabaña.

La primera persona a la que vio el príncipe fue al jefe de la compañía que tenía a su cargo a Viola. Éste le contó inmediatamente la historia: el viento desfavorable, el encarcelamiento en un cuarto fuerte, la incomprensible huida de la joven y los posteriores esfuerzos por encontrarla. Fernando escuchó como en un trance. Convencido de la veracidad de la historia, no acertó a ver ninguna pista que le guiara... ninguna esperanza de recuperar a su prisionera. Se encolerizó, pero en el acto se esforzó por suprimir la inútil pasión que iba en aumento. Abrumó al portador de dichas noticias con maldiciones y envió grupos de hombres en todas direcciones, a los que prometió una gran recompensa y exigió el máximo secreto. Luego, una vez solo, recorrió a grandes zancadas la estancia, dominado por la furia y la desesperación. Su soledad duró poco. Ludovico entró bruscamente en el cuarto, con el semblante iluminado por la ira.

—¡Asesino! —gritó—. ¿Dónde está mi Viola? —Fernando permaneció sin habla—. ¡Contesta! —exigió Ludovico—. Responde con esos labios que pronunciaron

su sentencia de muerte... o alza contra mí esa mano de la que todavía no se ha lavado la sangre de ella. ¡Oh, mi Viola! ¡Tú y mi ángel-niño posaos con toda vuestra dulzura en mi corazón para que esta mano no escriba parricidio en mi frente! Fernando intentó hablar.

—¡No! —aulló el desdichado Ludovico—. No escucharé a su asesino. Pero... ¿está muerta? Me arrodillo, te llamo padre, apelo a tu salvaje corazón, cojo en paz esa mano que a menudo me abofeteó y que ahora ha asestado el golpe mortal... ¡Oh, dime!, ¿vive ella todavía?

Fernando aprovechó ese intervalo de paz para narrar lo sucedido. Contó la simple verdad; pero ¿podría ser creída semejante historia? Despertó la cólera más terrible en el corazón del pobre Ludovico. No dudó de que Viola había sido asesinada, y después de emitir todas las expresiones de desesperanza y odio, le dijo a su padre que buscara a su heredero entre los desechos de la tierra, pues pronto él se convertiría en uno. Con esas palabras abandono a toda velocidad su presencia.

Vagó hasta la cabaña, buscó en los alrededores, escuchó la narración de aquellos pocos que habían sido testigos de parte del secuestro de su Viola. Fue a Salerno. Allí oyó la historia con la máxima incredulidad. Estaba convencido de que había sido inventada por su padre para librarse de la acusación y arrojar un velo impenetrable sobre la destrucción de su amada. Su encendida imaginación recreó la escena de su muerte. La misma casa en la que había estado confinada tenía en un extremo una torre que daba al mar; un río corría en la base, haciendo su confluencia con el océano profunda y oscura. Estaba

convencido de que la escena fatal se había ejecutado allí. Subió a la torre; el cuarto más alto carecía de ventana. Los barrotes del de abajo, por alguna razón, habían sido arrancados hacía poco tiempo. Tuvo la certeza de que Viola y su hijo habían sido arrojados desde aquella ventana hacia las remolineantes aguas.

¡Tomó la resolución de morir! En aquellos días de simple fe católica, el suicidio se contemplaba con horror. Pero había otros medios casi tan seguros. Iría como peregrino a Tierra Santa, y lucharía y moriría bajo los muros de Jerusalén. Temerario y enérgico, apenas había ideado su meta cuando se apresuró a llevarla a cabo. Se procuró unas prendas de peregrino en Salerno, y a medianoche, sin contarle a nadie sus intenciones, dejó la ciudad y marchó hacia el sur. Su corazón se vio inflamado por la alternancia de la ira y el dolor. Finalmente, la ira murió. Ella, cuyo asesino él odiaba, era un ángel en el Cielo que ahora le miraba desde arriba, y en Tierra Santa ganaría el derecho para unirse a ella. El pesar le nubló los ojos. El gran teatro del mundo se cerró ante él: de todas sus trampas sólo su capa de peregrino era magnífica, el báculo de peregrino el único cetro. Eran los símbolos del poder que poseía más allá de la tierra, y los juramentos de su unión con Viola. Dirigió sus pasos hacia Brundisium. Caminó rápido, como si sintiera todo el espacio y el tiempo que se interponían entre él y su objetivo. El amanecer despertó a la tierra y él prosiguió con su marcha. El sol del mediodía lanzó sus rayos sobre él, pero su caminata no se vio interrumpida. Entró en un bosque de pinos, siguió el sendero de los rebaños y oyó los murmullos de una fuente. Oprimido por la sed, se apresuró hacia allí. El agua manaba

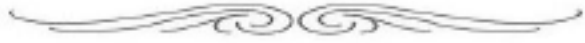
un pozo en el terreno y llenaba una cuenca natural; las flores crecían en sus orillas y no se veían reflejadas en las aguas, ya que la corriente no se detenía en su remolinear, y proyectaba su superabundancia en un pequeño arroyo que, danzando sobre piedras y brillando bajo el sol, seguía su camino hacia su eternidad: el mar. Los árboles habían retrocedido de la montaña y formaban un círculo a su alrededor; la hierba era verde y fresca, salpicada de flores estivales. En un extremo había un estanque silencioso que formaba un extraño contraste con la fuente que, siempre en movimiento, no mostraba forma alguna y sólo reflejaba los colores que la circundaban. El estanque reflejaba la escena con mayor nitidez y belleza que la existencia real. Los árboles se alzaban claros, agrupados y trazados por la mano de un artista divino. Ludovico bebió de la fuente y se acercó al estanque. Medio maravillado, observó la escena esbozada allí. En ese momento un pájaro aleteó por el aire y su figura, plumas y movimientos fueron reflejados en las aguas. Un burro emergió de entre los árboles, donde en vano buscó hierba, y tuvo que ir a pastar cerca de las aguas. Ludovico lo vio allí retratado; luego miró al animal de carne y hueso, que casi parecía menos real, menos vivo que su semblante en la corriente. Había alguien tumbado bajo los árboles de los que había salido el burro, y dormía cubierto con una capa. Ludovico echó un vistazo despreocupado... al principio apenas supo por qué su curiosidad se había despertado; después, un pensamiento inquieto, que consideró locura, aunque decidió complacer, le hizo avanzar. A toda velocidad se aproximó a la figura durmiente, se arrodilló e hizo a un lado la capa. Entonces vio a Viola, con el niño en brazos.

Un cálido aliento salía de sus labios abiertos, y sus ojos llenos de amor parecían casi visibles bajo los párpados transparentes, que no tardó en abrir.

Ludovico y Viola, demasiado felices para sentir la tierra por la que caminaban, regresaron a su pequeña cabaña, que les era más querida que cualquier palacio, casi sin creer en el júbilo que sentían. Lloraron por turnos, y se miraron mutuamente y observaron a su hijo, cogiéndose las manos como si asieran la realidad y temieran que ésta fuera a desvanecerse.

El príncipe de Mondolfo recibió noticias de su retorno. Había sufrido mucho por miedo a perder a su hijo. El pavor de encontrarse sin descendientes, sin heredero, le había domesticado. Temió la censura del mundo, su soberano desagrado... quizá una acusación y castigo peores. Se entregó a su destino. Sin atreverse a aparecer ante la que iba a ser su víctima, envió a su confesor a mediar su perdón y a suplicarles que establecieran su morada en Mondolfo. Al principio hicieron poco caso a esas ofertas. Amaban su cabaña y sentían poca inclinación por arriesgar su felicidad y libertad por un lujo inútil. El príncipe, con paciencia y perseverancia, los convenció por fin. El tiempo había suavizado los recuerdos; le rindieron el respeto de los hijos, y lo quisieron y honraron en su vejez. Mientras acariciaba a su hermoso nieto, no se arrepintió de que la joven de las violetas fuera la madre del heredero de Mondolfo.

VALERIO



El Romano Reanimado

A lrededor de las once de la mañana, en el mes de septiembre, dos extraños desembarcaron en la pequeña bahía formada por el punto extremo del cabo Miseno y el promontorio de Bauli. El cielo era de un intenso y sereno azul, y el mar reflejaba su profundidad con una tonalidad más oscura. A través de las claras aguas se veían las algas de diversos y hermosos colores que crecían entre los restos de los palacios de los romanos ahora sumergidos bajo las aguas. El sol brillaba con fuerza, provocando un calor intolerable. Al desembarcar, los extraños fueron de inmediato en busca de un lugar a la sombra donde pudieran refrescarse y permanecer hasta que el sol comenzara su descenso hacia el horizonte. Se dirigieron hacia los campos elíseos y, caminando entre los álamos y las moreras festoneadas con las vides que colgaban en ricos y maduros racimos, se sentaron a la sombra de las tumbas junto al Mare Morto.

Uno de los extraños era un inglés de buena posición social, como fácilmente se percibía por su noble porte y modales llenos de dignidad y libertad. Su compañero —no puedo compararlo con nada que ahora exista— tenía una apariencia que semejaba la de la estatua de Marco Aurelio en la plaza del Capitolio de Roma. Sosegadas e imponentes, sus facciones eran romanas. Salvo por su atuendo, se le habría considerado la estatua de un romano animada con vida. Lucía las ropas ahora corrientes en toda Europa; sin embargo, parecían inadecuadas para él e incluso como si no estuviera acostumbrado a ellas. Tan pronto como se hubieron sentado, empezó a hablar de

esta manera:

—He prometido contarte, amigo mío, cuáles fueron mis sensaciones al revivir y qué me pareció el aspecto de este mundo (caído de lo que una vez fue) cuando la luz del sol volvió a visitar mis ojos después de haberlos abandonado durante muchos cientos de años. Y cómo podría escoger un lugar mejor para esta narración. Éste es el sitio elegido por nuestra antigua y venerable religión, el que mejor representaba la idea que habían dado los oráculos, o que los adivinos recibían de los sitiales de los felices después de la muerte. Éstas son las tumbas de los romanos. Este lugar ha cambiado mucho por la sacrílega mano del hombre desde aquellos tiempos; no obstante, aún lleva el nombre de los campos elíseos. El Averno sólo se encuentra a una breve distancia de nosotros, y este mar que percibimos es el azul mediterráneo, inmutable mientras todo lo demás luce la marca de la esclavitud y la degradación.

«Perdóname... tú eres inglés, y dicen que sois libres en vuestro país... país desconocido cuando yo vivía, pero los desgraciados italianos, que usurpan la tierra una vez hollada por héroes, me llenan de amargo desdén. ¿Se atreven a usurpar el nombre de romanos... se atreven a imaginar que descienden de los Señores y Gobernadores del mundo? Olvidan que, cuando la república murió, cada antigua familia romana se fue extinguiendo poco a poco y que sus seguidores podían usurpar el nombre, pero no eran ni son romanos.

»Yo vivía en la época de Cicerón y de Catón. Mi posición no era ni la más alta ni la más baja de Roma: yo era

un caballero romano. No viví para ver a mi país esclavizado por César, quien, durante mi vida, sólo se distinguió por la corrupción de sus maneras. Morí cuando contaba casi cuarenta y cinco años, defendiendo a mi país contra Catilino. En aquella época, los buenos hombres de Roma lamentaban amargamente el declive de la moral en la ciudad... Mario y Sulla ya nos habían enseñado algunas de las miserias de la tiranía, y yo estaba acostumbrado a lamentar el día en que el Senado apareció como una asamblea de semidioses. Pero ¿qué hombres vivían entonces? La república se puso gloriosamente como el sol de un brillante día verano. ¿Cómo podía yo desesperar de mi país mientras hombres como Cicerón, Catón y Lúculo, y muchos otros a quienes sabía llenos de virtud y sabiduría, que eran mis amigos más queridos e íntimos, todavía existían?

»No necesito atribularte con la historia de mi vida... en los tiempos modernos, las circunstancias domésticas parecen ser esa parte de la historia de un hombre más valiosa de interrogar. En Roma, la historia de un individuo era la de su país. Vivíamos en el Foro y en la Casa del Senado. Mi familia había sufrido por las guerras civiles: mi padre fue muerto por Mario; y mi tío, que cuidó de mí durante mi infancia, fue proscrito por Sulla y asesinado por sus emisarios. Mi fortuna se vio considerablemente disminuida por estas desgracias domésticas, pero vivía con frugalidad y llené con honor algunos de los puestos más altos de Estado... en una ocasión fui cónsul.

»Ni tampoco relataré ahora lo que tanto te interesaría... todo lo que sé sobre aquellos grandes hombres de cuyos actos, incluso a esta distancia temporal, tienes un

conocimiento tan íntimo. Estos temas han formado y formarán una inagotable fuente de conversación durante el tiempo que permanezcamos juntos, pero ahora he prometido contarte qué sentí y vi cuando retorné, pues se cumplen tres años ya, a esta decadente Italia.

»Al acercarme a Roma me sentí agitado por mil emociones. Me negué a ver nada o a hablar con nadie. Mudo en un rincón del carruaje, guardé celosamente mis pensamientos: a veces creyendo a mi acompañante no merecedor de mi atención; otras, aferrándome todavía con obstinación, como una madre, al recuerdo de su perdido hijo, a mi amado país y dudando de todo lo que había oído, de todo lo que esos sacerdotes me habían dicho. Creía que se había formado una conspiración contra mí. Me negué a hablar con aquellos que nos encontramos en el camino, en caso de que su dialecto alterado aplastara mi última esperanza. No visitaría ningún paisaje. La ciudad eterna sobrevivía en toda su gloria. No podía morir, y, aunque estuviera muerta, yo permanecería en silencio hasta que en las ruinas de su Foro expresara mi último lamento... y mis palabras despertarían a los muertos para que me escucharan. “Cicerón, Catón, Pompeyo —si de verdad estabais muertos—, si todo rastro de vuestro camino estaba desgastado, aún flotáis sobre el Foro... despertad, levantaos... ¡dadme la bienvenida!”

»El sacerdote en vano se afanó por sacarme de mi ensoñación. Mi semblante tenía las marcas del dolor, mas no le contesté. Al final exclamó: “¡Mirad, el Tíber!” ¡Hermoso río! Todavía, y para siempre Jo harás, empujas tus eternas aguas; tu nombre actuó como un hechizo. Las

lágrimas cayeron veloces de mis ojos. Me bajé del carruaje. Corrí a la orilla y, arrodillándome, te ofrecí, sagrados nombres de Júpiter y Pallas, juramentos que hicieron temblar mis labios y que la luz casi abandonara mis ojos: “¡Oh, Júpiter, Júpiter del Capitolio, tú que has contemplado tantos triunfos, que tu templo todavía exista, que las víctimas aún sean conducidas a tus altares! Minerva, protege a tu Roma”. En ese momento de agónica plegaria, el destino de mi país aún parecía no decidido... la espada todavía seguía suspendida. Ay, no podía creer que todo lo que es grande y bueno se hubiera marchado.

»En vano mi acompañante trató de sacarme de las riberas del divino río. Me quedé sentado, inamovible, junto a él. Mis ojos no recorrieron el paisaje circundante que había cambiado, sino que quedaron fijos en las aguas o se elevaron al cielo azul y brillante. “¡Estos... éstos, al menos, son los mismos... siempre, siempre los mismos!”, fueron las únicas palabras que musité cuando la caída de mi patria bajo la feroz agonía del fuego se agolpaba en mi mente. El sacerdote intentó tranquilizarme... yo guardé silencio. Al final, la fuerza de la pasión me conquistó, y después de muchas horas de loca contienda dejé que me condujeran al carruaje y, cerrando las cortinas, me abandoné a la meditación cuya amargura sólo se vio disminuida por mi pérdida de fuerza.

»Era de noche cuando entramos en Roma. “Mañana”, dijo mi acompañante, visitaremos el Foro”. Yo asentí. No deseaba que viniera conmigo, y, por lo tanto, me retiré temprano sin expresarle cuáles eran mis intenciones. Pero tan pronto me vi libre de importunio, requerí la pre-

sencia de un guía y fui rápidamente a visitar la escena de toda la grandeza humana. La luna había salido y proyectaba una brillante luz sobre la ciudad de Roma... si puedo llamar a eso Roma, que en nada se parecía a la Reina de las Naciones tal como yo la recordaba. Pasamos delante del Corso y vi varios obeliscos magníficos, que parecían decirme que la gloria de mi país no se había desvanecido. Me detuve junto a la Columna de Antonino, que se hundía profunda en la tierra y, rodeada por los restos de cuarenta columnas, proyectó en mi mente la noción de la decadencia. Mi corazón palpitaba con temor e indignación mientras me acercaba al Foro por caminos desconocidos para mí. Y el hechizo se quebró al contemplar las columnas rotas y los templos en ruinas del Campo Vaccino... por ese oprobioso nombre ahora debe designarse el Foro Romano. Miré a mi alrededor, pero no había nada como antes: vi ruinas de templos construidos después de mi tiempo. El Coliseo me era desconocido, y parecía como si el estado alterado de esas magníficas ruinas apagara de repente el entusiasmo de la indignación que antes había poseído mi corazón. Jamás me había atrevido a imaginarme el Foro Romano degradado y envilecido; sin embargo, en mi mente flotaba una vaga idea de columnas rotas, como las que recordaba de las imágenes caídas de los dioses abandonados a la descomposición en un lugar donde en el pasado yo los había adorado. Pero todo había cambiado, e incluso las columnas que quedan del templo erigido por Camilo perdían su identidad rodeadas por nuevos candidatos a la inmortalidad. Con calma me volví hacia mi guía y le pregunté:

»—Éstas son las ruinas del Foro Romano, ¿y qué es

ese edificio inmenso que veo en el extremo de la avenida de árboles, cuya sombra bajo la luz de la luna parece hablar de algo magnífico y maravilloso?

»—Es el Coliseo.

»—¿Y qué es el Coliseo?

»—¿No lo sabes? Es el afamado Circo construido por Vespasiano, emperador de Roma.

»—¿Fue emperador de Roma? Bien, visitémoslo.

Entramos en el Coliseo, esa noble reliquia de grandeza imperial' es verdad, imperial, pero romana. Y ese entusiasmo que las columnas rotas del Foro había extinguido, esa extraordinaria construcción volvió a despertar. La luna brillaba a través de los rotos arcos y proyectaba gloria en torno a los muros derruidos, coronados como estaban por arbustos y zarzas. Eché un vistazo y un temor reverencial se apoderó de mí. Sentí como si habiendo abandonado el Campo Vaccino, esto se hubiera convertido en la aparición de mis nobles compatriotas. El sello de la Eternidad estaba sobre ese edificio, y mi corazón se agitaba con las abrumadoras sensaciones bajo las cuales se esforzaba por latir. No pronuncié ni una sola palabra.

»¡Ay! ¡Ay! Así es la imagen de la Roma caída, rota, degradada por una odiosa superstición, pero aún invocando amor... honor; y despertando todavía en las imaginaciones de los hombres todo lo que puede purificar y ennoblecer la mente. El Coliseo es el Emblema de Roma. Sus arcos, sus mármoles, su noble aspecto, que a todos debe inspirar miedo sagrado, que, en la mente del hombre, es afín a la adoración... es maravilloso, inexpresablemente

hermoso... todo habla de su grandeza. Sus muros derruidos, sus contrafuertes cubiertos de arbustos, y más que nada, las insultantes imágenes con las que está lleno cuentan su caída.

»Despedí a mi guía. Nunca me iría del Coliseo. Sería mi morada durante mi segunda residencia en la tierra. Visité todos sus rincones. Desde lo más alto, observé a Roma durmiendo bajo los fríos rayos de la luna, la cúpula de San Pedro y las diversas otras cúpulas y capiteles que crean una segunda ciudad, las estancias de los dioses sobre as de los hombres; el arco de Constantino a mis pies; el Tíber y el gran cambio en la situación de la ciudad de los tiempos modernos: todo llamó mi atención, pero sólo despertó un interés vago y transitorio. Desde ese momento, el Coliseo era para mí el mundo, mi morada eterna. Es verdad que la curiosidad y la inoportunidad me han sacado de allí ahora... pero mi ausencia será corta, y mi corazón aún sigue allí. Regresaré. Y en aquel recinto sagrado, lanzaré, antes de morir, mi última llamada a los romanos y a la Libertad.

»Es cierto que ya estaba convencido de que Roma había caído, que sus cónsules y triunfos habían terminado, los templos de su Capitolio destruidos. Sin embargo, el Coliseo había suavizado esos sentimientos cuya energía, de lo contrario, me habría aniquilado. La ira, la desesperanza, toda la pasión humana murieron en mi interior. Me dediqué, un peregrino durante algunos años, a un mundo en cuyas exhibiciones soy un indiferente espectador. Si Roma está muerta, huyo de sus restos, espantosos como los de la vida humana. Es solo en el Coliseo donde reco-

nozco la grandeza de mi país: es el único asilo que tiene valor para un antiguo romano.

»Pero, de repente, la sensación tan terrible para la mente humana de absoluta soledad operó un cambio nuevo en mi corazón. Recordé como si fuera ayer todos los espectáculos que me había presentado la antigua Roma. Sentado bajo uno de los arcos del edificio, con la cara oculta entre las manos, reviví en mi imaginación el recuerdo de lo que había dejado cuando por última vez perdí la visión de la luz del día. Había dejado a los cónsules en pleno disfrute de poder. Unos años antes, el Imperio, desgarrado por Mario y Sulla y careciendo del apoyo de la virtud de una mano protectora, parecía al borde mismo de ser sojuzgado. Pero durante mi vida se había levantado un nuevo espíritu: los hombres otra vez se sentían vivificados por la llama sagrada que ardía en las almas de Camilo y Fabricio, y me llenó de gozo ser amigo de Cicerón, Catón y Lúculo. Los más jóvenes, los hijos de mis amigos, Bruto, Casio, se alzaban con la promesa de igual virtud. Cuando morí, estaba poseído por la fuerte convicción de que, como la filosofía y las letras se hallaban unidas a una virtud sin igual en la tierra, Roma se acercaba a la perfección desde la cual no existía la caída; que, aunque los hombres aún experimentaban miedo, se trataba de un temor sano que les despertaba a la acción y al triunfo mejor garantizado del Bien.

»Cuando desperté, Roma ya no existía. Aquella luz que yo había saludado como heraldo de la perfección se convirtió en la antorcha que le añadió esplendor a su funeral... y aquellos hombres cuyas almas eran como tem-

plos de perfección, fueron las víctimas sacrificadas ante su pira fúnebre. Oh, jamás una nación tuvo tal muerte y sus asesinos celebraron semejantes juegos alrededor de su tumba como los que casi destruyen a medio mundo. No se trataba de los combates de gladiadores y bestias, sino la feroz contienda de las pasiones encontradas, la guerra de millones.

»Pero todo eso ya ha acabado. La exultación del tirano se ha desvanecido. El monumento de Roma, tan espléndido a través de las edades y adornado por los saqueos de reinos, ahora se halla degradado en el polvo. Algunas columnas y arcos dispersos viven para contar cuál fue su emplazamiento, pero su pueblo está muerto. Los extraños que la poseen han perdido todas las características de los romanos: han abandonado su sagrada religión. La Roma moderna es la Capital del Cristianismo, y ese título es la corona que se yergue sobre toda mi desesperación.

»Sin embargo, la lengua humana fracasa en los intentos por describir el tremendo cambio operado en el mundo, es verdad, por el lento transcurrir de muchas edades, que apareció ante mí debido a mi singular situación como el trabajo de unos pocos días. No puedo recordar la agonía de esos momentos sin temblar. No fue un curso de pensamientos amargos, no fue la desesperanza lo que carcomió mis nervios sin mostrar ningún signo exterior, no fue el primer agujonazo de dolor por la pérdida de los que amamos. Fue un fuego feroz que envuelve a bosques y ciudades en sus llamas, fue una tremenda avalancha que arrastra árboles y rocas y cambia el curso de los ríos, fue un terremoto que sacude el mar y derriba montañas y

amenaza con mostrar a los ojos humanos los misterios interiores de la tierra. ¡Oh, fue más que todo eso! ¡Más de lo que las palabras pueden expresar o un cuadro retratar!»

El extraño detuvo su narración y reinó un prolongado silencio. Tenía los ojos clavados en las aguas muertas que había ante él, y su acompañante le miró con expresión maravillada y emocionada. Una ligera brisa pasó sobre el mar y lo agitó; su crujiente presencia se oyó entre los árboles. Un cambio ínfimo se produjo en el romano, que despertó de su ensoñación y continuó:

«Ha transcurrido un año desde que me plantara por primera vez entro del Coliseo. Los oscuros arbustos parecían más negros bajo los rayos de la luna, y los arcos caídos se alzaban en quietud y belleza. El aire estaba en silencio: era plena noche y ningún sonido llegaba hasta mí desde la ciudad... aunque poco a poco la luna descendió y la luz del día comenzó a aparecer. Los ruidos de la vida humana empezaron a oírse, y mis propios pensamientos, que durante la noche sólo habían hablado con los recuerdos, se volvieron hacia la mezquina y degradada realidad. Analicé mi situación actual, pues deseaba formar algún plan para mi vida futura. Me desagradaba mucho el sacerdote, mi compañero. Durante mi breve residencia desde mi retorno a la tierra, había concebido una gran aversión hacia la clase de hombres a la que él pertenecía. Me desagradaba la superstición católica y no deseaba tener contacto alguno con sus ministros y sirvientes. Las joyas y el dinero que poseía eran suficientes para mi sustento, y deseaba desterrar la sumisión en la que su presencia parecía colocarme. Pero, aunque me hallaba en mi Roma natal, era para mí

una ciudad extraña con costumbres desconocidas. Apenas entendía su lenguaje, y el recuerdo de mi vida anterior sólo me lanzaría a ridículos errores. Fue entonces cuando intervino una especie de deidad y, enviando a mi buen genio a cuidar de mí, me sacó de mis dificultades.

»Estaba sentado bajo los ruinosos arcos del lado sur cuando la vi acercarse, conduciendo a su hijo de la mano. Se sentó junto a mí y, después de una pausa de unos pocos segundos, me habló en italiano: «—Perdone si le interrumpo. He visto al padre Giuseppe y sé quién es usted. No es feliz y ha sido arrojado a nuestro mundo moderno sin amigos ni conocidos. ¿Permitirá que le ofrezca mi amistad?»

»Me quedé confuso por esas palabras dirigidas a mí por una hermosa joven que era una perfecta extraña, y me detuve antes de poder contestar a un ofrecimiento tan amable pero tan inusual; entonces ella prosiguió:

»—Considéreme, se lo suplico, como una vieja conocida... no una italiana moderna, que no lo soy, por cierto, sino como una de tantas extranjeras que su ciudad atraía. Vengo de un país lejano y no estoy, por lo tanto, versada en su idioma y leyes. Usted tendrá que enseñarme todo lo que fue grande y valioso en sus días, y yo le enseñaré los hábitos y costumbres de los nuestros.

»Así me habló, y con sus dulces sonrisas y suave elocuencia me conquistó para que confiara por completo en ella.

»—Me considerará su hija —me dijo—, si una mujer escocesa puede pretender tal honor. Vengo de la Última Thule descubierta por César, pero desconocida en sus

días. Estoy casada con un inglés bastante mayor que yo, pero que siente placer en cultivar mi mente. Venga conmigo a nuestra casa; allí será cuidado y honrado, y trataremos de mitigar los aguijonazos que debe infligirle el caído estado de su país.

»La seguí hasta su casa, y desde aquel día comenzó la amistad que representa la única esperanza y comodidad de mi vida. Si a mi regreso a la tierra mis afectos jamás hubieran sido despertados, no habría vivido mucho. Pero Isabel ha suavizado mi desesperación y cuidado con angelical amor todas las heridas de mi corazón. No puedo decirle todo lo que la amo... cuán querido es para mí el sonido de su voz. Cicerón no amó a su Tullia como yo amo a esta criatura. Usted no puede conocer ni la mitad de sus virtudes ni la mitad de su sabiduría. Es de corazón tan franco y tan tierno que conquista mi alma y la une a la suya de una forma que jamás había experimentado en mi vida anterior. Ella representa Patria, Amigos... todo, todo lo que he perdido es ella para mí.

»Y ahora he cumplido mi promesa de contarle mis primeras sensaciones al despertar a la vida. No necesito realizar una narración formal de lo que he aprendido desde entonces. En nuestro planeado viaje dispondremos de frecuentes oportunidades de conversar y discutir. Usted ha creado en mí el deseo de ver su país, y mañana embarcaremos. Dejo Roma —el Coliseo y a Isabel—, tal es mi inquiera naturaleza. Quiero, antes de volver a morir, examinar las alardeadas mejoras de los tiempos modernos y juzgar si, después de la gran fluctuación en los asuntos humanos, el hombre se encuentra más próximo a la per-

fección que en mis días».

El sol había descendido mucho cuando estos amigos se incorporaron y regresaron al bote. Mientras remaban de vuelta a Nápoles, el sol se puso, dejando un rico tinte anaranjado en el cielo que ardía sobre las aguas, mientras el cabo Miseno y las islas se veían marcadas con una silueta negra en el horizonte. La luna salió del otro lado de la bahía y su luz plateada contrastó con los resplandecientes colores del crepúsculo italiano. La noche avanzó, y las luces de los botes pesqueros titilaron en el mar, mientras uno o dos barcos grandes pasaron como enormes sombras entre los paseantes y la luna. El brillante espectáculo de la puesta del sol y la pálida luz de la luna invitaban a la contemplación y prohibían a las palabras perturbar la magia del escenario. Quizá el viejo romano pensó en los días que pasara en Baiae, cuando el eterno sol se había puesto como lo hacía ahora y él vivía en otros días con otros hombres.

«Cuando hube sacado a mi singular amigo de la soledad del Coliseo, yo, con el consentimiento de lord Harley, le instalé en un cuarto de nuestra casa. Al principio se cerró a la sociedad y sufrió una gran depresión del espíritu, hasta el punto de que su salud se vio afectada. Descubrí que debía emprender la tarea de interesar sus sentimientos y esforzarme por cualquier medio para arrancarle de la apatía en la que estaba sumido. Daba la impresión de que observaba todo lo que le rodeaba como un espectáculo que no le concernía. Ciertamente, era un ser aislado de nuestro mundo. Los lazos que lo unían a él habían sido rotos muchas edades atrás y, a menos que yo tuviera éxito

en atar uno de ellos de nuevo, pronto perecería. Quise ocuparle para que visitara algunas de esas magníficas ruinas que hablan de la antigua grandeza de Roma. Titubeé durante cierto tiempo en la elección; las construcciones más majestuosas habían sido erigidas después de su época, pero pensé que al estar situadas en lugares familiares a su recuerdo le proporcionarían ese interés que por serle desconocidas requerirían. Yo misma disfruté visitando los baños de Antonino, cuyos vastos montículos de muros y torres destrozados, recubiertos con hiedra y los más hermosos arbustos, parecen más el paisaje natural de una montaña que cualquier otra cosa formada por manos humanas. Me decidí a llevarle hasta esas nobles ruinas.

»Por lo tanto, un día fui a verle, y llevando la conversación a su anterior vida y muerte, le dije:

«—Tuvo suerte al morir antes de la caída de su país y en no presenciar su degradación bajo los emperadores. Esos emperadores, que subieron al poder y la gloria de la república, disfrutaron de un dominio y unos ingresos desconocidos en tiempos anteriores o posteriores. Frenéticos y tremendos fueron los actos y errores de los hombres omnipotentes. Sus enemigos no podían huir de ellos. Aplastaban a voluntad los cuellos de millones. Pocos emplearon su poder para usos benéficos, pero muchos, incluso los más perversos, lo desperdiciaron en objetivos de magnificencia. Han dejado tras de sí monumentos maravillosos, y yo no puedo contemplar esas maravillas como actos de grandeza imperial. Son los efectos, aunque ejecutados por manos impropias, de la virtud y el poder de la república. Cuando las visito, las admiro como

obras planeadas y modificadas por Camilo, Fabricio, por los Escipios, y considero a Caracalla y a Nerón, y hasta a los más virtuosos de la tribu, Tito y Adriano, como los simples trabajadores. Cuando visito el Coliseo, no pienso en Vespasiano, que lo construyó, o en la sangre de los gladiadores y animales que lo contaminaron, sino que venero el espíritu de la antigua Roma y de aquellos nobles héroes, que liberaron a su país de los bárbaros y que han iluminado a todo el mundo con su milagrosa virtud. Le he oído expresar desagrado al contemplar las obras de los opresores de Roma, pero visítelas conmigo con este espíritu y descubrirá que le impactarán con ese temor reverencial que el poder, adquirido y acompañado de vicio, jamás puede brindar.

»Se dejó convencer y pasamos bajo el Capitolio y por la parte de atrás del Monte Palatino de camino hacia los baños. El principal emplazamiento de la antigua Roma está vacío y visitamos el Foro y las más populosas colinas de Roma a través de senderos herbosos por donde poca gente suele transitar. Esto es una suerte; las ruinas perderían la mitad de su belleza si estuvieran rodeadas por edificios modernos, y sólo tenemos que lamentar que el Capitolio no haya sido descuidado como el Monte Palatino y el Monte Caelius. No puedo decir cuáles eran los sentimientos de Valerio: sus emociones eran fuertes, pero seguía en silencio, alzando siempre los ojos al cielo, y en una ocasión dijo:

»—Me gusta mirar el cielo, sólo el cielo, pues es lo único que no ha cambiado.

»Entramos en los baños y, después de visitar todas las

estancias, subimos por la agrietada escalera y pasamos por encima de los inmensos arcos y muros, que, cuando se está en ellos, parecen campos y valles y colinas. Nos hallábamos rodeados por arbustos fragantes, y su altura a ambos lados del sendero engaña y le añade aún una mayor extensión aparente a las ruinas por las que caminábamos. A veces, la parte superior de un contrafuerte se extiende hacia un campo adornado con las flores más hermosas. Luego, subiendo por un arduo sendero, llegamos a la cima de una torreta y vimos toda Roma con los recodos del Tíber a poca distancia de nosotros. De todos los lugares de Roma, éste es en el que más gozo: se suma a la belleza y fragancia de la Naturaleza con la idea más sublime del poder humano; y cuando así se unen, poseen un interés y sentimiento que penetra profundamente en mi corazón.

»Nos sentamos en la cima y yo busqué en los ojos de mi acompañante alguna expresión de maravilla y júbilo como las que me embargaban a mí. Sus ojos estaban inundados de lágrimas.

»—Me trae aquí—dijo— para contemplar las obras de los romanos, y sólo observo destrucción. Qué multitud de hermosos templos convertidos en polvo. Mis ojos vagan hacia las siete colinas y toda su gloria desvanecida está ahí. Cuando las columnas de su Foro se quiebren, ¿qué podrá sobrevivir en Roma? El Capitolio, menos feliz que el resto de las colinas que han retornado a la soledad de la Naturaleza se encuentra profanado por edificios modernos. Y estas ruinas son grandiosas, pero qué historia desgraciada cuentan. Estos baños no existían en mi época. Existieron en toda su magnificencia unos cientos de años después

de que yo hubiera olvidado el mundo. Sin embargo, ahora sus techos han caído, y sus suelos han desaparecido; están llenos de hierbas y de arbustos, destrozados pero todavía erguidos, y ésa es la inmortalidad de Roma. Los muros de Roma siguen en pie, y describen un círculo inmenso: la ciudad moderna se halla llena con las ruinas de la antigua. Los extraños la visitan y se maravillan ante la inmensidad de sus restos. Sin embargo, para mí todo parece vacío. Los templos antiguos donde yo veneré a Quirino y a los protectores de lo que entonces llamaba la ciudad inmortal... ¡ay, por qué despierto a la realidad!

»—Usted anima —contesté— las nociones más dolorosas. Roma ha caído, pero sigue siendo venerada. Para mí es una visión singular e incluso hermosa observar el cuidado y molestias con que sus degenerados hijos mantienen sus reliquias. Todo el mundo la visita con entusiasmo y la deja con amargo pesar. Todo parece consagrado dentro de sus muros. Cuando un extranjero reside dentro de sus límites, siente como si habitara en un templo sagrado... sagrado aunque profanado. Y la indignación y compasión se mezclan con la admiración y le hacen experimentar sensaciones que suavizan su corazón, y no puede, ni siquiera con la edad y la aflicción, olvidarla. Me da la impresión de que, si se apoderara de mí la desgracia más grande, el recuerdo de haber vivido en Roma me consolaría algo. Si un hombre de la era de Pericles hubiera de revivir en Atenas, ¿cuánto más motivo tendrá para lamentar su caída que usted por el envejecimiento y descomposición de Roma?

»Como deseaba interesar los sentimientos de Vale-

rio, y no tanto mostrarle todas las ruinas de su país, para despertar con su visión una sensación de que en cierta medida aún se hallaba ligado al mundo, elegí en mi saber todo lo que fuera más perfecto y pintoresco. Aún no había visto el Panteón. No le llevaría aquel día, pues sabía que su conversión a la religión católica, aunque con toda probabilidad lo había preservado, le provocaría un gran disgusto. Seleccioné el momento en que la luna era creciente y brillaría desde su altura sobre el techo abierto del templo. Una noche, a eso de las siete, sin decirle adonde íbamos, lo llevé conmigo. Rodeamos el edificio hasta una puerta trasera que estaba abierta, donde un hombre nos iluminó una pareja de sucias y estrechas escaleras. Mientras bajábamos le dije:

»—Ahora va a ver un templo levantado poco después de su época y dedicado a todos los dioses.

»Probablemente, esperaba encontrar una ruina, pero entramos en el templo más hermoso que todavía existía en el mundo. La brillante luna resplandecía directamente sobre la abertura del techo e iluminaba la cúpula y el sendero... algunas estrellas centelleantes parpadeaban a su lado. Las columnas brillaban débilmente a nuestro alrededor. El espíritu de la belleza parecía proyectar sus rayos sobre sus vástagos favoritos y penetrar todo —incluso la mente humana

— con una gloria suave pero ardiente. Al contemplar esta escena, la admiración humana no se mezclaba con la profunda sensación que inspiraba: parecía disfrutar del dios actual. Si el trabajo era humano, la gloria procedía de la Naturaleza, y ésta lanzaba toda su hermosura so-

bre su templo divino. El cielo oscuro, la luna brillante y las estrellas parpadeantes lo cubrían por encima, y su luz y belleza lo penetraban. ¿Por qué la lengua humana no puede expresar pensamientos humanos? ¿Y cómo es que existe un sentimiento inspirado por el exceso de belleza que baña el corazón con una llama gentil pero ansiosa que puede inspirar virtud y amor, aunque el sentimiento es demasiado intenso para expresarse? Los dos guardamos silencio. Recorrimos el templo, y luego nos sentamos en los escalones de un altar y permanecemos largo tiempo en contemplación. Es en semejantes momentos cuando se siente la existencia del Amor Panteico con el que se ve penetrada la Naturaleza... y cuando una fuerte simpatía con la belleza, si se permite tal expresión, es el único sentimiento que anima el alma. Por último, cuando nos incorporábamos para marcharnos, Valerio dijo:

»—¿Por qué me cuentan que todo ha cambiado? ¿Es que no existe este templo a nuestro dios?

»No sé por qué —no debí haberlo hecho, pues con el acto envenené un momento de pura felicidad—, pero descuidadamente señalé una cruz que se levantaba sobre el altar ante la cual ardía una lámpara solitaria. La cruz no alteró mis sentimientos; sin embargo, los de mi acompañante se amargaron. La manzana tan hermosa de contemplar se había convertido en polvo. La cruz le habló de un cambio tan grande, tan intolerable, que esa circunstancia destruyó todo lo que había surgido del amor y placer de su corazón. En vano traté de devolverle el profundo sentimiento de belleza y de temor sagrado con el que antes se había visto inspirado. El hechizo se ha-

bía quebrado. La cúpula iluminada por la luna, el sendero resplandeciente, las débiles hileras de columnas y el oscuro cielo habían perdido la santidad para él. Se apresuró a abandonar el templo.

»Mi primer cuidado fue despertar en él el deseo de conocer todo lo grande y bueno que había existido en su país después de su muerte. Desconocía a Virgilio, Horacio, Ovidio... a Livio, Tácito o Séneca. Tendrá usted frecuentes oportunidades de conversar con él, y podrá contarle mejor que yo qué sentimientos despertaron estas conferencias en su mente. Solíamos visitar un rincón oscuro del Coliseo, donde había que trepar con dificultad y al que pocos se sentirían inclinados a seguirnos. O en los muros de los baños de Caracalla, o con más asiduidad al pie de la tumba de Cestio, ese hermoso lugar donde la muerte parece disfrutar del sol y de la azul profundidad del cielo... allí leíamos juntos y discutíamos lo que leíamos... discusiones que eran eternas. El brillante sol de Roma brillaba sobre nosotros, y la atmósfera y toda la escena estaban investidas con felicidad y belleza. Mi corazón se hallaba alegre, y era mi constante esfuerzo despertar sentimientos similares en el pecho de mi acompañante. Ahí leíamos a los Geórgicos, y yo sentía un grado y júbilo al leerlos, como jamás creí que las palabras tuvieran poder de conferir. Se trataba de un placer intoxicante, que este bello clima y la soleada y jovial poesía que inspira puede dar, y que en una atmósfera nubosa estoy convencida de que jamás habría sentido. Después de leer, visitábamos algunas de las galerías de Roma... Las horas de estudio de lord Hashley por entonces habían finalizado y él siempre nos acompañaba. La visión en Roma de las exquisitas estatuas y pinturas continuaba y au-

mentaba esta sensación de júbilo. ¿Simpatizaba Valerio conmigo? ¡Ay!, no. Había un tinte de melancolía en todos sus pensamientos; había una tristeza en su semblante que el sol de Roma y los versos de Virgilio eran incapaces de disipar. Sentía con profundidad, pero poco placer se mezclaba con sus sentimientos. Mis pensamientos habían formado una sensación inexplicable de que mi acompañante no era un ser de la tierra. A menudo me detenía con ansiedad para ver si respiraba el aire, como lo hacía yo, o si su silueta proyectaba sombra a sus pies. Su aspecto era el de la vida, pero pertenecía a los muertos. Yo no experimentaba miedo o terror: le amaba y reverenciaba. Me hallaba cálidamente interesada en su felicidad, pero en estas sensaciones corrientes había una mezcla de pavor sobrenatural... no puedo llamarlo terror, aunque tenía algo ligeramente aliado con esa sensación repulsiva, un sentimiento para el cual no soy capaz de encontrar un nombre, que penetraba en mis pensamientos y, de manera extraña, caracterizaba toda mi charla con él. A menudo, cuando dejaba que mi discurso se viera llevado por mis pensamientos, encontraba la mirada de sus ojos brillantes pero plácidos; aunque sólo proyectaba simpatía, me frenaba. Si apoyaba su mano sobre la mía, no temblaba, pero mis pensamientos se detenían y mi corazón palpataba con una especie de agitación involuntaria hasta que rompía el contacto. No obstante, todo era muy leve; apenas me daba cuenta de ello, y no podía reducir mi amor e interés por él. Quizá, si yo conociera toda la verdad, mi afecto se vería incrementado por ella, y sin esfuerzo, espontáneamente, me afanaría por devolver con interés y simpatía intelectual la barrera terrenal que parecía situada entre nosotros».



Santander, Febrero de 2020

